

"PURA ADRENALINA"

SIMON WADE

**LABERINTO
DE ESPÍAS**



**JACK
BALE
VOL.1**

Contents

Laberinto de espías

Parte I

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Parte II

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Parte III

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Parte IV](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[Parte V](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente....](#)

Laberinto de espías
(Jack Bale #1)
Simon Wade



*Copyright © 2020 Simon Wade
All right reserved*

www.simonjwade.com
www.twitter.com/simonjwade1
simon@simonjwade.com

*Este libro es corto.
Este libro es rápido.*

*La fortaleza de las tres sombras es sencilla
Una sombra ve
Una sombra lucha
Una sombra reina*

Parte I

BUDAPEST

1

- *Jack, ¿dónde estás?*

Jack Bale escucha la pregunta por el intercomm en su oído. Si tuviera tiempo respondería, pero no lo tiene. Continúa avanzando, la espalda encorvada para no golpearse con el entramado de tubos amarillos que lo rodean, esperando que Claire responda por él. Lo cual sucede a los pocos segundos.

- *Jack no puede hablar ahora, Scott.*

La voz de Scott Callahan suena tensa y sin aliento.

- *Estoy en el lobby del edificio - dice - pero aquí todo está tranquilo.*

Jack camina con paso acelerado, cada uno de sus pasos reverberando violentamente.

- *Eso es porque Janusz no pretende entrar por la puerta - dice Claire.*

- *¿Y cuál es la vía de acceso?* - pregunta Scott.

- *El exterior - la voz de Claire es como siempre precisa, directa, clara -. Intentará disparar al objetivo desde el carro de limpieza de fachadas.*

El suelo bajo los pies de Jack da una sacudida, forzándolo a agarrarse con ambas manos a una de las barras para no caer.

- *Suave, Claire - dice Jack.*

- *Lo siento.*

- *Tengo que subir y avisar al objetivo - dice Scott.*

- *Negativo - replica Claire -. Hay dos controles de seguridad y cuatro guardaespaldas en el exterior de la sala de juntas. No llegarías a tiempo.*

Jack se detiene en el momento en que el suelo, literalmente, desaparece bajo sus pies. Abre los brazos y se agarra al último tubo amarillo, y observa el vacío. El viento helado que golpea su cara le obliga a entornar los ojos. Noventa metros bajo sus pies, la ciudad es apenas una colección de diminutos puntos moviéndose en todas direcciones. Cuando gira la cabeza ve la enorme fachada de cristal del rascacielos acercándose a él.

- *¿Cuál es la jugada?* - pregunta Scott.

- *Mira por la ventana - ofrece Claire por toda respuesta.*

Durante los segundos que siguen Jack localiza su objetivo: el carro de limpieza de fachadas, colgado de dos cables que lo conectan a la grúa de la azotea, detenido en el piso treinta y ocho. Unos doce metros por debajo de él, calcula.

- *Claire - dice Scott -. Estoy viendo una grúa de construcción girando la pluma hacia la fachada del edificio.*

- *Porque la estoy moviendo yo - responde Claire -. Jack está en lo alto. Y por cierto Jack, más vale que claves el salto. Estimo que vas a quedar a siete metros de la fachada y unos doce metros por encima de la plataforma de limpieza.*

Una sacudida y la grúa se detiene, apuntando directamente a la fachada acristalada. Suficientemente cerca como para que Jack pueda ver su propio reflejo; suficientemente lejos como para que parezca imposible cubrir la distancia de un salto.

Una metros más abajo, en la carro colgante, el ocupante se toca la oreja y se gira bruscamente, levantando la vista hacia la grúa. Jack dirige su mirada a lo alto del edificio, donde, recortado contra el sol del mediodía, puede distinguir una segunda silueta.

- *Me ha visto - dice Jack en voz alta mientras retrocede unos metros.*

- *¿Puedes neutralizarlo?* - pregunta Scott.

- Negativo. Si es Janusz, lo necesitamos vivo. Y Scott, hay alguien más en la azotea.

- *Recibido. En ruta.*

- *Jack* - dice Claire -, *¿estás seguro de que puedes saltar?*

Jack escucha la pregunta y, si tuviera tiempo, respondería. Pero decide concentrarse en sacar su Beretta 92FS nueve milímetros, correr encorvado cinco metros y lanzarse al vacío con todas sus fuerzas, esperando haber calculado bien y aterrizar exactamente siete metros más adelante, doce más abajo, en una caja de tres metros cuadrados ocupada por un asesino profesional armado con un rifle de asalto.

Jack pasa en el aire cuatro segundos. Durante la caída tiene tiempo de apretar el gatillo tres veces, antes de lanzar el arma en dirección al carro. Sus disparos no van dirigidos al asesino, sino a uno de los dos cables que sujetan la plataforma. Sólo busca evitar que al asesino levante su rifle de asalto FN-SCAR de calibre 7.6 milímetros y lance una ráfaga de treinta balas en su dirección.

Las balas de Jack rozan el cable pero no logran romperlo. Y aún así, la jugada surte efecto. El asesino se agacha, buscando protección tras el metal del carro; y para cuando el rifle asoma de nuevo, Jack ya ha impactado violentamente contra el exterior del carro, haciéndolo chocar contra el edificio.

Logra agarrarse al exterior del carro por milímetros, y sólo con su mano izquierda, mientras el choque deja una red de enormes grietas sobre el cristal de la fachada.

Durante los segundos que siguen Jack queda pendulando en el aire, ochenta metros de caída libre a sus pies, a merced de los violentos bandazos laterales de una plataforma que parece querer sacudirse a Jack de encima.

Sobreponiéndose al dolor, logra agarrarse con ambas manos. Y mientras el carro continúa columpiándose peligrosamente, el asesino se levanta. La mano izquierda agarrada a uno de los cables del carro, la derecha sosteniendo el rifle de asalto.

Cuando Jack levanta la vista, ve el cañón del arma a treinta centímetros de su cara.

Y entonces sucede.

Las balas de Jack no han logrado partir el cable, pero lo han debilitado lo suficiente. La presión de los bandazos hace el resto. Uno de los cables se parte en dos, y una esquina del carro se hunde. La mano del asesino sostiene ahora un trozo de cable muerto, y el latigazo de la caída lo lanza fuera del carro, empujado por una mano invisible, directo al vacío.

Jack no mira abajo. Se concentra en reunir las fuerzas necesarias para levantarse a pulso. Pasa una pierna, luego otra, y finalmente logra dejarse caer sobre la plataforma inclinada, deslizando medio metro hasta quedar sentado en la esquina inferior, la que ha perdido el cable.

Y a sus pies ve su pistola, la que lanzó al carro durante la caída. Aliviado, trata de recuperar el aliento.

Pero es un alivio que dura, exactamente, un segundo. Porque el primer disparo impacta a centímetros de su cabeza.

Jack levanta la vista. En la azotea, veinte metros encima de él, una silueta apunta un subfusil hacia él.

La reacción de Jack es fulminante. Agarra su pistola y dispara una, dos, tres veces. La silueta se retira, pero Jack sabe que apenas ha comprado unos segundos. Su posición le pone en severa desventaja, y sólo le quedan diez balas.

- ¡Scott, la azotea! - exclama.

- *Llegando* - responde Scott en su oído.

Llegando no es suficiente, piensa Jack.

Así que hace lo único que puede hacer: su mano derecha se aferra con todas sus fuerzas a la barra lateral de la plataforma. Su mano izquierda pega la pistola al cable que aún sostiene el lado derecho. Y respira hondo. Y dispara.

El cable se hace trizas y, con un latigazo, la plataforma queda suspendido en vertical, sujeta únicamente el cable izquierdo. Y comienza a columpiarse sin control, con Jack colgado precariamente de la base.

El único consuelo de Jack es saber que ha puesto la plataforma entre el asesino y él, impidiendo el tiro limpio por el momento.

Gong. Gong. Gong. Gong.

Cuarenta centímetros sobre su cabeza, el metal se curva en cuatro puntos, las balas hambrientas luchando por atravesarlo.

La plataforma rebota enloquecida contra el cristal de la fachada, las grietas en el cristal expandiéndose como enormes telas de araña. Jack necesita unos segundos para localizar lo que busca: un cristal severamente debilitado por los repetidos golpes. Cuando el vaivén lo aleja del edificio, Jack apunta su arma y vacía el cargador. Las balas terminan el trabajo: el cristal estalla en mil pedazos.

El carro se detiene un segundo en el aire y comienza a aproximarse de nuevo al edificio. Jack suelta la pistola y, con un último esfuerzo, se lanza, pies por delante, al agujero en la fachada.

Veinte metros más arriba, Scott Callahan sale a la azotea del edificio.

Sus años de juventud han quedado atrás y por lo general su papel en el equipo no es operacional. Pero de vez en cuando hay excepciones.

El hombre de la máscara de esquí está encaramado en la azotea, vaciando furiosamente el cargador de un subfusil HK MP5 contra lo que Callahan asume que es Jack. El estruendo le ha impedido darse cuenta de que tiene compañía.

Callahan se quita el abrigo y se lanza a correr. Cuando está a tres metros, lanza el abrigo sobre la cabeza del asesino.

Éste se revuelve. Y el segundo que necesita para quitarse el abrigo de encima y girarse es su perdición.

Porque es todo lo que Callahan necesita para llegar hasta él por un lado, lanzar dos demoledores golpes contra su sien y sus lumbares, una patada contra su rodilla - que lo envía directo al suelo -, y torsionar su muñeca hasta hacerse con el subfusil.

Puede que Callahan esté en mitad de la cuarentena, pero aún recuerda muchos trucos de sus años en operaciones especiales.

Lanza una última patada contra el plexo solar del asesino para asegurarse que esté sin aliento mientras le arranca la máscara.

A continuación se retira dos pasos, apuntando el arma hacia el hombre que, arrodillado frente a él, lucha por una bocanada de aire.

Janusz.

- Claire - dice, tocándose la oreja -. Tengo a Janusz en la azotea. Activa el plan de extracción. Nos lo llevamos a Suiza.

- *Recibido. Estoy de camino.*

- Jack, ¿estás bien? - pregunta Callahan.

Los diez segundos de silencio que siguen le provocan un nudo en la garganta.

- ¿Jack?

- *Afirmativo* - responde por fin Jack -. *De camino a la azotea.*

Callahan se permite media sonrisa. No sólo han evitado el asesinato de uno de los principales candidatos a la presidencia de Hungría; también tienen a Janusz. El cual puede conducirlos hasta la organización criminal que Callahan, Claire y Jack llevan años buscando. Por fin, después de tanto tiempo, están cerca.

En ese momento Callahan siente una vibración en su bolsillo. Sin dejar de apuntar a Janusz, saca su teléfono.

El número es desconocido para él, pero el prefijo internacional es +33. Sólo ocho personas en el mundo tienen el teléfono de Scott Callahan. Y sólo una de ellas es francesa.

- ¿Quién es? - responde, a pesar de saber la respuesta.

- Scott, *vieux ami*, soy Jerome. Necesito tu ayuda.

Callahan respira hondo. Ahora no necesita otra operación. Necesita concentrarse en llevar a Janusz a Suiza e interrogarlo. Porque por fin, después de tantos años, *están muy cerca*.

Pero claro está, esto no es algo que pueda compartir con Jerome Marchand, jefe de operaciones del DGSE, el servicio de inteligencia francés, pues éste no sabe nada acerca de la organización que Callahan lleva años persiguiendo en secreto.

- Claro, Jerome - responde -. Puedo estar en París en una semana...

- No hay tiempo - le corta el francés -. Mañana por la noche. En Helsinki.

Helsinki.

La palabra conjura retazos de noticias que leyó dos días atrás: Catherine Beraud, la embajadora francesa en Finlandia... Un grupo de cuatro enmascarados habían saltado de una furgoneta, vaciando cargadores contra el conductor y el guardaespaldas de la embajadora, lanzado a la embajadora al interior de la furgoneta y desaparecido en el tráfico de mediodía... A plena luz del día... En pleno centro de la ciudad, ante una multitud aterrorizada que corría para ponerse a cubierto.

Callahan mira a Janusz, que aún resuella en el suelo.

- Jerome, estoy en medio de algo importante...

- Scott, por favor. Amigo. Has visto las noticias, estoy seguro. *Necesito* tu ayuda.

Y Callahan sabe que no puede negarse, y que el interrogatorio de Janusz tendrá que esperar.

Porque le debe un favor a Jerome Marchand. El mayor favor de todos, de hecho. Y durante años su amigo no lo ha mencionado ni una sola vez. Pero Callahan sabe - lo percibe en la voz del francés - que ha llegado el día de pagárselo.

Un minuto más tarde cuelga el teléfono. La puerta de la azotea se abre y Claire y Jack llegan corriendo hasta él.

- Tres minutos para que llegue el helicóptero - informa Claire.

- Ha habido un cambio de planes -la voz de Callahan suena tensa-. Os necesito en Helsinki esta tarde

Jack y Claire se miran confusos.

- ¿Y tú? - pregunta Claire.

- Voy a dejar a Janusz en Suiza y me reuniré con vosotros esta noche.

- Helsinki - dice Jack tras unos segundos -. ¿La embajadora?

- Exacto - responde Callahan -. El DGSE nos necesita para la operación de rescate. Jerome tiene la localización. Entrar, salir y desaparecer. Si la operación es limpia, en dos días estaremos de vuelta en Suiza para concentrarnos en Janusz.

HELSINKI (diez horas más tarde)

DIMAS KYRKOS mira alrededor, alerta. Escaneando las sombras. Sus ojos expertos buscan cualquier perturbación en la noche, por ligera que sea.

No ve nada y eso le tranquiliza.

Relaja el dedo índice sobre el gatillo del subfusil FN P90 con un cargador de cincuenta cartuchos.

Una hora para la salida del sol, calcula mentalmente; dos para el fin de aquella maldita operación.

“Operación” es un término muy generoso, piensa. “Operación” implica planificación. Y en el secuestro de Catherine Beraud, embajadora de Francia en Helsinki, apenas ha habido ninguna. Es un milagro, piensa, que todo haya salido bien hasta ahora.

Por lo general Kyrkos jamás se habría arriesgado a participar en un golpe improvisado veinticuatro horas antes de su ejecución. Pero la francesa que lo contactó tres días atrás había puesto sobre la mesa argumentos muy poderosos. Verdes, de mil cada uno. En fajos de cincuenta. Más cash del que Kyrkos y su equipo han hecho en cinco años. Suficiente para que hasta el mercenario más disciplinado ponga temporalmente en suspenso su buen juicio.

Dos horas para la entrega, se repite. Su pecho pide a gritos un cigarro, pero se niega a permitirse cualquier distracción durante la ronda exterior. Concentración absoluta. Ninguna distracción.

Mira hacia abajo y siente en la cara el aire helado de la noche. Desde donde está distingue los contornos de un laberinto de naves, cintas transportadoras, escaleras y enormes tubos metálicos. Las monstruosas siluetas de una fábrica de cemento abandonada años atrás, de cuyo centro emergen dos gigantescas cisternas cilíndricas de treinta metros de altura; dos torres huecas y corroídas que crujen al son de los embates del viento, conectadas por una endeble pasarela metálica que se balancea suavemente a veinticinco metros del suelo. Con Kyrkos en el centro.

Un murmullo lejano le hace levantar la cabeza hacia el cielo negro y estrellado. Podría ser, piensa, el rotor de un helicóptero. Pero no alcanza a ver nada en el cielo negro y sin luna, y pasados unos segundos el sonido se desvanece.

Kyrkos aún permanece unos segundos quieto, muy quieto, hasta quedar convencido de que no hay ningún motivo de alarma.

Cuando baja la mirada, el griego comprueba de nuevo que nada se mueve dentro del perímetro. Relaja la espalda, apoya los antebrazos sobre la barandilla oxidada y contempla el vacío a sus pies. Veinticinco metros de negrura que lo separan de montañas de arena, desechos y debris acumulados durante años de abandono. No puede verlas en la oscuridad, pero sabe que están allí.

Un golpe de viento aúlla entre las dos cisternas y sacude la pasarela.

Cuando pasa y el silencio de la noche vuelve a envolverlo todo, Kyrkos decide que ha llegado el momento de regalarse ese cigarro.

Con un suave toque activa el intercomm en su oreja.

- Exterior todo despejado - dice.

A lo cual una voz metálica responde inmediatamente:

- *Acceso norte todo despejado.*

- *Sótano todo despejado* - confirma una tercera voz - *El activo está tranquilo.*

- Recibido. Volvemos a controlar en diez.

Kyrkos deja caer su pesada mochila sobre la pasarela. Saca un cigarro y un mechero y lo enciende con movimientos lentos, sin dejar de controlar visualmente el entramado fantasmagórico que se extiende a sus pies.

Después de cuatro horas sin fumar el humo golpea sus pulmones con fuerza, desatando una oleada de glorioso ardor. Cuando no le es posible retenerlo más, levanta la barbilla para exhalarlo en dirección al cielo...

Y entonces lo ve.

3

EL ROSTRO DE KYRKOS se crispa y sus ojos se entrecierran, escudriñando el firmamento. El cigarro se le escurre de las manos, rueda unos centímetros sobre la pasarela y termina cayendo al vacío, un diminuto punto naranja perdiéndose en las profundidades.

Pero Kyrkos no presta atención al cigarro. Le preocupa lo que acababa de ver en el cielo estrellado.

Una mancha, apenas una estela opaca, que desciende silenciosamente del cielo.

La adrenalina toma el control. De sus sentidos, sus músculos, su cerebro, de todo su cuerpo. Es una reacción familiar.

Gira sobre sus talones para escanear el horizonte. Lo primero, lo sabe bien, es determinar si hay más paracaidistas. En dos segundos concluye que la respuesta es negativa.

Un boy-scout solitario. Tanto mejor.

Vuelve a ponerse la mochila y se lanza a correr por la cochambrosa pasarela metálica. Salvando tan rápido como puede la distancia hasta la misterna norte.

- Código rojo cuatro -informa mientras corre-. Por aire. Repito, rojo cuatro. Yannis, a la cisterna norte. Roman y Nikos, mantenéis posición y lo preparáis todo para mover el activo. Repito, todo preparado para mover el activo a mi señal.

Dos secos "Recibido" resuenan en su oído al tiempo que alcanza la roída pared de la cisterna. Sin decelerar, da un salto y se aferra a una de las barras metálicas soldadas a la cisterna que hacen las veces de escalera. Trepa a la carrera los cinco metros que lo separaban de la cumbre.

Una vez allí pisa con cautela. El metal, debilitado por el óxido, se comba y emite un crujido de protesta. Pero aguanta su peso, y esa es toda la confirmación que Kyrkos necesita.

Se arrodilla, dejando caer la mochila junto a él. En cuatro fulgurantes movimientos saca de ella el cuerpo de un fusil de largo alcance Barrett M82, su cañón, un trípode y un visor telescópico Leupold Mark4. Tarda exactamente seis segundos en ensamblarlo y lanzarse al suelo.

Con total sangre fría posa el ojo derecho en la mirilla. Escanea el oscuro horizonte hasta encontrar lo que busca: una oscura silueta cayendo del cielo, colgada de un paracaídas negro.

Sesenta metros de distancia, estima. Viento oeste de aproximadamente xx nudos. Probabilidad de éxito: tres entre cinco.

Y aprieta el gatillo cinco veces.

En dos de los disparos Kyrkos observa una suave sacudida en la sombra. Puede que el boy-scout no esté muerto - Kyrkos lo prefiere -, pero ahora tiene dos balas en el cuerpo. Y treinta metros más abajo le espera Yaniss.

Kyrkos deja caer el rifle y saca un teléfono móvil del bolsillo de su chaleco. Teclea rápidamente el mensaje MALFUNCIÓN y lo envía al único número que el móvil tiene guardado. La francesa lo dio el teléfono tres días atrás, y ambos acordaron la palabra clave que indicaría que la operación estaba comprometida.

Kyrkos se pone en movimiento y comienza un frenético descenso por la escalera exterior. Los carcomidos tubos de metal crujen peligrosamente cuando recién su peso; y sin embargo Kyrkos no piensa en ello. Sólo puede pensar en que necesita a aquel desgraciado vivo para averiguar quién lo ha enviado y, mucho más importante, cuánto tiempo tienen hasta que lleguen más.

Un ruido seco, amplificado, le hace detenerse a diez metros del suelo. Algo ha impactado contra el otro lado de la cisterna norte. Algo sólido y pesado, que ha hecho vibrar toda la

estructura.

Cuando por fin alcanza la base de la cisterna Kyrkos esta jadeando. Yaniss, un gigante sin un solo pelo en la cabeza, ya está allí y se aproxima con cautela, subfusil y linterna en alto, a un cuerpo inmóvil en el suelo. Kyrkos le imita, sintiendo bajo sus pies la tela del paracaídas.

Los dos mercenarios se detienen a un metro del cuerpo. A aquella distancia pueden distinguir la ropa militar negra, el pasamontañas, las aparatosas gafas de visión nocturna.

Material antiguo y desfasado, piensa Kyrkos.

Observa que el intruso tiene una mochila a la espalda, ningún arma a la vista... y la cabeza doblada en un ángulo imposible. Ambos intercambiaron una mirada. Y se relajan, porque aquel infeliz, sea quien esa, se ha partido el cuello en el choque con la cisterna.

Quizás, piensa Kyrkos recordando sus disparos, llegara ya muerto al impacto.

Kyrkos se arrodilla junto al cuerpo. Alarga una mano hacia la base del pasamontañas, y es entonces cuando su rostro se tensa. El tacto es extrañamente rígido. Y cuando tira de las gafas de visión nocturna, quedan a la vista dos ojos negros, redondos, sin vida. Los ojos confunden al griego, pero es al subir el pasamontañas cuando se le hiela la sangre.

El rostro congelado de un muñeco les devuelve la mirada.

4

JACK BALE corre los cuarenta metros que lo separan de la nave principal como si le fuera la vida en ello. Lo cual se ajusta bastante a la realidad. Todos los manuales de operaciones recomiendan correr agachado, pero Jack tiene prisa por llegar al cobijo del complejo. El paracaidista, lanzado desde un helicóptero alquilado esa misma tarde y pilotado por Scott, va a proporcionarle poco más de dos minutos de distracción.

Alcanza la nave principal en siete segundos, pega la espalda a la pared y comprueba aliviado que nadie ha abierto fuego en su dirección. A partir de este momento las sombras y el trazado laberíntico de la fábrica serán sus aliados.

Una voz femenina, calmada y precisa, resuena en su oído:

- *Cuarenta metros en siete coma dos segundos. ¿Has cenado demasiado, Jack?*

Y por supuesto *ella* también le ayudará. Claire Oxham, un prodigio informático que en aquel momento se encuentra dos kilómetros al sur, a los mandos de una estación de control camuflada en el interior de una furgoneta de reparto, monitorizando la planta cementera gracias a las imágenes en tiempo real de un satélite meteorológico francés al que se ha conectado con la ayuda de los contactos de Marchand.

Un año atrás, trabajar en equipo había resultado una extraña novedad para Jack. Al fin y al cabo, durante una década había hecho su trabajo en completa soledad. Y sin embargo con el tiempo había terminado por apreciar a Claire; especialmente en las dos ocasiones en que le había salvado la vida.

- Voy cargado, Claire - replica Jack.

Saca un cubo metálico de su mochila y lo adhiere a la pared del almacén. En un lateral de la caja, un piloto rojo parpadea unos segundos y después desaparece.

- *Tengo la señal -confirma Claire en su oído-. Diez segundos para escanear frecuencias y anular sus comunicaciones.*

Jack avanza con rapidez hacia una puerta lateral.

- *Jack, una vez entres en la nave perderé visual. Sólo tendré audio.*

- Dime algo que no sepa - musita Jack, y abre la puerta.

Antes de adentrarse en la nave Jack se ajusta el visor nocturno. Es la primera vez que usa este modelo ultra-ligero, apenas más aparatoso que una gafas de natación. Su campo de visión se tinte inmediatamente de un fantasmagórico verde grisáceo. Sitúa su Beretta 9mm a la altura del pecho, inspira con fuerza y entra en el almacén.

Durante una operación de campo, la mente y el cuerpo de Jack alcanzan una extraña sincronía. Su concentración es total, sus reflejos fulminantes y su memoria una herramienta extremadamente eficiente: estímulos relevantes son almacenados en memoria temporal y permanecen disponibles durante la intervención; estímulos no relevantes son descartados y olvidados en una fracción de segundo.

Avanza en silencio. Las rodillas ligeramente flexionadas, los hombros rotados en un ángulo de veinte grados facilitando la velocidad de giro. El aire está viciado y apesta a humedad y heces de roedor. Esto último Jack lo registra y olvida en un milisegundo.

No relevante.

El interior de la nave es una selva de maquinaria hecha trizas, estanterías derrumbadas y

restos de tubos de ventilación desplomados. Un manto de arena y cemento rancio lo cubre absolutamente todo. Jack observa las perfectas huellas que sus pisadas dejan sobre la alfombra de polvo gris y lo archiva en memoria temporal. *Potencial desventaja. Potencial ventaja.*

Tras comprobar que nada se mueve a su alrededor, planta una rodilla en el suelo. Saca del bolsillo una pequeña bolsa de plástico, la abre y la llena de ese fino polvo grisáceo.

5

UN PISO MÁS ABAJO, en los angostos pasadizos que en su día constituyeron los vestuarios de los empleados, los hermanos Roman y Nikos Sgouros esperan instrucciones con creciente tensión. Gruesas gotas de sudor corren por sus sienes. Subfusiles en alto, vigilan los tres pasillos que convergen en la puerta que custodian.

Los dos focos portátiles de 50 vatios y sus seis baterías, instalados veinte horas antes, proporcionan a la intersección una grotesca y limitada iluminación. Más allá del alcance de los focos, los tres corredores se pierden en una negrura absoluta.

- Necesitamos instrucciones - susurra Roman por cuarta vez.

Desde hace treinta segundos el intercomm sólo devuelve ruido blanco. Nikos traga saliva.

- Tenemos que moverla - susurra.

Roman consulta su reloj.

- En veinte segundos. Sólo si Kyrkos no da señales.

Nikos se limpia el sudor de la frente y mira la puerta a su espalda, toscamente reforzada con tres cadenas. Industriales, nada de endebles candados de motocicletas, el hierro de cada eslabón de dos centímetros de grosor. Una exageración, ahora lo saben. Una cadena mediana habría bastado para contener al activo. Pero claro está, durante las escasas horas de preparación la francesa no les había desvelado la identidad del activo, ni cuánta resistencia cabía esperar.

Clonk.

Clonk-clonk-clonk.

Sin previo aviso algo pequeño y metálico surge de la oscuridad. Avanza rodando por el suelo en su dirección, llenando el pasillo de un ominoso eco metálico.

Y los hermanos comprenden dos cosas simultáneamente: una, que hay alguien agazapado al final del pasillo central, allí donde la luz amarillenta de los focos se rinde ante las sombras del sótano; dos, que en escasos segundos aquel cilindro va a hacerlos volar por los aires.

Roman encara el pasillo de la izquierda, Nikos el de la derecha. Cada uno se permite un par de precipitadas zancadas antes de saltar hacia delante con todas sus fuerzas, tratando desesperadamente de alejarse lo máximo posible de la onda expansiva.

La piedra helada del suelo los recibe con un golpe duro, despiadado, que sacude cada uno de sus huesos.

Silencio.

Ambos abren los ojos. Desde el suelo giran la cabeza y sus miradas se encuentran. Siguen vivos. De una pieza.

Nada ha estallado.

La granada, de hecho, descansa pacíficamente en el suelo frente a la puerta del activo. A Roman le basta una mirada para comprobar, con una mezcla de alivio y desdén profesional, que el seguro sigue puesto. Roman se da cuenta, ahora, que se enfrenta a una contrincante de segunda categoría.

Rifle en mano, en silencio, los hermanos regresan a la puerta. No necesitan hablar para acordar el siguiente paso: devolver el regalo, con sus mejores deseos. Así, mientras Nikos cubre el pasillo desde la esquina, Roman se agacha y recoge la granada. En su rostro se pinta una sonrisa lobuna cuando tira del seguro.

Y entonces sucede.

La sonrisa se convierte en una mueca de dolor infinito, y un alarido animal reverbera en toda la red de túneles. Roman cae de rodillas mirando sus manos con horror. Tres docenas de agujas metálicas, de quince centímetros de longitud, han salido disparadas de aquel artefacto que parecía una granada, perforando sus manos en treinta y seis puntos diferentes. La sangre brota en todas direcciones.

Y entonces de la negrura del pasillo emerge una figura. Rodillas flexionadas, apunta su arma hacia Nikos el cual se encuentra momentáneamente confundido intentando entender por qué su hermano se ha convertido en un aspersor de sangre.

Nikos apenas percibe una estela por el rabillo del ojo antes de que dos balas le perforen el cuello.

El cuerpo del secuestrador aún no ha tocado el suelo cuando la silueta echa a correr hacia Roman. En menos de un segundo el griego comprende dos cosas: la primera, que intentar arrancar las agujas de sus manos es inútil - el dolor se multiplica por mil con cualquier movimiento, y de todos modos unas manos perforadas no pueden operar un arma; la segunda, que las agujas que perforan sus manos son un arma letal en un combate cuerpo a cuerpo.

Temblando de dolor y furia, Roman levanta la vista y confirma que el intruso no pretende ejecutarlo. Por algún motivo inexplicable aquel estúpido corre hacia él, guardando su arma en el estuche. Respira hondo antes de obligarse a apretar las manos con todas sus fuerzas, ensartando por completo las agujas en sus manos.

Chilla de dolor.

Sus ojos se llenan de lágrimas y sólo la furia que siente evita que se desmaye. Con un grito animal, se lanza a correr hacia el intruso.

El cual, sin detenerse, saca algo de su chaleco y lo lanza hacia Roman. Un lanzamiento preciso pero sin demasiada fuerza. Sin pensarlo, sin tiempo para reconocer el objeto, el griego levanta las manos para apartarlo. Varias agujas se ensartan en la finísima bolsa de plástico, rajándola al instante. Y de pronto una nube de cemento rancio envuelve la cara de Roman. Sus ojos y todos sus orificios se llenan de un polvo acre y mohoso. Lo siente en sus papilas gustativas, en su pituitaria, en sus pulmones.

Cegado y sintiendo el polvo tóxico penetrar su organismo con cada bocanada de aire, Roman siente de pronto cómo su rodilla izquierda de parte en dos. Comprende que el intruso se ha lanzado al suelo y lanzado una patada certera y letal.

Cae al suelo de costado, con un grito desesperado, alejando las manos de su cuerpo para no ensartarse a sí mismo. Lo siguiente que siente es una rodilla sobre su cuello, clavándolo al suelo como una prensa hidráulica, y una fuerte punzada en su arteria carótida.

Una inyección, piensa con horror. Me quiere vivo.

Su cuello comienza a sufrir violentas convulsiones a la vez que una súbita oscuridad se apodera de él. Roman sabe que en escasos segundos estará inconsciente. Con sus últimas fuerzas lanza las manos hacia arriba, hacia donde calcula que está la cabeza de su atacante.

Después pierde el conocimiento.

6

DE RODILLAS sobre el secuestrador, jadeando, Jack descarga la jeringuilla eléctrica una segunda vez. El griego deja de moverse.

Lenta, muy lentamente, Jack levanta la vista. Sus pupilas se dilatan. A apenas medio centímetro de sus ojos, decenas de agujas metálicas bañadas en sangre han quedado detenidas en el aire. Jack oprime el botón una tercera vez y escucha un siseo exhausto. Los brazos del griego se desploman, dejando en el aire una estela de polvo gris verdoso.

La jeringuilla rueda por el suelo y Jack se pone en pie. El cóctel de aminoesteriodes mantendrá a aquel mulo paralizado hasta que la policía militar venga a por él y lo encierre en una sala de interrogación.

Sin perder un segundo recoge el fusil del guarda y se sitúa en paralelo a la puerta. Golpea la puerta con la culata tres, esperando que la rehén se aleje de la puerta, y dispara tres cortas ráfagas contra los candados, hasta que no queda de ellos más que un montón de lascas de metal en el suelo.

- Sótano despejado - susurra-. Charlie uno abajo, Charlie dos sedado. ¿Situación exterior?

- *Charlie tres entrando en la nave ahora, lo tienes contigo en tiempo de contacto sesenta segundos* - responde Claire -. *Charlie cuatro permanece en el exterior, creo que tomando posición.*

Jack necesita ambas manos para tirar de las cadenas y liberar la puerta. En uno de los compartimentos de su mente comienza una cuenta atrás de sesenta segundos.

7

EN LA PENUMBRA Jack distingue la silueta de una mujer. Amordazada y con las manos atadas a un radiador vertical. La barbilla ligeramente levantada. Valiente y desafiante incluso secuestrada. Catherine Beraud, embajadora de la República Francesa en Finlandia, tiene una merecida fama de ser dura como una roca. Cuando habla, lo hace en finlandés:

- Ya iba siendo hora.

A Jack no le sorprende que la mujer esté esperando a la SIU, la unidad de intervención especial de la policía finlandesa.

- No soy SIU - replica en inglés.

Cuando Jack llega junto a la silueta, ve su rostro por primera vez. La mitad derecha marcada por hematomas y cortes de los que aún brotasangre. El ojo derecho es apenas un bulbo de carne hinchado y sangre seca. El izquierdo parece operativo, aunque inyectado en sangre.

- ¿Eres DGES, entonces? - pregunta.

Jack no responde. Se limita a sacar un cuchillo y cortar las bridas que amordazan a la embajadora. Beraud se frota las muñecas unos segundos antes de llevarse las manos al costado con un gruñido de dolor. Al menos una costilla rota, calcula Jack, momentáneamente confundido por la brutalidad del secuestro. Se pregunta si hay algo que Jerome Marchand no les ha contado.

Pero no tiene tiempo de entretener ese pensamiento.

Treinta y cuatro segundos... treinta y tres... La cuenta atrás continúa en su mente.

Saca una pistola semiautomática de su pechera, que le tiende a la embajadora.

- ¿Puede ver? - pregunta.

- Lo suficiente - responde ésta.

- Vamos a salir de aquí juntos - dice Jack mientras la embajadora toma la pistola -. Cualquier cosa que se mueva... *cualquier cosa*, es uno de ellos, ¿entendido?

Beraud le lanza una mirada entre horrorizada y ofendida.

- ¿Has venido *sólo*?

Jack le ofrece también un pequeño aparato electrónico, apenas el tamaño de un garbanzo.

- Póngaselo en el oído. Si nos separamos, recibirá ayuda.

- Has venido *sólo* - repite la embajadora, perpleja.

- Trabajo *sólo* - responde Jack con calma mientras sale al pasillo.

- *Eso me hace sentir tan especial* - el sarcasmo de Claire resuena en su oído - *Jack, moveos.*

Veintiún segundos... veinte... diez y nueve...

- ¿Cuál es el plan? - pregunta Beraud.

- Salir de aquí. A pie - responde Jack mientras comprueba que los pasillos están despejados.

Beraud se detiene al ver los dos cuerpos cubiertos de sangre.

- ¿Están muertos? - pregunta.

- Uno de ellos - responde Jack -. Por aquí.

Jack echa a andar por el pasillo de su derecha, pero comprueba que Beraud no le sigue. Se ha inclinado sobre el cuerpo de Roman, dando la espalda a Jack. Busca algo en los bolsillos del mercenario, algo que Jack no alcanza a ver. En su cabeza, la cuenta atrás se aproxima alarmantemente a las unidades.

- Hey - Jack trata de no levantar la voz -.

Aún inclinada junto al mercenario, Beraud le lanza algo pequeño y brillante. Jack lo caza al

vuelo y comprueba que es la llave de una moto.

- No pienso irme de aquí a pie. Hay al menos dos motos junto a la entrada oeste. Las escuché esta mañana.

Y con eso, Beraud echa a andar en la dirección opuesta a Jack. Éste levanta las cejas mientras siente emerger un renovado respeto por el servicio diplomático.

8

FUSIL EN ALTO, YANNIS avanza por el pasillo entre lo que queda de sus dos compañeros. Mira la puerta abierta de par en par. Maldice para sus adentros y escruta los dos pasillos que se extienden a izquierda y derecha. Su cara pura roca.

Cierra los ojos y se mantiene muy quieto, petrificado. Internalizando cada uno de los sonidos que la enorme fábrica vacía le devuelve. Pasados unos segundos abre los ojos y comienza a avanzar por el pasillo izquierdo.

El sonido que sigue es apenas perceptible. Pasos. Lejanos, leves e intermitentes, ligeramente más audibles a medida que avanzaba por el pasillo. Deja atrás el radio de los focos y se interna en la oscuridad total. Avanza en la negrura, no queriendo revelar su posición encendiendo la antorcha de su fusil. Poco a poco sus ojos se habitúan a la penumbra.

De pronto se detiene, confuso. Ha escuchado los pasos de nuevo... pero esta vez a su espalda.

Se gira en silencio. Sus pupilas han dilatado lo suficiente como para distinguir puertas y accesos., y está seguro de no haber pasado junto a ninguno.

Vuelve sobre sus pasos. Parpadea para expulsar una gota de sudor de su ojo. Mira de nuevo a ambos lados y confirma lo que ya sabía: que no hay ninguna bifurcación.

Se detiene en seco y cierra los ojos, tratando de localizar los pasos. Pasan diez segundos hasta que los escucha de nuevo ... a su espalda.

Esta vez Yannis se gira bruscamente y, todas las alarmas aullando en su cerebro, enciende la antorcha de su fusil con un movimiento exasperado.

Un estrecho halo amarillo ilumina el pasillo, y ahí está. En el suelo. El altavoz del que emanan, intermites, sonidos de pasos.

Yannis deja caer ambos brazos y desahoga su frustración en un grito mudo. Es demasiado cuidadoso como para hacer ruidos innecesarios, pero la furia y el miedo lo están consumiendo. De su mano derecha cuelga el subfusil, ahora pegado a su pierna.

Pasados tres segundos se fuerza a respirar hondo. Sabe que no puede permitirse perder la concentración. Aún puede alcanzarlos. Sólo tiene que pensar qué ruta es más probable que hayan seguido para salir de la nave.

Desafortunadamente para él, no puede pensar durante mucho tiempo.

Una mano extraña emerge de las sombras y envuelve su mano derecha, empujando su dedo índice lo suficiente como para que el fusil dispare una ráfaga de balas calibre 52 sobre su propio pie, reventándolo en mil pedazos hasta que no queda de él más que un amasijo de cuero, carne lacerada, sangre y lascas de hueso.

Yannis aúlla de dolor y cae al suelo. Antes de que toque el suelo, el desconocido ha tomado el fusil torsionando su muñeca. La cabeza del secuestrador rebota violentamente contra el cemento.

Cuando levanta la vista, todo lo que ve es la luz cegadora de la antorcha.

- Dame un nombre y conservas el otro pie - dice una voz baja, calmada y fría.

Tirado en el suelo, Yannis resopla agitadamente, sin responder.

- ¿Entiendes mi idioma? - insiste Jack - Tu pie a cambio del nombre de quien te paga.

Yannis sacude la cabeza, sus ojos fijos en el foco de luz.

- Vas a matarme de todos modos -dice en un inglés con marcado acento.

- No tengo ningún motivo para hacer eso.

El mercenario se echa a reír. Una risa vacía. A Jack no se le escapa cómo, mientras el hombre ríe, el mercenario acerca la mano derecha unos centímetros a su costado izquierdo, hacia la Glock semiautomática de su pechera. Cuando el griego agarra la empuñadura, Jack dispara.

9

EN EL INTERIOR de una furgoneta de mensajería, sentada sobre un taburete con ruedas, Claire Oxham teclea furiosamente, alternando la vista entre dos enormes monitores.

En la primera pantalla, los comandos que teclea aparecen a la velocidad del rayo. La segunda muestra las imágenes del satélite noruego cuyo acceso a hackeado unas horas antes.

- ¿Has captado algo? - dice una voz a su espalda.

Scott Callahan entra en al furgoneta y cierra el portón trasero.

- Un mensaje de texto - responde Claire. Estoy triangulando la posición del receptor, pero va a llevar algo de tiempo.

De pronto la voz de Jack, apenas un susurro, llega a través de los auriculares de Claire.

- *Claire, estamos listos para salir.*

Ésta asiente y deja de teclear. Se gira hacia la segunda pantalla y reposiciona ligeramente la imagen aérea de la fábrica de cemento.

- Sólo queda Charlie cuatro, pero está en posición en lo alto de la cisterna norte. Lleva inmóvil dos minutos.

- *¿Un francotirador?*

- No puedo confirmar, pero asumamos que lo es - responde -. Si es así no hay puntos muertos, tiene tiro franco a todas las rutas de salida. ¿Estás en la entrada sur?

- *Negativo. Puerta oeste.*

Claire sacude la cabeza desconcertada.

- ¿Oeste? El plan era salir por...

- *Hay un plan B. Incluye una moto* - replica Jack.

- Mala idea. Repito, el tirador tiene línea de tiro a todas las rutas de salida.

El cerebro de Claire trabaja a toda velocidad. Tener un francotirador cubriendo todas las salidas complica mucho las cosas. Porque salgan a pie o en moto, el tirador los verá.

En los cinco segundo que siguen Claire considera cinco planes alternativos y rechaza cuatro. El que queda es el único razonable, ella lo sabe. Com también sabe que la idea a Jack no le va a gustar nada de nada.

Cuando finalmente habla, su voz suena, como siempre, perfectamente calmada.

- ¿Puedo ofrecer un plan C?

10

APOSTADO EN LO ALTO de la cisterna, Kyrkos espera. Se ha tumbado sobre el endeble techo, en un punto desde el cual controla las dos únicas rutas de salida de la fábrica: la antigua carretera de grava que en su día servía de acceso a vehículos pesados, aún distinguible bajo un manto de matojos y arbustos; y el estrecho camino transversal por el que se podía alcanzar a pie la carretera comarcal donde años atrás había una parada de autobús. Da igual la ruta de salida que elijan los intrusos; ambas rutas conducen a las líneas cruzadas de la mirilla telescópica montada sobre su rifle de francotirador.

No ha tenido noticias de sus compañeros en los últimos minutos, así que asume que sólo queda él. Una certeza incómoda, pero que no le asusta. Al fin y al cabo se ha visto en situaciones peores, y el SMS que acaba de enviar a la francesa es una llamada de auxilio. Hay refuerzos en camino, lo sabe. Es una cuestión de tiempo.

Kyrkos tiene que admitir que el desconocido ha hecho buen uso del factor sorpresa. Pero de poco le servirá ahora que él, Kyrkos, tiene una posición elevada, con tiro limpio sobre las rutas de salida y un rifle de larga distancia con veinte balas.

Y sin embargo los hombros del griego se tensan al escuchar un sonido totalmente inesperado. El silencio de la noche roto por el motor de una moto KTM Duke arrancando.

¿Es posible que el activo pretenda escapar en una de sus motos? El rostro de Kyrkos se contrae en una sonrisa torcida, porque acaban de confirmarle la ruta de salida: la carretera de grava, el único acceso para vehículos.

Corrige su posición unos grados, concentrado en la imagen al otro lado de la fina cruz del visor de larga distancia. Su dedo índice apenas roza el gatillo. Respira lentamente, con el estómago, en perfecta calma. En la oscuridad de la noche la visibilidad es reducida, pero suficiente. La luz de la luna le basta para distinguir el trazado del camino.

Hace un rápido cálculo mental: una moto con dos personas en la oscuridad, en una superficie terrosa irregular y desconocida para el conductor. Treinta kilómetros por hora, máximo cincuenta si son lo suficientemente estúpidos como para encender el faro delantero. Kyrkos los tendrá a tiro al menos durante ocho segundos.

Probabilidad de éxito noventa y cinco por ciento.

Espera, sereno.

Pasados cinco segundos traga saliva, irritado. Algo no encaja. La moto está en movimiento, de eso no cabe duda. Pero el sonido, en lugar de alejarse en dirección la carretera de grava, crece a cada segundo. No tiene sentido.

Con un ademán exasperado separa el ojo del visor. Se pone de rodillas y gira la cabeza para escuchar con atención. Sus pupilas se dilatan alarmadas cuando siente el palpitar del motor de cuatrocientos centímetros cúbicos creciendo en claridad y fuerza.

El motorista no pretende escapar. Se está acercando a él.

11

A LOS MANDOS de la poderosa KTM de cuatrocientos centímetros cúbicos, Jack vuela a ochenta kilómetros por hora en paralelo a la nave principal. Un último giro de noventa grados y verá la base de la cisterna.

El plan de Claire no le gusta, pero eso no significa que haya una opción mejor. Al fin y al cabo un rifle pesado en una posición elevada tiene un único punto ciego - la base -, y Claire ha propuesto explotar esa debilidad. Para lo cual Jack tiene acercarse a la rápida, a oscuras y a través de un terreno desconocido y abandonado.

Lanza su pie izquierdo hacia abajo con fuerza, bajando dos marchas. Libera el embrague antes de finalizar el movimiento, añadiendo el freno de motor al de la rueda trasera, al tiempo que escora su peso hacia la izquierda. La moto ruge y se desliza cuatro metros derrapando furiosamente sobre la grava. Jack necesita cada uno de los músculos de su tronco para tirar de los doscientos kilos de máquina y recuperar la vertical. Tras dudar una fracción de segundo - que a Jack le parece una eternidad -, la rueda trasera agarra de nuevo el camino y lanza la KTM disparada hacia la base de la cisterna norte.

Ahora.

Jack libera su mano izquierda y empuña uno de los dos fusiles de asalto que cuelgan de su espalda. Cuando levanta la vista hacia la gigantesca estructura de metal, el viento de la noche azota su cara con furia. Se obliga a mantener los ojos abiertos y dispara las primeras cuatro ráfagas hacia la cumbre.

En lo alto de la cisterna Kyrkos maldice y se lanza en plancha sobre el frío metal. Veinte balas pasan a escasos centímetros de su cabeza. Golpea con frustración la cubierta de la cisterna mientras una segunda ráfaga de balsas cruza el aire sobre él. Mira su rifle de larga distancia, el que no ha podido reposicionar a tiempo de disparar primero. Un arma clínica y letal en distancias largas, pero ineficiente en las cortas. Le servirá de poco si el intruso alcanza la base de la cisterna.

Recapacita un segundo. Su posición elevada sigue dándole la ventaja táctica, claro está. Todo lo que necesita es un arma más versátil; en concreto, su rifle de asalto. Desde aquella altura será sencillo freír a balas a ese hijo de puta. Cuenta con dos cargadores de repuesto, seguramente más de lo que su oponente.

Aún tumbado, gira la cabeza buscando el fusil. Está donde lo ha dejado: al borde de la escalera, a cuatro metros de distancia.

Ha comenzado a reptar cuando un estruendo ensordecedor lo detiene en seco. El eco atronador de decenas de explosiones retumba en la noche y hace retumbar la cisterna, y con ella hasta el último hueso de Kyrkos.

Sacude la cabeza mientras las reverberaciones se disipan. Es un alivio, piensa, que el motorista esté tan cerca que sólo puede disparar al cuerpo de la cisterna, no a la cumbre.

Pero su alivio dura apenas un instante. Lo que tarda en comprender que el intruso ha disparado a la cisterna sólo para cerciorarse de dos cosas: una, que la cisterna está vacía; y dos, que las balas atravesaban el metal viejo, débil y roído como si fuera mantequilla.

Sus ojos se abren de par en par, comprendiendo lo que viene a continuación. Su posición elevada no es una ventaja táctica. Es una trampa mortal.

Cuando levanta la cabeza ve puede ver, veinte metros más abajo, la KTM avanzando sin piloto y terminando por caer al suelo, girando sobre sí misma hasta chocar con una de las paredes del almacén. El motorista ha saltado.

Abandonando toda cautela Kyrkos también salta, en dirección a su fusil, en el mismo instante en que un géiser de balas atraviesa la endeble cubierta de la cisterna. Una ráfaga larga, metódica, sin pausa. Docenas de perforaciones cubren toda la superficie.

Veinte metros más debajo, arrodillado a los pies de la cisterna, Jack deja caer el primer fusil y empuña el segundo. Le lleva diez segundos vaciar el segundo cargador. No levanta el dedo del gatillo hasta que el cañón deja de escupir balas y todo cuanto sale de él es un pequeño rastro de humo gris.

Tres segundos más tarde, de lo alto de la cisterna cae un cuerpo bañado en sangre.

12

A aquella hora de la madrugada Itainen Pustoti, la avenida que conecta la mayoría de las embajadas en Helsinki, está desierta y silenciosa. Al menos hasta que el bramido de una KTM de cuatrocientos centímetros cúbicos taladra la noche, lanzada como una exhalación en dirección sur.

- ¡¿Sigue conmigo?! - grita Jack girando la cabeza.

Beraud viaja detrás de él, aferrada débilmente a su cintura. Su mano derecha levanta un pulgar tembloroso. Jack siente los brazos de la embajadora flojear por momentos.

- ¡Un minuto para llegar a la embajada! - grita.

Jack teme que a la embajadora le abandonen las fuerzas y se desplome en marcha.

Veinte minutos atrás en la fábrica, habían encontrado un casco, pero sólo ponérselo a la embajadora había sido un proceso lento y doloroso.

Medio minuto después dejan atrás la entrada al parque Kaivari y Jack comienza a decelerar. Al final de la calle puede distinguir la casa de ladrillo que alberga la embajada de Francia, así como un soldado armado esperando frente a ella. Cuando la moto se acerca, el militar deja paso a un hombre de sesenta años, bajo y con barba, seguido por un segundo soldado empujando una camilla.

Jack detiene la moto y uno de los soldados recoge a Beraud en el mismo momento en que las fuerzas la abandonan y cae de la moto. Ayudado por su compañero la tienden sobre la camilla.

El hombre de la barba se apresura a comprobar sus constantes vitales.

- *Madmoseille Beraud. Madmoseille, c'est doctor Vellon. ¿pouvez-me écouter?* - pregunta acercándose al casco de motorista.

Beraud asiente levemente. Junto a la camilla los dos militares observan a Jack con curiosidad profesional. Tienen muchas preguntas, pero la llamada del director de operaciones del CSGE veinte minutos atrás, anunciando la llegada de Beraud, ha sido clara: *El motorista no existe.*

- *L'emmener à l'infirmerie, vite* - ordena el médico.

Pero antes de que la camilla se ponga en marcha, la débil mano de Beraud agarra la muñeca de Jack y lo atrae hacia ella.

- Gracias - musita débilmente.

Y los militares se llevan a la embajadora. El médico los mira entrar antes de girarse hacia Jack.

- Soy Emmanuel Vellon, el médico de la embajada. ¿Hay algo que necesite saber? - pregunta en inglés.

- Hematomas severos en la cabeza y en el brazo y costado derecho - responde Jack -. Tenga cuidado al quitarle el casco.

El médico asiente, pensativo. Tras un segundo de duda se decide a preguntar algo más.

- La familia de Beraud está de camino. ¿Quién les digo que la trajo de vuelta?

Jack mete primera y la KTM vibra ligeramente.

- Su embajadora va a necesitar algo más que tiritas, doctor. Espero que tenga todo lo que necesita ahí dentro.

Cuando Jack gira la maneta, la moto se lanza calle arriba y deja atrás al doctor Vellon y la embajada francesa, perdiéndose en la oscuridad de la calle Itainen Pustoti.

13

EL APARCAMIENTO del parque de atracciones Linnanmaki, en el extrarradio noreste de Helsinki, no cuenta con iluminación nocturna pasada la medianoche. La explanada de cemento permanece en total oscuridad entre la una y las seis de la mañana, hora a la cual empiezan a llegar los responsables del primer turno de limpieza.

A las tres y cuarto el faro delantero de una KTM rompe la oscuridad del aparcamiento. Cuando el piloto encuentra lo que busca - una furgoneta de reparto de flores -, apaga la luz y deja avanzar la moto, en punto muerto.

Claire Oxham le espera de pie, tecleando en el ordenador portátil apoyado sobre el capó. Cuando Jack se acerca, levanta las manos del teclado y fija la mirada en él. Jack sabe bien por qué. Claire quiere ver cómo se baja de la moto. Porque el movimiento le dirá si Jack ha sufrido daños de gravedad. Un primer estimado de daños básico, pero revelador.

Claire no niega que los tres jueguen un papel fundamental en las operaciones en las cuales el equipo acepta participar, pero también sabe que al final del día es Jack quien se juega el cuello. Generalmente.

Unos pasos por detrás Scott Callahan está enfrascado en una conversación en su móvil. Demasiado lejos para que puedan escuchar una palabra.

Callahan es un británico de mediana edad, de mirada severa y mandíbula puntiaguda. Su descuidada barba pelirroja sirve dos propósitos: le evita la molestia de afeitarse cada mañana, y esconde una aparatosa cicatriz en el cuello que dos rondas de cirugía no han logrado hacer desaparecer. Todo en él, desde su ropa funcional y una talla demasiado grande, hasta el coche utilitario de color gris oscuro que conduce habitualmente, han sido elegidos por ser escasamente memorables. Porque en el mundo de Scott Callahan, pasar desapercibido compra años de vida.

Jack apaga la moto con un movimiento fluido que tranquiliza a Claire. Sin embargo, el paso acelerado con el que se acerca a ella vuelve a ponerle en guardia.

- Beraud está en la embajada. Tardará en recuperarse pero vivirá - dice Jack -. Tenemos que hablar con Marchand, ya.

Claire deja de teclear y lo mira, alerta.

- Scott está hablando con él ahora mismo - responde Claire -. ¿Qué pasa?

- Algo no encaja - dice Jack -. Esa fábrica, Claire... Espacio abierto, múltiples accesos... es un lugar estúpido para esconder a una persona secuestrada.

Claire lo sopesa un momento.

- Bueno - dice al cabo -, los secuestradores claramente improvisaron parte del...

- Los secuestradores eran griegos.

La afirmación cae como un mazazo sobre Claire, dejándola momentáneamente desconcertada.

- Les escuché comunicarse - prosigue Jack.

Ambos miran sus respectivas siluetas en la oscuridad. El CSGE había pedido su ayuda convencido de que la embajadora había sido secuestrada por una célula de Isis con intención de decapitarla como represalia por la participación francesa en los ataques aéreos en Siria.

- ¿Qué demonios, Jack?

La silueta de Callahan se acerca con paso brusco, recortada por la luz marchita que emite el ordenador portátil de Claire. El cual emite una sucesión de pitidos que hace que ésta devuelva su atención a la pantalla.

Jack lo mira en la penumbra, esperando más información. La voz de Callahan suena irritada.

- Marchand está en la fábrica. Le prometí un secuestrador listo para interrogar. En lugar de eso ha encontrado cuatro cadáveres. Tres por arma de fuego, uno desangrado.

Jack sacude la cabeza y mira extrañado la figura oscura frente a él. Tarda unos segundos en responder.

- ¿Se desangró por las manos? - pregunta, perplejo.

- Callahan le dedica una mirada exasperada.

- No Jack, se desangró por el corte de lado a lado que la abrió el cuello. ¿A qué ha venido eso? ¿No tenías una inyección de...?

- Repite eso - Jack dispara las palabras cargadas de alarma.

Callahan hace una ligera pausa, los ojos clavados en Jack.

- Cuello cortado.

- Chicos... - la voz de Claire a su espalda llega lenta, tentativa. Habla más para ella que para los otros dos.

- La administré el sedante, Scott - dice Jack, sin escuchar a Claire -. Lo dejé inconsciente para Marchand.

Callahan levanta la barbilla, su propio pulso comenzando a dar aldabonazos en sus sienes.

- Esto es *muy* raro... - a su espalda Claire continúa tecleando furiosamente en su portátil, musitando para sí misma, tratando de encontrarle sentido a lo que está viendo en pantalla.

- ¿Qué estás diciendo, Jack? ¿Que el CSGE le ha abierto el cuello a un mercenario sedado? - pregunta Callahan.

- Lo único que sé - responde Jack - es que nadie se acercó al cuerpo después de la inyección. Solamente Beraud para coger la llave de la mo...

Ahí Jack se interrumpe. Momentáneamente abrumado por la sospecha que está tomando forma en su mente, y sus implicaciones.

Y en ese momento Claire gira hacia ellos la pantalla del portátil. Su voz no es débil sino fuerte y clara, y no está haciendo ningún esfuerzo por ocultar la nota de alarma en ella.

- Escuchad. He rastreado el teléfono móvil que recibió el mensaje MALFUNCIÓN. Puedo triangular la ruta de la señal durante las últimas tres horas. Hace una hora el móvil estaba aquí - Claire señala un punto en el mapa -.

- La fábrica de cemento - Jack reconoce el punto.

- Así es - confirma Claire.

Callahan tira el vaso de papel vacío el interior de la furgoneta. Y hace la pregunta a pesar de conocer la respuesta.

- ¿Y dónde está ahora, Claire?

Claire mueve el dedo hasta un punto rojo que parpadea sobre el mapa, mucho más al sur.

- En la embajada francesa.

EMMANUEL VELLON agoniza en el suelo.

El médico residente de la embajada francesa en Helsinki lucha en vano por capturar su última bocanada de aire. La sangre brota de su cuello abierto en canal, y sus esfuerzos por gritar apenas producen un balbuceo inaudible.

Junto a él, en el suelo, puede ver el rostro sin vida de los dos soldados.

Minutos antes lo diabólico de la situación los cogió a todos por sorpresa. La mujer debía tener un cuchillo escondido. Tan pronto retiraron el casco saltó de la camilla y, en un feroz movimiento, cortó el cuello del primer soldado. Antes de que el cuchillo terminara de cortar la carne, su otra mano se había hecho con la pistola automática de su víctima. Había girado sobre sus talones y disparado al segundo soldado en la cabeza, dos veces. A continuación, sin girarse, había lanzado un brazo hacia atrás, clavando el cuchillo en el estómago del doctor Vellon.

Sólo entonces la mujer se había girado, y sus miradas se habían encontrado. Tras unos segundos la mujer había levantado el cuchillo hasta su cuello... y lo había cruzado de lado a lado.

Todo había sucedido sucedido en un fluido movimiento, como si la mujer lo hubiera coreografiado en su mente segundos antes.

Desde el suelo, el doctor Vellon puede ver a su vergudo operar el ordenador de su consulta. Aquel demonio se ha arrancado la peluca y varios prostéticos, dejando al descubierto un pelo rubio, fino y pálido, y dos ojos vacíos y crueles de un intenso color azul. Ha conectado dos pequeños dispositivos al ordenador y sus dedos vuelan sobre el teclado.

El rápido castañeteo de su propio teclado es lo último que el doctor Vellon escucha jamás.

15

ATRAVESANDO EL CENTRO de la ciudad a ciento veinte kilómetros por hora, Jack ve el semáforo cambiar a rojo. Mira a los lados, esperando encontrar el cruce despejado a esas horas de la madrugada.

Se equivoca.

Por la izquierda se aproxima el tranvía nocturno de la línea 12, por la derecha una furgoneta de reparto de carne. Ambos entran en el cruce en ese preciso momento, sus respectivos semáforos en verde.

Jack aprieta los dientes y acelera a fondo.

Y el siguiente segundo dura una eternidad. Una eternidad durante la cual Jack siente el calor del tranvía a centímetros de su costado izquierdo, y los focos de la furgoneta lo ciegan desde el lado derecho. Baja la cabeza, preparándose para que los dos vehículos lo partan en dos...

Pero no sale volando por los aires. Sólo siente una violenta sacudida en la rueda trasera, que ha tocado el frontal de la furgoneta de reparto.

La moto sale del cruce a velocidad de vértigo. Jack sacude la cabeza y traga saliva mientras deja atrás violentos frenazos y gritos confusos.

Activa el intercomm en su oído. A bordo de la KTM y sin casco, necesita gritar para hacerse oír.

- ¡Llegada en dos minutos!

La voz de Scott suena en su oído, apenas audible por encima de los cuatrocientos centímetros cúbicos del motor y el viento de la noche finlandesa.

- *Claire, ¿hemos contactado con la embajada?*

- *Negativo* - responde Claire -. *Silencio en todos los canales.*

- *Marchand está de camino y ha alertado a inteligencia finlandesa.*

Jack zigzaguea entre tres coches y gira noventa grados para entrar en la calle Itainen Pustoti.

-Scott, ¿qué hay en esa embajada? - grita Jack.

Jack puede ver el edificio a cincuenta metros de distancia. Apaga el foco de la KTM y comienza a decelerar.

- *Marchand no puede hablar de ello por teléfono* - responde Callahan.

La mente de Jack está barajando tres posibles escenarios de acceso a la embajada, cuando sucede.

No sabe si es un solo coche o varios los que explotan. La valla de seguridad de la embajada vuela por los aires, así como buena parte de su fachada.

La onda expansiva se lleva por delante coches y árboles, y destroza los cristales de varias casas contiguas a la embajada. Jack sale propulsado veinte metros por el aire, cae sin piedad sobre el asfalto y aún rueda violentamente otros seis metros antes de detenerse, inerte, envuelto en una cacofonía de alarmas, aullidos de perros y el martilleo de montañas de debris cayendo del cielo.

Parte II

EL HORIZONTE SE REPOSICIONA a medida que el vuelo AF350 comienza su aproximación al aeropuerto Charles de Gaulle. Sentado junto a la ventanilla, Scott Callahan ve la diagonal del horizonte escorarse.

La azafata se acerca con una bolsa de basura. Callahan apura el último sorbo de su café, entrega el vaso y sube la bandeja. Comienza a pesarle el agotamiento tras casi dos días sin dormir, y aún así ha sido incapaz de conciliar el sueño en las tres horas de vuelo desde Helsinki.

Mientras el avión desciende, Callahan revisa mentalmente el tsunami que han sido las últimas cuarenta y ocho horas. Brutales. Confusas. Letales.

Seis empleados de la embajada francesa en Helsinki han perdido la vida, ya sea a manos de la misteriosa asesina o como resultado de explosión. El mejor amigo de Callahan tiene suerte de estar vivo y permanece hospitalizado en Helsinki con contusiones severas (unos metros más cerca y la detonación lo habría volado en pedazos). La embajadora Catherine Beraud, por su lado, continúa en paradero desconocido. Y a Scott Callahan, comprensiblemente, se le acumulan las preguntas.

Mira su teléfono móvil, que no ha desconectado. Desde que abandonó el MI6 seis años atrás, sólo nueve personas conocen su número. Callahan ha puesto mucho cuidado por que así sea. Porque cuando dejó el servicio de inteligencia lo hizo con la intención de desaparecer. De convertirse en un fantasma. Y no, como pensaban muchos, de ganar algo más de dinero en el sector privado.

Sencillamente, sus años con el MI6 le habían enseñado que hay enemigos que no pueden combatirse desde las instituciones.

Para vencer a un fantasma has de convertirte en uno.

Sabía, claro está, que no podría hacerlo sólo. Y le llevó un año encontrar a Claire. Un prodigio informático con el agua al cuello y los días contados. Manipulada y engañada por las mismas personas que él había jurado perseguir.

La encontró escondida en un edificio abandonado a las afueras de Praga, ensamblando febrilmente un rack de servidores con piezas robadas.

- Yo no lo haría - dijo por toda introducción.

Claire había agarrado la Glock 9mm que descansaba sobre la mesa antes de girarse hacia él, sobresaltada. Llevaba días en la calle, siempre en movimiento, vigilando sus cuatro costados, sin apenas dormir. Su pulso había visto días mejores.

- ¿Cuántos han venido contigo? - dijo apuntando a la cabeza del recién llegado.

Callahan le había mostrado las palmas de las manos, perfectamente sereno.

- Sé lo que te han hecho, Claire. Y sé quién ha sido. No eres la única. Pero *esto* - había señalado la caótica madeja de discos y cables - no es la forma de conseguir justicia. Cuando te encuentren, y es una cuestión de tiempo que lo hagan, tendrás que correr y empezar de nuevo.

Claire se había reído entre dientes. Por supuesto el hombre de la barba roja, fuera quien fuera, tenía razón. Pero eso no significaba que fuera de fiar. Después de sus últimas semanas, Claire estaba decidida a no confiar en nadie el resto de su vida.

- ¿Tienes una idea mejor? - había preguntado.

Y el recién llegado había asentido. Con movimientos muy lentos, usando sólo dos dedos, había sacado del bolsillo interior de su abrigo tres documentos. Y los había lanzado sobre la mesa.

Claire había cogido los documentos sin dejar de apuntar al intruso. En su rostro exhausto se había pintado la sorpresa. Tenía entre manos un pasaporte, una tarjeta de seguridad social y un carnet de conducir expedidos a Isabella Dyer, nacida en Escocia. El pasaporte y carnet de conducir tenían una fotografía. Y el rostro era el de Claire.

- Primero debes desaparecer. Como desaparecí yo. Conviértete en un fantasma. Escóndete a plena luz del día, donde no te busquen. Y *entonces* podremos empezar a trabajar.

A Claire no se le había escapado el plural. Pero estaba demasiado impresionada admirando los documentos. Porque había visto falsificaciones antes, y aquel material era soberbio. De una calidad a la que sólo se podía acceder a través de dos canales: servicios de inteligencia o contactos en el mundo criminal. Y como Claire aprendió durante los meses siguientes, en el mundo de Scott Callahan la línea entre ambos era, en la mayoría de los casos, fina y difusa.

Unos meses más tarde, tras mucho trabajo, habían encontrado a Jack. Con su entrenamiento casi sobrenatural. Su eficiencia letal. Y su obsesión por encontrar a los mismos fantasmas que atormentaban a Callahan y Claire.

Unidos por un enemigo común, los tres habían aprendido a trabajar juntos, tirando de todos los hilos que podían encontrar en su búsqueda de justicia. Y para financiar su búsqueda, ocasionalmente aceptan encargos como unidad de soporte en operaciones de espionaje o intervenciones. Única y exclusivamente, eso sí, si el encargo proviene de una de las siete personas que conocen el número de teléfono de Callahan. Las únicas siete personas en todo el mundo en las cuales el equipo confía.

Y treinta horas atrás, en una azotea en Budapest, el móvil de Callahan había sonado.

TAN PRONTO CALLAHAN escuchó las palabras *Necesito tu ayuda* supo que no podría negarse a lo que quisiera que Marchand fuera a pedirle.

Marchand es el máximo responsable de operaciones del *Commionarie Seguirte Generale Estate*, el mismo rol que Callahan había ocupado en el MI6. El inglés ha perdido la cuenta del número de operaciones en las que habían trabajado juntos a lo largo de los últimos diecinueve años.

Pero Callahan sabe que le une algo más que misiones conjuntas. Al igual que a él, a Marchand siente una genuino aprensión por los burócratas de carrera, y ha llegado a dirigir el brazo más secreto de los servicios de inteligencia no por su talento navegando despachos, sino por la legitimidad que le confieren las cicatrices de veinte años de trabajo de campo. A ambos los une, además, una sana falta de respeto por la autoridad y el hecho de que jamás se llevarán una medalla - al fin y al cabo más de la mitad de las operaciones de sus respectivas organizaciones no figuran en ningún manifiesto.

Necesito tu ayuda.

O dicho de otra manera, piensa Callahan, ha llegado el día de que me pagues el favor que me debes.

Nueve años atrás ambos habían dirigido una operación conjunta para dismantelar una célula terrorista en el sur de Inglaterra que terminó con el asalto a una casa de afueras de Dover. Cuando el fuego terminó y la unidad de asalto dio el *Todo despejado*, Jerome y Callahan entraron en la casa para una inspección visual.

Allí, en el salón, Callahan se agachó para inspeccionar un fajo de documentación desperdigado en el suelo. El terrorista que yacía a su espalda con tres balas en el pecho resultó estar menos muerto de lo que parecía y había conseguido incorporarse en el charco de su propia sangre y dedicado sus últimas fuerzas a disparar contra la espalda de Callahan. Marchand se lanzó sobre él sin titubear y la bala terminó incrustada en la cadera del francés. Quedó cojo para el resto de su vida.

Y durante nueve años Marchand no lo había mencionado. Ni una sola vez, ni siquiera con alusiones veladas.

Hasta aquel día en la azotea de Budapest.

Y Callahan, movido por la deuda pendiente, aceptó participar en una operación que había resultado ser una trampa.

El impacto del tren de aterrizaje sobre el asfalto devuelve a Callahan al presente.

Bienvenidos al aeropuerto Charles De Gaulle, donde la hora local son las...

Se frota los ojos y piensa en el día que tiene por delante. Y aunque su rostro está marcado por una severa falta de sueño, su expresión es alerta y determinada.

Porque a Scott Callahan se le acumulan las preguntas.

Y Jerome Marchand va a proporcionárselas.

- ¿ALGUIEN QUIERE EXPLICARME cómo demonios nos hemos metido en este lío?

Louise Gremillion, Directora General del DGSE, ladra la pregunta mientras irrumpo en la sala de reuniones con una carpeta en la mano. Cuarenta y ocho horas sin dormir y una furia a duras penas controlada añaden a su característica voz ronca una nueva capa de tonos intimidatorios.

Jerome Marchand se ha situado al fondo, adoptando un discreto segundo plano. Al fin y al cabo su presencia aquel día en la mesa de los adultos es una excepción, debida únicamente al cauce desastroso que ha tomado la operación Rodas. Por lo general Gremillion minimiza el contacto con operaciones especiales. Negabilidad ante todo, *etc.*

Incluso desde el fondo de la sala de juntas, el director de operaciones especiales distingue con claridad la sangre que inyecta los ojos de la jefa suprema de los servicios de inteligencia. Hay rabia, estupor y una vergüenza infinita en esa mirada. Y Marchand simpatiza con todo ello, claro está, porque en treinta años dedicados al juego jamás ha visto semejante despliegue de ineptitud. En *ningún* servicio de Inteligencia del mundo.

La cagada es de tal magnitud que inevitablemente le costará la carrera a Gremillion, eso lo saben todos. Como también saben, conociéndola, que no se irá sin llevarse por delante a todo aquel que haya jugado un papel, aunque sea tangencial, en aquella hecatombe.

Y Marchand está más que dispuesto a ayudar en la tarea.

- ¿Algún voluntario? - desafía Gremillion a las cuatro personas alrededor de la mesa.

Sólo una de ellas ha tomado asiento. Un hombre grande y con sobrepeso que se sirve un vaso de agua con actitud perfectamente serena, como si aquello fuera un simple comité semanal. Tiene la costumbre de sentarse torcido sobre la silla, fijando en su interlocutor dos ojos pequeños y burlones desde un ángulo incongruente.

Marchand siempre se ha preguntado si Marc Cavill, su superior directo y Jefe de Inteligencia, lo hace solamente para confundir a su interlocutor. Si es así, por lo general funciona.

- Está todo en el memorando de esta mañana - dice Cavill tras beber un trago de agua -. La situación es sencilla, en realidad. Aunque desafortunada - concede.

- *Desafortunada* - Gremillion rebota la palabra rebozada en desprecio.

Cavill la ignora y continúa:

- La fase dos de la operación Rodas concluyó con éxito el martes a las diecinueve horas cuando nuestro oficial Claude Perron entregó un pen drive cifrado en la embajada en Helsinki. El agente de Perron, nombre en clave Marat, había grabado en el pen drive documentos que probaban la existencia y la identidad real del agente de nombre en clave Coloso. Pero todo esto ya lo sabéis, claro está...

Barre la sala de reuniones con la mirada. Y cuando vuelve a hablar su tono ha bajado diez grados centígrados y llega cargado de implicaciones siniestras.

- ... porque a todos vosotros se os informó de los detalles de Rodas hace exactamente cuarenta y cuatro horas.

- ¿Y qué se supone que significa eso?

Desde el otro lado de la sala, una mujer alta y consumida le mira con los brazos cruzados. Marchand la conoce bien. Su nombre es Charlotte Paquet y, como enlace oficial del servicio de inteligencia, lleva quince años partiéndose la huesuda espalda intentando proteger al servicio de sí mismo. Su labor fundamental es actuar de enlace con todas las demás agencias de inteligencia y

seguridad de la república. Todas la quinielas la señalan como la sucesora de Gremillion, y el rumor que corre por los pasillos del cuartel general en Boulevard Mortier es que el apego que su superior parece haberle cogido a su silla comienza a irritarle.

Marchand ve que Cavill se ha girado hacia él, dejándole el honor de contestar. Se encoge de hombros mientras lo hace.

- Significa que la operación Rodas - dice Marchand - avanzó sin problemas durante meses, mientras sólo sabíamos de ella Louise, Marc y yo. Los problemas empezaron en el momento en que involucramos a vuestros departamentos.

La acusación queda flotando en el aire unos segundos.

La quinta persona en la sala es un hombre pequeño y delgado. Tom Thevenoud, Director de la División de Tecnología, es el responsable de fortificar los flujos de información del CSGE contra intrusiones externas y curiosidades internas. Es, también, un hombre en constante estado de irritación.

- Voy a fingir que no he oído semejante imbecilidad - cacarea mirando a Cavill pero señalando a Marchand -. Rodas es tu fiasco, Marc. Ni siquiera entiendo qué pinta operaciones especiales en esto, ¿es que el pen drive pesaba mucho?

Louise Gremillion tarda unos segundos en responder.

- Operaciones especiales financia es la banca - dice -. Estamos usando uno de sus fondos discrecionales para incentivar a Marat.

Paquet da un paso al frente y ladea la cabeza, incrédula.

- ¿Estamos *pagando* por información sobre Coloso? Por el amor de Dios, Louise, ¿te has vuelto loca? Coloso es folklore. Contrainformación sembrada por Moscú para que nos mordamos la cola. Desde hace quince años el nombre surge esporádicamente en algún interrogatorio, sí. ¿Y qué? Nosotros usamos el mismo truco.

- Y sin embargo - dice Marchand desde el fondo de la sala -, las muestras de información que Claude Perron recibió de Marat eran sólidas.

- Marat tenía alma de comerciante. Nos dio muestras, las suficientes para confirmar la calidad del producto. Pero se guardó el premio gordo - continuó Cavill -. *Coloso*. El material tenía un precio y la oferta era por tiempo limitado. Inteligencia no tiene presupuesto discrecional, pero los amigos de Operaciones Especiales sí. Así que tres semanas atrás incluimos a Marchand y voila, Rodas pasó a ser su operación.

Thevenoud sacude la cabeza con desesperación.

- Recuerdo cuando nuestros oficiales de inteligencia eran capaces de reclutar fuentes sin abrir el talonario.

Paquet mira al director de tecnología con irritación.

- ¿Recuérdame por qué estás *tú* aquí?

- Porque soy una víctima colateral de esta exhibición de ineptitud - escupe el técnico -. Porque Cavill quería que Marat nos pasara la información en un pen drive encriptado para asegurar que sólo el receptor, es decir *él*, pudiera leer la información. Y mi departamento provee ese pen drive. En el momento en que Marat graba la información el pen drive se encripta, y mi unidad custodia las claves de desencriptado en Stormlock Security.

- ¿Stormlock-qué? - pregunta Paquet.

- Es una empresa de cyber-seguridad sub-contratada por el ministerio de defensa. Desarrollan algoritmos de encriptado para nosotros. La idea era que nadie, incluido Peroit...

- Perron.

- ... incluido el oficial de inteligencia, pudiera leer el contenido hasta que llegara a París por

valija diplomática. A Louise le pareció buena idea, pero sólo si era ella, y no Marc, era la única persona con acceso a los códigos de descifrado.

Paquet suspira. Thevenoud le ha aburrido a la primera mención de códigos y pen drives. Sin más comentario, se gira hacia Cavill.

- Si Rodas empezó hace dos meses, ¿por qué no se nos incluyó antes?

Cavill levanta las palmas de las manos, como si la respuesta fuera obvia.

- Porque si Coloso es real, Charlotte, es el infiltrado ruso de mayor rango y más longevo del CSGE. Puede ser cualquiera. Puede estar en esta sala.

- *Está* en esta sala - dice Marchand mirando uno a uno a Gremillion, Paquet y Thevenoud -. Rodas se torció en el momento en que invitamos a los tres mosqueteros.

El director de Tecnología se gira hacia Gremillion. Hay fuego en sus ojos.

- ¿Puedes pedirle a tu bufón que deje de acusarnos de traición sin pruebas?

- ¿Siete ciudadanos franceses muertos y una embajada en ruinas no es prueba suficiente? - le espeta Marchand sin pestañear.

Paquet apoya ambas manos sobre la mesa, exasperada, y clava los ojos en Cavill.

- ¿Quién es Marat?

Cavill esboza una sonrisa lobuna.

- Buen intento.

Ambos se miran unos segundo en silencio, si pestañear, midiéndose. Finalmente es Gremillion quien rompe el silencio.

- Asumiendo que Coloso es real - dice Gremillion mientras todas las cabezas se giran hacia ella -. *Asumiendo* que lo sea. ¿Significa eso que el secuestro de Beraud no fue otra cosa que un caballo de Troya para infiltrar la embajada y recuperar el pen drive?

- Correcto - responde Cavill.

- Imposible - dice Paquet -. El SVR no haría semejante barbaridad.

- El SVR no - interviene Marchand -. Pero un mercenario, contratado por el SVR en un momento de desesperación, sí.

Marchand lanza sobre la mesa una fotografía en blanco y negro, ampliada e impresa en A4. La imagen está granulada, pero el rostro de la mujer de pelo rubio claro es aún distinguible.

- Logramos recuperar dos minutos de grabación de una de las cámaras de seguridad de la embajada - explica.

Los otros cuatro se acercan a la fotografía. Y durante el medio minuto que sigue el silencio se espesa hasta asfixiarlos.

Thevenoud es el primero en hablar. Lo hace sin levantar la mirada de la foto.

- Esto no puede ser verdad - es todo lo que alcanza a decir.

Gremillion se muerde el labio inferior, tratando de computar la cascada de nuevas implicaciones que la fotografía abre. Porque está viendo un fantasma del pasado. El rostro de un fantasma llamado Liz Carter, ex-oficial de inteligencia del CSGE caída en desgracia cinco años atrás, dada por muerta en Belgrado hace dos años y de vuelta, al parecer, del mundo de los muertos.

Paquet mira a Cavill, y esta vez hay urgencia en su voz.

- Perron y su agente. Hay que sacarlos de Helsinki inmediatamente.

Y Cavill la mira fijamente, apoyado en un ángulo incongruente sobre el brazo de la silla, sin decir palabra. Y la pausa es lo suficientemente larga como para que la intuición de los presentes, entrenada durante años en juego, llene los huecos antes de escuchar la respuesta de Cavill.

- Tenemos tres equipos de búsqueda desplegados. Esta mañana no ha ido a trabajar, y no está

en su apartamento. Claude Perron ha desaparecido.

HELSINKI

19

CLAUDE PERRON es un conductor prudente. Mantiene el pie posado suavemente sobre el acelerador. Avanzando, según le indica el velocímetro de su Citroen C3, a catorce kilómetros por hora.

Por lo general la Väinölänkatu, a pesar de ser una calle estrecha del extrarradio de Helsinki, está relativamente libre de tráfico.

Por lo general.

Porque normalmente no hay una ambulancia detenida, con el morro sobre la acera, frente al número 62, un anodino edificio de apartamentos de cuatro plantas. En un día normal, Väinölänkatu tampoco está bañada por los ominosos destellos azules que emiten las sirenas de dos coches de la policía aparcados a ambos lados de la ambulancia, custodiando la entrada al edificio y bloqueando uno de los dos carriles de la calzada.

Perron traga saliva. Hasta la última fibra le grita que se aleje de allí a toda prisa. Y eso es exactamente lo que haría, si pudiera. Pero tiene coches por delante y coches por detrás. La calle Väinölänkatu está convertida en un perfecto cuello de botella de un sólo carril. Está atrapado, avanzando a paso de tortuga hacia el número 62.

Marat está muerto.

La certeza lo ha alcanzado, como una descarga eléctrica, veinte metros atrás. Por dentro, el oficial de inteligencia se hace trizas. Por fuera no se inmuta, ni siquiera pestañea. Si sabe hacer algo, al fin y al cabo, es mantener la calma y pasar desapercibido. Dieciocho años como controlador de agentes sobre el terreno le templan a uno los nervios. Al menos por fuera.

Marat no merece este final.

Al cabo de unos segundos pasa frente al número 62. Un policía ha comenzado a acordonar el portal mientras otro gesticula en dirección a los coches, exigiéndoles que aceleren y se alejen de allí.

Perron se esfuerza a mirar, porque no hacerlo sería sospechoso. Aunque el estómago se le retuerza al hacerlo.

El siguiente puedo ser yo.

Se aferra al volante hasta que sus nudillos palidecen. Su único consuelo es haber seguido el manual. Nunca reveló a Marat su verdadero nombre, ni detalle alguno sobre su identidad. No importa cómo lo hayan presionado - y Perron sospecha que el proceso no ha sido piadoso -, los asesinos de Marat no puede llegar hasta él.

El salpicadero del Citroen indica dieciocho kilómetros por hora. Unos trescientos metros por delante, Väinölänkatu cruza con la calle Sampsantie, donde podrá acelerar en dirección norte, camino de la embajada.

Tengo que contactar con Cavil.

Una hora antes, mientras desayunaba en su apartamento, Perron había escuchado con pasmo la noticia: una explosión de gas había volado por los aires la embajada francesa en Helsinki.

El café y la tostada habían caído al suelo, y su corazón había comenzado a bombear sangre a cien millas por hora.

Rodas ha fracasado. Todo está comprometido. Marat está en peligro.

Marat, nombre real Boris Vankin, es el notario de la embajada rusa en Helsinki. Dos años atrás, bajo el nombre ficticio de Paul Lambert, Perron había hecho una tímida aproximación para

tantear el terreno. Un indirecta aquí, una insinuación allá. Para su sorpresa, una semana más tarde recibió una llamada de Vankin.

“No tengo tiempo que perder, Lambert - le había espetado el ruso -. Eres DGSE, obviamente. Podría reconoceros en un baile de disfraces. Hay una restaurante turco que me gusta cerca de Tursontie. Almorcemos.”

A Marat no lo mueven convicciones políticas. Lo que quiere es dinero. Mucho más del que su sueldo y su carrera pueden ofrecerle. Y a cambio está dispuesto a vender información, literalmente, al peso. El único problema es que el oro, la información altamente clasificada, no pasa por la notaría de la embajada. Después de dos años de tediosos regateos para comprar información en el mejor de los casos mediocre, Perron había decidido terminar su asociación con el ruso.

Pero fue entonces, seis semanas atrás, a punto de finalizar uno de sus encuentros mensuales, cuando Marat, sin ceremonia, le había tendido un trozo de papel doblado.

Perron lo había abierto con escasa curiosidad. Contenía un número de siete cifras.

- ¿Qué es? - había preguntado mientras se ponía el abrigo.

- Es el precio.

Perron había suspirado. Los documentos que Marat acababa de pasarle iban a tener escaso valor, pero era su trabajo revisarlos uno por uno igualmente. Le esperaba una noche larga y decepcionante, y deseaba llegar a casa cuanto antes.

- ¿El precio por qué?

- Por Coloso.

Perron había soltado el pomo de la puerta y se había girado, lentamente. Demasiado lentamente. Su rostro era pura indiferencia. Pero debajo del abrigo se le habían erizado todos y cada uno de los pelos del cuerpo.

Coloso.

Perron conocía bien el nombre. Durante quince años había aflorado nueve veces en interrogatorios e informes. Como una referencia mística. Sólo un nombre, ningún dato adicional. Contrainformación, habían concluido todos los analistas, y el nombre había terminado siendo parte del folklore de la división dedicada a Europa del este.

Coloso.

El nombre en clave del supuesto topo que la SVR, el servicio de inteligencia ruso, *podría* haber plantado décadas atrás en el DGSE.

Y por un capricho del destino Boris Vankin, el pusilánime notario de la embajada rusa, se había convertido en la décima persona en mencionar Nodrizza.

Solo que esta vez, para variar, el mensajero traía algo más que rumores.

20

COMO MARAT EXPLICÓ a Perron, varias semanas atrás el asesor legal de la embajada rusa había sufrido un infarto y permanecía ingresado, con pronóstico poco claro, en el hospital XXX. Marat había sido llamado de urgencia en la madrugada del domingo para certificar unas copias que debían ser enviadas a Panamá a primera hora sin falta.

Irritado y quitándose las legañas, tan pronto como el notario entró en la embajada le habían puesto delante un café y una copia del acta de secretos oficiales para firmar.

Cinco minutos más tarde estaba sentado en una habitación cerrada, desprovisto de su teléfono móvil, frente a las copias que debía certificar: dos órdenes de apertura de dos cuentas en el banco XXX de Panamá.

Esos dos papeles, en sí, no tenían nada de especial. Sí lo tenían, sin embargo, el dossier anexo. Marcado como *alto secreto*, Marat tuvo acceso a él durante los cuarenta minutos que pasó a solas con el material.

Y le había llevado una copia parcial a Perron, que lo leía sintiendo su cuello palpar aceleradamente.

“Solicita la apertura de dos nuevas cuentas para el operativo de criptónimo Coloso, de nombre real _____.”

Hasta ahí llegaba la copia que Marat había traído, como primera muestras, junto al nombre de los seis informes filtrados por Coloso a la SVR en el último año.

Perron había tardado una semana en comprobar que el material filtrado por Coloso era real. Después necesitó cinco semanas dar luz verde a la operación Rodas. El reto estaba, claro está, en involucrar al menor número de personas en la DGSE, y rezar por que ninguna de las elegidas fuera el agente doble de nombre en clave Coloso.

Rodas, en su primera fase, se había constreñido a dos personas: Perron y su inmediato superior, Marc Cavill.

El dinero había sido el primer problema. Un millón de euros es mucho dinero, más cuando Marat quería un cuarto por adelantado y el resto una vez el CSGE verificara la información. Cavill sabía que si la información resultaba ser sólida valdría considerablemente más de un millón de euros, así que acudió a Marchand para financiar meter los dedos en el fondo discrecional.

Organizar la entrega tampoco había sido sencillo. Fue necesario involucrar a Gremillion, XXX y XXX para acceder al medio de transporte ideal: un pen-drive cifrado, equipado con XXX encriptación militar, de un sólo uso. En el momento que Marat copiara su fichero en el pen-drive, éste se encriptaría con una clave de seguridad doble que Perron no podría descryptar. Sólo una persona en el mundo tendría acceso a las claves de lectura, las cuáles estarían custodiadas en XXX, el centro de encriptado del DGSE en París.

Perron sería el mensajero, pero le sería imposible acceder al contenido. Su labor consistiría en encontrarse en Helsinki con Marat y depositar el pen-drive en la embajada. La información llegaría por valija diplomática a París al día siguiente, donde sería descryptada por Gremillion en persona, en una habitación aislada en XXX NOMBRE DE EDIFICIO.

Ella, y sólo ella, tendría acceso al material y confirmaría su veracidad.

Y así, la noche anterior habían llegado el momento de la entrega. Tal y como habían planeado, Perron y Marat se habían cruzado fugazmente en los servicios del restaurante Pokke de

Helsinki. El pen-drive había cambiado de manos y Perron había pagado la cuenta, conducido una hora y entregado el pequeño trozo de plástico al secretario consular.

A continuación había regresado a su apartamento.

Al día siguiente, al escuchar en la radio las noticias de la explosión en la embajada, Perron había comprendido que Marat estaba en peligro.

Nada de contactos no acordados, le había repetido hasta la saciedad a su agente durante meses.

Pero hay un momento en la vida profesional de todo oficial de inteligencia en el que ha de decidir si violar los protocolos de seguridad que él mismo ha establecido con su agente.

Para Claude Perron ese momento ha llegado durante el desayuno. Y no ha necesitado mucho tiempo para mandar los protocolos al diablo. Después de seis intentos fallidos por contactar a Marat en su teléfono móvil, el miedo por la vida de su agente ha sido más fuerte que su buen juicio y Perron ha saltado en el coche y puesto rumbo hacia el número 62 de la calle Väinöläkatu.

Y ahora avanza por ella a paso enervante lento. Y bajo la máscara de calma en la cual ha aprendido a convertir su rostro comprende que, por primera vez en sus dieciocho años como oficial de inteligencia, está aterrado.

Porque se da cuenta, cuando ya es demasiado tarde, del error garrafal que acaba de cometer.

Sacudir el árbol.

El truco más viejo del manual.

Quien quiera que haya asesinado a Marat no ha podido sonsacarle la identidad de Perron. Pero es de esperar que tanto la bomba de Helsinki como el silencio de su agente pongan nervioso, muy nervioso, al controlador de Marat.

De modo que si uno quiere encontrar al controlador de Marat, todo cuanto tiene que hacer es vigilar la calle Väinöläkatu en busca de un rostro que pertenezca a la embajada francesa en Helsinki.

Y ahí está él, al volante de su C3, cruzando la calle a diecisiete kilómetros por hora, el rostro bien visible. En la ratonera perfecta.

Perron sabe mantener la calma, claro está. Y pasar desapercibido. Pero también sabe cuándo la precauciones dejan de tener sentido. Y la furgoneta azul oscuro con ventanas tintadas, estacionada al final de la calle, lo convence precisamente de eso.

Corre.

La puerta del Citroen C3 se abre al mismo tiempo que el portón trasero de la furgoneta azul. Tres enmascarados con ametralladoras saltan sobre el asfalto. La lluvia de balas dura quince segundos y es cruel, brutal e innecesaria. Revienta en mil pedazos al oficial de inteligencia y también varios escaparates, portales, farolas y vehículos estacionados.

Con su último aliento, mientras se desploma sobre la acera, Perron se maldice por dentro.

No merezco este final.

PARÍS

21

EL MALTRECHO VOLVO S80, modelo 2003, está aparcado en el tercer piso del parking de corta estancia del aeropuerto Charles de Gaulle.

Jerome Marchand, sentado la volante, consulta su reloj. Veinte minutos atrás le ha enviado a Callahan un mensaje de texto con el número de plaza. Duda que su amigo facture equipaje, así que cuenta con verlo aparecer en cualquier momento.

Para el francés, los escasos minutos de silencio que tiene por delante son valiosos. Los acontecimientos de las últimas cuarenta y ocho horas han puesto al DGSE al borde del descontrol absoluto, y agradece un momento de distancia del gallinero en que se ha convertido el servicio.

Necesita pensar.

Callahan estará enfadado, de eso no cabe duda. Y exigirá respuestas, claro. Las cuales Marchand está encantado de proveer. A cambio, eso sí, de un último favor.

Es ahí, en el favor que necesita pedirle, donde radica la complejidad del asunto. Porque el favor que le pidió a Callahan anteayer terminó con una embajada volada en pedazos y Bale hospitalizado.

A Jerome Marchand el momento de reflexión solitaria no le dura mucho. La puerta del copiloto se abre y Callahan se deja caer junto a él. Sin equipaje, con cara de no haber dormido en una semana, sosteniendo dos vasos de café.

- ¿Quién es la mujer? - lanza Callahan por todo saludo, tendiéndole uno de los vasos.

Marchand suspira. Observa a su amigo unos segundos.

- Yo también me alegro de verte, *vieux ami*. ¿Cómo está el chico?

Callahan deja su vaso sobre el salpicadero, aceptando tácitamente posponer unos minutos la pregunta que lo ha llevado a París.

- Sobrevivirá - responde -. ¿Habéis encontrado a Beraud?

- Sí - confirma Jerome -. En varias piezas. A dos kilómetros de la cementera.

Callahan asiente, los ojos perdidos en el parking. No está sorprendido.

Deja pasar unos segundos antes de volver a hablar.

- ¿Quién es la mujer?

Marchand no puede evitar una leve sonrisa.

- *La femme, bien sur*. Sabes que si comparto esa información estoy cometiendo traición, ¿verdad?

Callahan levanta la cabeza y clava la vista en el francés. Dejando que el silencio exprese que, para él, ese detalle es totalmente irrelevante.

- Pero - concede el francés - te lo debo por haberte metido en esto, claro. ¿Te dice algo el nombre de Liz Carter?

Callahan necesita unos segundos para rebuscar en su memoria.

- Pensé que estaba muerta - dice al cabo.

- Nosotros también.

- ¿Qué se llevó de la embajada?

Marchand piensa en el caos que se ha apoderado de la DGSE. En cómo la organización a la que ha servido durante años es ahora mismo un pollo sin cabeza incapaz de discernir la señal del ruido. Callahan, se dice, entenderá. Sabrá ver cuál es la única jugada posible. Y por qué es fundamental que ambos trabajen juntos.

- Un pen drive. Cifrado - explica.

Hay un silencio, roto finalmente cuando Callahan cede y hace la pregunta obvia.

- ¿Con qué información, Jerome?

Marchand habla sin apartar la mirada de los ojos de su amigo. Quiere ver su reacción cuando diga la palabra.

- Coloso.

Callahan tuerce el gesto con desdén.

- Coloso es folklore.

Marchand se encoge de hombros.

- Y Liz Carter estaba muerta.

- No me lo creo - dice.

- Coloso es un espejismo, Jerome. Te están manipulando - dice.

- Puede - dice el francés con tono reflexivo, y durante unos segundos parece ponderar la afirmación -. Pero Scott, ¿no te parecen demasiadas molestias para mantener vivo un espejismo? Una diplomática secuestrada a plena luz del día. Una embajada volada por los aires. Seis cadáveres. Y esta mañana Helsinki ha confirmado la ejecución de un oficial de inteligencia y un topo ruso.

Callahan no dice nada, pero sabe que su amigo tiene razón. Su cabeza trabaja a toda velocidad.

- Si Coloso fuera real - concede -, ¿cuál sería su rango?

Marchand se encoge de hombros mientras bebe su café.

- Nivel uno o dos, imagino. Gremillion o uno de sus reportes directos.

- Si Coloso existe - continúa Callahan -, es la infiltración más larga de la historia. Es...

- Puedes decirlo. Una obra de arte.

Ambos callan mientras una familia arrastra sus maletas frente al Volvo.

- Cifrado - dice Callahan de pronto -. Has dicho que el pen drive está cifrado.

Y el francés sonríe. Porque su amigo, por fin, empieza a conectar los puntos .

- *Bien sur*. Encriptación doble, grado militar. La única copia de las claves de lectura está guardada en Stormlock Security, una sub-contrata de cyber seguridad en el barrio de La Defense. A treinta minutos de aquí, de hecho.

- ¿Sabe Carter dónde está la clave de lectura?

- *Oui*.

- Dime que el DGSE va a mover las claves.

Marchand niega con la cabeza.

- Puede hacerse, pero Gremillion necesita la autorización de Defensa e Interior. Pedirlo es un proceso largo y humillante en un momento en que su carrera pende de un hilo. Además para hacerlo necesita a Paquet.

- Y todo lo que quiere Paquet este momento es acelerar la caída de Gremillion.

- *Precisement*. El robo de las claves sería la puntilla para Gremillion.

Callahan sacude la cabeza, incrédulo.

- Jerome, habéis visto lo que esa mujer hizo en Helsinki. En unos días el edificio de Stormlock habrá volado por los aires.

El francés asiente, su expresión grave.

- Eso me temo. Y sin embargo ahora mismo el DGSE es... *come se di en anglais*... un pollo con su cabeza cortada. Da vueltas sin control. Nadie va a mover esas claves de lectura. Y es por eso por lo que, tal y como yo lo veo, sólo hay un movimiento posible.

El último sorbo del café tiene un sabor acre y ácido. Callahan mira el vaso de papel, registrando las palabras del francés.

- A veces - musita - el único movimiento cuerdo es el más insensato.

- Efectivamente, *mon ami* - dice Marchand esbozando una media sonrisa -. Tenemos que hacernos con esas claves de lectura y esconderlas en un lugar seguro. Tenemos que robarle al servicio de inteligencia francés antes de que lo haga Carter.

- ¿Tenemos?

Marchand gira la llave de contacto sonriendo.

- Oh, no pretendas que no vas a ayudarme. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo, Callahan. Sabes que sólo tengo dos oficiales lo suficientemente leales como para pedirles que roben a su propio país, y que cuatro manos no bastan. No podemos hacerlo sin vosotros - consulta su reloj antes de girar la cabeza para dar marcha atrás -. He organizado un avión para recoger a tu equipo en Helsinki.

MARIE KAPLAN se considera una buena oficial de inteligencia.

Es pura dedicación, altamente inteligente y, a pesar de no haber cumplido aún los treinta y cinco, tiene más resultados en su hoja de servicio que muchos veteranos. Al fin y al cabo durante sus seis años en Beirut creó la red agentes femeninos más profunda y extensa que la CSGE ha visto jamás. Un éxito, sí, pero no lo suficientemente grande como para granjearle un puesto de jefe de estación en la treintena.

Cuando llegó la hora de dejar Líbano solicitó el traslado a Helsinki, el único puesto abierto en Europa, simplemente para poder estar lo más cerca posible de su madre enferma en Nymes.

Los últimos diez meses en la capital finlandesa han sido los más aburridos de su carrera profesional. Reclutar agentes en Helsinki es más una cuestión de talonario que de convicciones. Información al peso, en un entorno fundamentalmente seguro. Los encuentros con un agente pueden mantenerse durante un paseo en bicicleta con relativamente escaso riesgo. Y aún así Marie se deja la piel cada día. Porque es una profesional. Y porque siente un profundo orgullo por servir a su república, aunque el juego en el norte de Europa le parezca tedioso y en el fondo desprecie a sus propios agentes.

Marie abre la puerta de su apartamento. Se quita la cazadora y la cuelga junto a la puerta. Se ha dado a sí misma una hora para ducharse y cambiarse de ropa antes de volver al trabajo. Para dormir no hay tiempo, no cuando por los pasillos del DGSE aún resuena la explosión que se llevó por delante la embajada y seis ciudadanos franceses.

Necesita una ducha. Y comer algo que no venga un envoltorio de plástico. Y silencio durante una hora para digerir la conversación telefónica que acaba de tener con Jerome Marchand.

Putain d'opérations spéciales.

Si lo que Marchand le ha revelado es verdad, entonces Marie ha sido manipulada y engañada. *Basura entra, basura sale.* Y esa es la cuestión que necesita resolver con urgencia.

Ladea la cabeza, extrañada. Además de su rostro demacrado, la imagen del espejo del recibidor le devuelve algo inusual: su ordenador portátil al fondo, en la mesa del salón, encendido. Miles de líneas de código desfilando a gran velocidad por la pantalla.

Llega al ordenador en cuatro zancadas - el piso es pequeño pero ey, céntrico -, sintiendo más curiosidad que temor. Ahora que lo ve de cerca distingue hay una caja negra (un disco duro externo, supone) conectado a su ordenador.

- Me pregunto qué esperas encontrar en mi ordenador personal - dice sin levantar la vista del ordenador.

El *click* del martillo de la pistola suena a su espalda.

- Voy a dejarme sorprender - dice una voz desconocida para Marie - Siéntate. Y es mejor que no hagas movimientos bruscos. Las armas no son mi fuerte.

Marie se deja caer lentamente en el sillón. La mujer frente a ella es joven, pequeña y de pelo castaño muy corto, y sostiene una Glock semiautomática apuntada en su dirección.

- Eres la americana que trabaja con Scott Callahan - dice Marie.

- No he oído ese nombre en mi vida - responde Claire mecánicamente -. Pero tú eres Marie Kaplan. La oficial del CSGE que recibió la localización de la embajadora. Necesito saber quién

te pasó la información.

Marie siente las primeras gotas de sudor bajando por su frente.

Basura entra, basura sale.

El viejo axioma de los servicios de inteligencia es como una bofetada en la cara de Marie. Si la información es mala, todo lo que sigue será un error. Y a Marie, ayer, le habían vendido veneno puro.

Durante unos segundos la mente de Marie abandona el salón de su casa. Está en un lugar oscuro en el que revive, por enésima vez, cada una de las decisiones que ha tomado durante los últimos tres días. Con un esfuerzo - el enésimo - saca la cabeza del pozo de culpabilidad en el que lleva días hundiéndose y regresa al salón de su casa.

- Es demasiado tarde - responde con un hilo de voz.

- ¿Por qué, tu fuente se va a la cama temprano?

El dolor golpea a Marie en el pecho. Un dolor con el que ha tenido tiempo de familiarizarse durante las últimas veinticuatro horas. El aguijón de saber que ella podría haber evitado toda aquella tragedia.

- Mi fuente ha muerto esta noche - dice a través de unos dientes muy apretados-. Atropellada. A las tres de la mañana.

23

MARIE CONTRAE LA CARA. Sólo mencionar la muerte de su agente, atropellado a las tres de la mañana en el centro de Helsinki, la enfurece.

- Mucho tráfico a esa hora - dice Claire, frente a ella.

A lo cual Marie no contesta. Se limita a mirar sus puños, que llevan demasiado tiempo apretados. Los nudillos han perdido el color. Si sólo pudiera encontrar a la persona contra la cual dirigir sus puños agarrotados...

Tres días atrás Helsinki había sido un destino tedioso y monótono. Una soporífera cuarentena autoinflingida por motivos familiares. Y entonces a la embajadora francesa la sacaron de los pelos de su coche oficial en el centro de la ciudad, a plena luz del día, delante de cientos de testigos pasmados.

Tan pronto recibió la llamada Marie sintió una descarga de adrenalina que no había sentido en meses. Después de todo, pensó, quizás la capital finlandesa tuviera algún reto para ella.

Fue como volver a competir después de meses lesionada. Movilizó a todos sus agentes por el canal de emergencia. *Código rojo. Solicitamos cualquier información. Autorizada comunicación directa.*

Francamente, después de meses de letargo aquello resultaba estimulante.

Al fin y al cabo, esto es el juego.

Y dos días después, sentada en la penumbra de su salón frente a Claire Oxham, la adrenalina sigue bombardeando su organismo; solo que viene cortada con rabia e incomprensión. Porque Helsinki es ahora el epicentro de un tornado que va a cortar más de una cabeza en el servicio. Incluida, casi con seguridad, la suya.

- ¿Quién era tu fuente? - pregunta la americana.

La voz de Marie, ahora que está casi convencida de que la inglesa no pretende dispararle, ha recuperado firmeza.

- ¿Por qué iba a revelarte eso?

Claire la mira. Sin decir palabra levanta la pistola y la apunta directamente a la cabeza de la francesa. Marie traga saliva. Pero en lugar del gatillo, Claire aprieta un botón lateral y deja caer el cargador sobre su regazo. Con absoluta parsimonia lanza la pistola al interior de su mochila.

- Porque mi mejor amigo está en el hospital, Marie Kaplan. Y tú tienes seis miembros de la embajada y un agente muertos. Y quieres encontrar al responsable a cualquier precio pero tienes un problema: no te quedan muchos amigos en el DGSE. Porque eres la persona a quien le vendieron la localización de la embajadora, y eso te convierte en la cabeza de turco perfecta.

Marie aprieta los dientes. Ahora que la pistola no flota entre ambas, un tercio de su cerebro está determinando la probabilidad - *alta* - de moler a palos a una hacker que pesa diez kilos menos que ella. Otro tercio está ocupado cocinando un caldo de medias mentiras y verdades circulares que tengan a Claire mordiéndose la cola unos cuantos días mientras ella intenta enmendar los errores de los últimos días.

La otra parte de su cabeza - la que termina imponiéndose - quiere, por algún incongruente motivo, confiar en la desconocida que acaba de allanar su piso, está robando toda la información personal de su ordenador y hasta hace un instante le apuntaba con una Glock semiautomática.

La inglesa, después de todo, está en lo cierto: en el DGSE está completamente sola. Marchand ha dejado claro que culpa a Información, y en concreto a Marie Kaplan, de lo que

internamente se ha bautizado como La Catástrofe Beraud.

- Su nombre era Karl Weber - se escucha decir Marie -. Un traficante de armas de tercera, origen alemán, un... - busca la palabra en inglés - *informador* ocasional. Seis horas después del secuestro recibí su llamada. Karl había vendido cuatro rifles de asalto el día anterior a un **griego** que tenían tanta prisa como cash. Una operación extraña, acelerada. El comprador quería artillería, y la quería rápido. Cualquier género, cualquiera, que Karl pudiera conseguir en veinticuatro horas. Y dado el plazo, el precio no era un problema.

- Ese comprador, ¿tenía un nombre?

- Stefanos - responde Marie -. Una cara nueva en Helsinki, según Karl. Nunca lo había visto antes. La Polisi no tiene información sobre ningún Stefanos, pero con todos los recursos del país en alta roja no fue difícil dar con él. El KRP envió la caballería a la casa de campo a las afueras de Espoo donde estaba escondido y lo interrogó allí mismo. Tardó poco en darnos la localización de la fábrica abandonada en Karelia, en la frontera con Rusia, donde sus hermanos tenían escondida a la embajadora. Al parecer los griegos habían sido reclutados por el estado islámico y pretendían ejecutar a la embajadora el amanecer.

Basura entra, basura sale.

Marie necesita una pequeña pausa. El agujón vuelve a abrirle en canal el estómago y no quiere que la desconocida lo note.

- Stefanos jugó su papel a la perfección. El KRP envió la localización los servicios de inteligencia franceses y rusos. La región de Karelia es una herida abierta para muchos finlandeses que consideran que la región legítimamente pertenece a Finlandia. Hay suficiente mala sangre como para que los gobiernos de los tres países se enredaran en una espiral de tecnicismos diplomáticos. A la embajadora le quedaban menos de diez horas, o al menos eso creíamos - la última frase llega cargada de vergüenza.

- Y Marchand perdió la paciencia y nos llamó a nosotros - dice Claire -. Sólo hay un detalle que no comprendo. ¿Por qué matar a Weber?

Marie se encoge de hombros.

- Un cabo suelto, imagino. Igual que tu amigo.

A Marie no se le escapa la sombra de alarma que cruza la mirada de Claire.

- Dime... - dice, inclinándose hacia delante - Dime que no has dejado a tu amigo sólo en el hospital.

EL NIÑO ESTÁ SUSPENDIDO EN EL AIRE.

Una brisa fría y familiar sacude su rostro mientras mira la ladera rocosa, los riscos, la vegetación baja y dispersa. Las aves rapaces planeando sobre las cumbres de las montañas circundantes.

Su mirada se eleva lentamente hasta la cima, hasta los muros que protegen el monasterio. Un lugar milenario e inaccesible que él llama hogar.

Intenta alargar el brazo, quiere tocar las piedras del muro. Recuerda vagamente su tacto frío y el olor del musgo, y quiere sentirlos una última vez.

Pero su mano no responde.

Lo intenta de nuevo, en vano. A medida que su frustración crece, también lo hace la brisa, ahora convertida en un vendaval. El aire es tan fuerte que el niño apenas puede mantener los ojos abiertos. También aumenta la temperatura, grado a grado, hasta que el tifón empieza a abrasar su rostro.

El niño grita. Pidiendo un auxilio que no va a llegar. El viento es ahora puro fuego y destrucción, y nada va a proteger al monasterio ni a sus habitantes.

El sueño podría terminar ahí, piadosamente.

Pero no lo hace.

Continúa unos segundos, los necesarios para torturar al niño con una última visión de devastación total. Para que comprenda que la obliteración del monasterio dejará dos cicatrices irreparables: una en la montaña, otra en su alma.

El niño grita.

El pitido intermitente llega amortiguado desde una distante y dolorosa oscuridad. Jack se concentra en él unos segundos antes de abrir los ojos.

La imágenes desenfocadas necesitan unos segundos para recuperar la nitidez. Tiene la garganta seca y dolorida. Los sonidos también tardan en definirse. Por encima del pulso que emiten las máquinas de monitorización del hospital le llega algo más, algo que no logra definir. Algo fuera de lugar.

Luchando por disipar la niebla causada por los analgésicos, trata de concentrarse en el sonido. Su instinto, aunque sedado, le dice que es importante.

Pasados unos segundos comprende que se trata de un conjunto de sonidos. El primero que identifica es el de algo pesado chocando contra una pared. Después, cristal - ¿un vaso, un jarrón? - haciéndose pedazos. Su corazón empieza a acelerar. Trata de levantar la cabeza, pero su cuerpo, confuso y sedado, sencillamente es incapaz.

Todo cuanto ve son los paneles blancos y las luces fluorescentes del techo. A continuación escucha el comienzo de un grito, silenciado súbitamente.

Jack siente la batalla librándose en su interior: la adrenalina luchando, sin éxito, contra los calmantes. Con los ojos como platos escucha un nuevo sonido, suave y vibrante.

Cierra los ojos y respira hondo. Necesita mover los brazos. En alguno de los lados de la cama tiene que haber un botón con el que alertar al personal de guardia.

De pronto el rostro horrorizado de una enfermera entra en su campo de visión. Los ojos verdes, inyectados en sangre y muy abiertos, puro pánico y confusión, encuentran los de Jack

durante un leve segundo. Entonces una mano enguantada tira del pelo de la mujer con furia, obligándola a levantar la barbilla, y el filo de un cuchillo cruza el pálido cuello de lado a lado, dejando a la vista un amasijo informe de músculo y cartílago.

La sangre riega el rostro de Jack.

Jack siente su brazo responder, por fin. Apoyándolo sobre la cama logra incorporarse unos centímetros. Intenta mover las piernas, pero en eso no tiene éxito.

Sus sábanas están manchadas de sangre y en el suelo yace el cuerpo sin vida de una enfermera. El asesino, un hombre corpulento con el pelo muy corto y un elaborado tatuaje recorriendo su cuello, da un paso hacia Jack. Su mano derecha sujeta el cuchillo, del que caen gotas de sangre.

Jack hace un nuevo intento por mover las piernas, pero éstas siguen negándose a responder.

Con parsimonia, el asesino comienza a limpiar el cuchillo en la sábana.

- Es inútil - dice con voz ronca mientras da unos golpecitos en el cable de la vía conectada al brazo de Jack -. No es una sedación normal. Es mi propia receta.

Y tras comprobar que la hija del cuchillo está limpia, el hombre clava en Jack dos ojos negros, sin vida.

- ¿Preparado?

25

LOS BRAZOS DE JACK tiemblan intentado arrastrar su propio cuerpo fuera de la cama. Un esfuerzo tan agónico como inútil.

El asesino agarra la barbilla de Jack y tira de ella hasta dejar el cuello al descubierto. La mente de Jack trabaja a la desesperada, negándose a rendirse. Pero sin control sobre su cuerpo, comprende que no hay nada que pueda hacer. Observa con incredulidad cómo el cuchillo se acerca a su cuello. El rostro del asesino impassible, completamente desprovisto de expresión.

El frío metal roza su cuello, y entonces sucede.

El rostro del asesino ya no es ni impassible ni profesional. Ni siquiera es un rostro completo. En la sien derecha aparecen dos agujeros de calibre 25. La sien izquierda, por la cual han salido las balas, ha explotado grotescamente, dejando una confusa amalgama de sangre y hueso. El asesino se tambalea unos segundos, el cuchillo aún rozando la piel de Jack, antes de caer al suelo.

Jack intenta gritar, pero apenas emite un patético gorgojo. Agradecido, al menos momentáneamente.

La cara que ve inclinarse sobre él es desconocida. Un adulto con facciones juveniles, pelo negro enredado y gafas de marco fino y redondo. Un rostro académico, si no fuera por la humeante Glock 9 milímetros con silenciador que sujeta en una mano.

- Soy Guillaume Zout - dice el joven -. Trabajo para Jerome Marchand. No eres un hombre muy popular, Jack Bale. Será mejor que te saquemos de aquí.

EL RENAULT MEGANE azul oscuro, detenido frente a la salida de emergencias del Hospital Amager de Helsinki, tiene los pilotos de emergencia encendidos.

Al volante, mordiéndose el labio inferior, Jasper Harlin mira el reloj y se muerde el labio inferior. Harlin no ha cumplido aún los treinta años. De madre francesa, padre finlandés y bilingüe en ambos idiomas, en verano de 2016 el enlace diplomático del CSGE le había hecho una oferta de empleo, sin especificar en qué consistiría su puesto exactamente. Como Harlin no tenía claro qué quería hacer con su vida, el acuerdo le había parecido justo. Tras un año de entrenamiento en París, el CSGE lo había enviado de vuelta a Finlandia con cobertura diplomática para dar soporte los dos oficiales desplegados en Helsinki. Había resultado ser un trabajo sencillo y relativamente pacífico. Jasper no reclutaba ni manejaba agentes, pero ayudaba a que todos los encuentros con agentes se desarrollaran sin sobresaltos. Hacía labores de vigilancia, de chófer, de señuelo, peinaba las habitaciones de hotel en busca de micros o - en sus horas más bajas - se aseguraba de que las neveras de los pisos francos estuvieran bien surtidas.

Era, en sus propias palabras, el conserje de los espías.

Las puerta automática del servicio de Urgencias se abre y Harlin ve salir a Zout, empujando a un hombre en una silla de ruedas. Una manta cubre las manos que empujan la silla, y Harlin adivina que bajo ella Zout tiene su Glock 9mm. Las instrucciones que ambos han recibido hace veinte minutos han sido claras: proteged al americano, cueste lo que cueste.

Harlin sale del coche y abre la puerta trasera. Mira a ambos lados, comprobando el terreno. A excepción de dos mujeres que acaban de aparcar su coche veinte metros más abajo, están solos. Sólo cuando Zout llega hasta él se da cuenta de que el hombre en la silla de ruedas parece sedado.

- Tenemos que ayudarle - dice Zout.

Harlin asiente y ambos agarran a Jack de los brazos, preparados para levantarlo y meterlo en el coche.

Y cuando han conseguido levantarlo de la silla, Harlin siente algo metálico contra su nuca, y una voz femenina a su espalda, con acento americano, les da una orden muy clara.

- Soltadlo. Ahora.

Claire Oxham sostiene su 9mm contra la cabeza de Jasper Harlin. Marie Kaplan y ella han conducido hasta el hospital reventando todos los límites de velocidad de la capital finlandesa y aparcado el coche en el mismo momento en que Jack salía arrastrado por el hombre moreno de gafas redondas.

- Despacio - dice mientras los dos desconocidos devuelven a Jack a la silla -. Ahora, alejaos tres pasos.

Cuando ambos han obedecido, Marie se agacha sobre Jack y comprueba su pulso.

- ¿Jack, estás bien? - pregunta Claire sin dejar de apuntar a los dos hombres.

En la silla de ruedas Jack intenta hablar. Claire baja la vista un segundo hacia su compañero, y eso es todo lo que Zout necesita.

Cuando Claire levanta la mirada, el francés le apunta con su arma.

- Ahora la única pregunta, supongo, es quién dispara más rápido - dice el francés.

Claire traga saliva pero su brazo se mantiene firme.

- ¿Jasper? - pregunta Marie, reconociendo uno de los rostros frente a ella - ¿Qué estás

haciendo aquí?

El finlandés mira a Marie, luego a Jack. Parece igualmente confuso.

- Operaciones Especiales nos encargó protegerlo.

- Trae el coche, Marie - dice Claire.

Zout esboza una ligerísima sonrisa.

- Me temo que no puedo permitir eso - replica -. No he salvado a Bale de un sicario para dejar que lo secuestren diez minutos más tarde.

- ¿De qué estás hablando? - pregunta Claire.

Los cuatro se miran. Tensos, confusos.

- Claire... - la voz de Jack llega apagada, apenas discernible - Claire...

Claire se arrodilla junto a él, sin dejar de apuntar a Zout.

- Claire... dice la verdad. Tenemos que irnos. Todos. Ahora.

UNA HORA MÁS TARDE los cinco están en interior del Renault Megane, que Harlin conduce hacia el este del país.

Claire está concentrada leyendo el informe que Harlin ha traído para ponerlos al día.

- ¿A dónde vamos? - pregunta Jack, sentado en el asiento trasero entre Claire y Zout.

Los efectos del sedativo se han disipado casi por completo y ha recuperado gran parte de la movilidad de su cuerpo.

- Lapeenranta - responde Jasper -. Al sureste del país. Hay un avión esperándonos.

- ¿Para ir a dónde? - pregunta Claire sin levantar la vista del dossier.

- París - responde Zout -. Es todo lo que puedo decir con *ella* aquí.

Sentada en el asiento del copiloto, Marie gira la cabeza.

- Que te jodan, Zout. Operaciones especiales es tan culpable como Inteligencia de este desastre. Cualquier información que tengas...

- ... no se me pasaría por la cabeza compartirla con la oficial a la que le vendieron la localización de la embajadora - replica Zout.

En el asiento trasero, junto a la ventanilla, Claire continúa leyendo. La conversación se desvanece mientras se sumerge en los detalles del informe.

El nombre de la mujer, lee, es Liz Carter. Padre británico, madre francesa. Criada en ocho países, al son de la carrera militar de su padre. Colegios británicos, amistades temporales. Un prodigio para los idiomas. Siete años atrás fue descubierta y reclutada por la unidad de Operaciones Especiales de la DGSE. En concreto, por Marc Cavill.

Durante sus seis años de servicio estuvo estacionada en Irak, Somalia y Zagreb. Obtuvo importantes resultados operacionales, si bien sus métodos carecían de finura.

En 2011, la red de agentes que Carter dirigía en Somalia había confirmado contactos entre el secretario de Interior Ali Abshir y dirigentes de Isis. Carter entonces ofreció a París tres opciones para ganar acceso al secretario, un hombre fuertemente protegido, y averiguar todos los detalles de sus tratos con Isis.

Al final la francesa dio luz verde a la única de las tres opciones que París había terminantemente prohibido.

Cuatro días más tarde Abshir estaba citado con una delegación comercial de India para negociar un acuerdo comercial marítimo entre ambos países. Durante la noche, sin embargo, la desafortunada explosión de tres camiones cisterna voló por los aires un cuarto de kilómetro de la principal autopista del país, haciendo imposible el viaje por tierra desde Mogasicio hasta el puerto de Adale. El accidente había sucedido a las cuatro de la mañana, pero aún así había causado la vida de siete desafortunados conductores.

Abshir y su comitiva pasaron al plan B, y a las siete de la mañana cuatro helicópteros civiles despegaron del helipuerto de Lambar. En el primero viajaban Abshir y su vice secretario. El segundo llevaba a tres consultores del ministerio, y los otros dos helicópteros transportaban sendos equipos de la policía militar encargados de la seguridad del secretario.

A la altura de la reserva natural de Alifuuto, dos helicópteros de combate MI-24 aparecieron de la nada y, sin previo aviso, antes de que ninguno de los helicópteros civiles pudiera reaccionar, habían abierto fuego y volado por los aires tres de de los helicópteros civiles.

En su helicóptero, el secretario de Interior se vio envuelto en tres columnas de denso humo negro, el acre olor de maquinaria ardiendo, la sombra de dos helicópteros de combate volando sobre él y las instrucciones, transmitidas al piloto a través de la radio, de hacer descender el helicóptero lentamente si no quería seguir la misma suerte que sus compañeros, allá abajo del todo, donde las tres columnas de humo negro se convertían en hogueras crepitantes.

La DGSE abrió un expediente a Carter, pero tuvo que admitir que la información que le sacaron al secretario era oro y salvó decenas de vidas.

Aún pesando sobre ella una continua advertencia, Carter continuó en el servicio.

Hasta 2014, cuando sus propios métodos expeditivos terminaron pasándole factura. La francesa dirigía una operación para capturar uno de los mayores traficantes de armas de los Balcanes, un criminal tan escurridizo como psicopático que se hacía llamar Thanatos. La operación consistía - fiel al manual de Carter - en volar por los aires la pared norte del hangar donde el traficante supervisaría personalmente la entrega de ocho misiles AIM-9X para el ejército revolucionario de Congo, entrar con tres vehículos militares blindados y aceptar como víctima colateral a todo aquel que se negara a entregarse.

Ni Carter ni la inteligencia croata sabía que Thanatos contaría esa noche con un pequeño ejército para su protección.

La operación se convirtió en una carnicería que terminó abruptamente cuando el hangar se vino abajo a causa de los daños causados por la explosión inicial.

Aquella noche, la DGSE recuperó suficientes fragmentos corporales como para dar por muerta a Liz Carter .

En los meses que siguieron la red de Thanatos se desmoronó y el mercado ilegal de armas en los Balcanes estuvo inusualmente tranquilo.

Con el tiempo los oficiales de la DGSE comenzaron a hilar retazos de información, suficientes como para confirmar la aparición de un nuevo Zar del tráfico de armas en la región. Alguien, al parecer, aún más despiadado y peligroso que su predecesor. Un maestro de marionetas especializado en tráfico de armas, información e influencias cuyos métodos hacían parecer a Thanatos, por comparación, un amable tendero. Poco más que una leyenda, apenas un nombre que hacía que la mayor parte de los criminales se encogieran en su silla: *Orestes*.

La DGSE no sumó dos y dos.

Hasta la noche anterior, claro está, cuando un fragmento recuperado de la grabación de seguridad de la embajada francesa en Helsinki devolvió de la muerte el rostro olvidado de Liz Carter.

Claire llega a la última página, que describe la operación Rodas y el plan de Marchand para mover las claves de descifrado del edificio de Stormlock Security.

Cuando ha asimilado el plan, su mente regresa, lentamente, al momento actual. Al interior del coche donde Zout y Marie continúan discutiendo.

- ... de ninguna manera - dice él -. Tú no eres parte de esta operación. Francamente Inteligencia ya ha hecho suficiente daño cayendo en la trampa de la fábrica de cemento...

- Kaplan viene con nosotros - dice Claire. Su tono factual, final.

Zout gira la cabeza hacia ella.

- ¿Perdona?

Claire agita la última página del dossier en el aire.

- Este plan de Marchand. Es desesperado, improvisado. Pero hay otro problema mayor, y es que necesita cinco personas. No puede hacerse con cuatro - Claire le lanza el dossier a Zout -. ¿Quieres nuestra ayuda? Kaplan viene con nosotros.

Parte III

PARIS

VA A FUNCIONAR.

Debería funcionar.

Puede funcionar.

Mierda, espero que funcione.

Claire Oxham lucha por mantener la calma. No acostumbra a ser operacional. Es altamente inteligente, creativa y valiente; pero es, ante todo, una persona técnica. Su entrenamiento con Callahan había incluido módulos operacionales, claro está. Pero es delante de un ordenador donde Claire es letal.

En este vestíbulo gigante, vestida con pantalón y chaqueta negros, gafas sin graduar y una larga peluca negra recogida en una coleta, se siente apenas un accesorio.

Su único consuelo está a su lado. Vestido con un traje gris claro sin corbata, una mochila de la marca Ferrari y una peluca de pelo rubio cortado a tazón, Guillaume Zout parece un ejecutivo de cuenta ansioso por complacer. La sonrisa bovina que ha instalado en su rostro remata el personaje. Pero Claire sabe que bajo el disfraz se esconde uno de los mejores operativos de Operaciones Especiales del DGSE.

- ¿Tienen una cita?

La recepcionista los mira con los dedos sobre el teclado, lista para teclear. Claire nota la impaciencia en su voz. Es primera hora de la mañana y detrás de Claire y Zout otras seis personas esperan a ser registrados para entrar en el edificio, incluido un mensajero cuyos ojos asoman por encima del follaje de un gigantesco ramo de flores en un aparatoso jarrón de cristal.

Claire sonrío y le tiende dos documentos de identidad.

- Ida Hanninen e Ivan Marceaux - dice -. Tenemos una cita a las nueve con Francois DeBal, de Stormlock Security.

La recepcionista teclea los nombres en el sistema y les tiende dos tarjetas de acceso. Las tarjetas, Claire lo sabe, les darán acceso a los ascensores y a los distribuidores de los diferentes pisos, pero no al interior de las oficinas. Esas son puertas que sólo un pase de empleado puede abrir. Ése es el pase que tendrán que conseguir una vez *los cuatro* estén dentro.

- Piso dieciséis - les dice la recepcionista-. A la izquierda verán otra pequeña recepción. Francois les recogerá allí.

- *Merci* - responde Zout con un guiño.

La secretaria logra contenerse y no poner los ojos en blanco. Se limita a ignorar al idiota con peinado de guardería. Sus dedos están ya sobre el teclado, preparados para introducir el siguiente nombre, cuando un estrépito sacude la sala.

El mensajero ha dejado caer el jarrón, que se ha hecho añicos sobre las baldosas relucientes.

Seis litros de agua, brotes y flores empapadas comienzan a reptar por el suelo de la recepción. La secretaria se levanta de la silla y marca un número de teléfono, todo en un mismo movimiento.

- ¡No lo toque por favor! - esto dirigido al mensajero, que está a cuatro patas intentando

salvar flores y contener el agua con la manga de su uniforme. Entonces habla al aparato - ¿Mantenimiento? A recepción, por favor.

Al mismo tiempo, en el otro extremo de la recepción, mientras todos los demás están distraídos intentando sortear flores y cristales, Claire y Zout han llegado a los tornos de entrada. Delante de cada uno de ellos hay un hombre y una mujer, a punto de escanear su tarjeta para entrar en el edificio.

Claire se sitúa detrás de la mujer, a escasos centímetros. Cuando la mujer deja caer el brazo derecho, Claire deposita sobre la mano de ésta la tarjeta de acceso. Como entregando el testigo en una carrera de relevos.

El segundo movimiento es igualmente fluido. La mujer, tras escanear el pase y comprobar que el torno se abre, devuelve discretamente la tarjeta a Claire, y entra en el distribuidor de los ascensores. El torno de cristal se cierra tras ella, dejando a Claire en la recepción.

En el torno contigoo, Zout ha hecho lo mismo con el hombre por delante de él.

Ambos esperan tres segundos antes de volver al mostrador de recepción con expresión confusa, sosteniendo sus pases.

- Los tornos no se abren - dice Zout.

Y Claire ve exactamente lo que quiere - cómo la recepcionista se debate entre intentar comprender por qué los pases han fallado, o coordinar el desaguado causado por el mensajero. Tras las puertas de cristal, un empleado de mantenimiento sale de uno de los ascensores empujando un carro de limpieza. Segundos después, un hombre y una mujer desaparecen en el interior del ascensor.

Y tal y como Claire espera, la mujer prioriza sus problemas. Teclea tres comandos rápidos en el ordenador y les tiende dos nuevos pases. Sin una palabra, deja el mostrador para evitar que el mensajero empeore la situación.

Cuando Claire y Zout acercan sus tarjetas al lector, las puertas de cristal se separan con un suave zumbido.

Ambos esperan el ascensor con expresión perfectamente calmada. Dos profesionales encaminadas a una reunión de trabajo.

- Equipo dos está dentro - dice Gaspar en voz baja.

Concretamente - piensa Claire -, infiltrado en un edificio gubernamental. Ahora sólo falta clonar una tarjeta de seguridad, entrar por la fuerza en una sala llena de servidores del servicio de inteligencia francés, descargar las claves de descryptado y salir de una pieza. Todo esto con un equipo de cinco operativos que se han conocido la tarde anterior y planeado la operación durante la noche.

¿Qué puede salir mal?

29

CIEN METROS MÁS ARRIBA, en el piso veintiuno, Jack sale del ascensor. Elegante traje gris claro sin corbata, gafas de pasta sin graduar. Una mochila de piel, larga y plana, a la espalda. A su lado camina Marie, con un traje de dos piezas negro y una blusa blanca perfectamente planchada. Dos jóvenes ejecutivos listos para reunirse con un cliente.

El enorme logo frente a los ascensores reza *Bishop Asset Management*.

Jack se acerca al mostrador de recepción con una sonrisa. El recepcionista escanea a Jack de arriba a abajo con una mirada de aprobación.

- Martin Schrogel - dice Jack -. Tenemos una reunión con Laura Boonstra.

El recepcionista niega con la cabeza.

- Me temo que ninguna Boonstra trabaja con nosotros.

Jack dedica al recepcionista una mirada perpleja.

- ¿Esto es Bishop Investment Partners?

El recepcionista no puede evitar que un atisbo de sonrisa aflore a su rostro.

- No. Esto es *Bishop Asset Management*. ¿Puede que estén en la dirección equivocada?

Jack intercambia una mirada de alarma con Marie.

- Dame un segundo - dice ésta mientras saca su ordenador portátil y toma asiento en una de las sillas de la recepción.

Al cabo de unos segundos vuelve a hablar, sin levantar la mirada de la pantalla.

- Mierda - dice -. Mierda. Joseph incluyó la dirección equivocada en la invitación.

Jack consulta su reloj.

- Tenemos que avisar a Ralph - se gira hacia el recepcionista -. ¿Le importa...?

- Por supuesto - el recepcionista les invita a sentarse -. Dejen que les traiga un café. Parece que su mañana acaba de torcerse.

Jack se sienta junto a Marie y mira la pantalla de su ordenador portátil. Comprueba que la señal es buena; al fin y al cabo sólo treinta centímetros de pladur, ladrillo y moqueta se interponen entre ellos y la recepción de Stormlock Security en el piso veinte.

En la pantalla, una línea de comando parpadea.

_ <esperando datos>

30

EN ESE MISMO MOMENTO, un piso por debajo de ellos, Claire y Zout salen del ascensor y llegan al pequeño mostrador de recepción de Stormlock Security en el mismo momento en que la recepcionista cuelga el teléfono.

- El señor DeBal estará con ustedes enseguida - les informa, sin darles tiempo a presentarse.

Claire mira alrededor, escaneando el entorno. La sala de recepción es pequeña, funcional, y no hace ningún esfuerzo por impresionar a los visitantes. De hecho Claire duda que reciban muchos.

A su izquierda una doble puerta de cristal tintado los separa de las entrañas de Stormlock. La custodian dos enormes guardas de seguridad en trajes negros con un pinganillo enganchado a su oído. Uno es completamente calvo, el otro lleva el pelo cortado al ras y luce una barba marrón.

Abrir la doble puerta de cristal requiere una tarjeta de acceso que sólo poseen los empleados de la compañía, los cuales la necesitan para moverse por el interior de la oficina, de modo que la llevan encima - y visible - en todo momento.

De contar con algo de tiempo, Claire podría haber hackeado el sistema central del edificio para darles acceso. Una solución mucho más elegante. Pero tiempo es justamente lo que no tienen. Así que van a tener que clonar una tarjeta. En concreto, la que cuelga de una de las trabillas de pantalón del hombre que en ese momento cruza la puerta de cristal.

- Soy Francois DeBlas - les tiende una mano huesuda y fría -, director de seguridad.

- Gracias por recibirnos, señor DeBlas - dice Claire.

- Bueno, no me han dejado remedio, si el ministerio de defensa cree que hay una amenaza real contra nuestros servidores. Si he entendido bien el email del secretario de defensa, ¿creen que alguien va a intentar robarnos?

31

UN PISO MÁS ARRIBA, la pantalla del portátil de Marie Kaplan despierta. Continúa tecleando, fingiendo escribir un email inexistente.

<recibiendo datos...>

Uno a uno, dos bloques de cincuenta y cuatro dígitos aparecen en la línea de comando.

A Marie, los números de la pantalla le cuentan una historia. Le dicen que Claire, un piso por debajo de ellos, está a menos de cincuenta centímetros del recepcionista y de Francios DeBlas. A esa distancia, la antena de alta frecuencia que lleva escondida en su bolso capta la señal de corto alcance que emiten las tarjetas de los empleados.

La antena, un círculo de plástico del tamaño de un CD, está conectada al teléfono móvil de Claire, el cual está lanzando una señal encriptada de veinte metros de alcance.

Lo cual es suficiente para que el portátil de Marie, cinco metros por debajo, reciba, dígito a dígito, la secuencia alfanumérica que autoriza a DeBlas a moverse libremente por el interior de Stormlock Security.

Cuando el último número se materializa en la pantalla, Marie cierra el portátil. Su voz suena convincentemente irritada.

- Tengo la dirección. Joseph está avisando de que llegamos tarde. Tenemos que correr.

Con un lacónico *gracias* dirigido al recepcionista, Jack y Marie se encaminan a los ascensores.

En cuanto las puertas del ascensor se cierra, ambos se ponen en marcha.

Marie abre su ordenador, en cuya pantalla aún parpadean las dos secuencias alfanumérica.

Jack saca de su cartera dos aparatos de plástico idénticos. Son similares a un lector de tarjetas de crédito, con un pequeño piloto en un extremo. Usa cable mini-usb para conectar ambos al ordenador de Marie. A continuación saca dos tarjetas de plástico. Son tarjetas de seguridad de corta frecuencia, en blanco, esperando ser escritas con un código de radiofrecuencia.

Jack introduce las tarjetas en los lectores y los pilotos se activan emitiendo una pálida luz roja. Marie se arrodilla, pone el ordenador sobre sus rodillas y comienza a teclear una secuencia de comando.

El ascensor ha alcanzado el piso diez cuando la luz del lector cambia a verde.

Sin decir una palabra Marie le tiende la primera tarjeta a Jack, que la introduce en una funda de plástico y se la engancha en una trabilla del pantalón. Marie hace lo mismo con su tarjeta.

El siguiente paso del plan es sencillo: usando la tarjeta de DeBlas, Jack entrará en Stormlock. Marie permanecerá a la espera en el piso 18, el cual está siendo remodelado, equipada con la tarea colgada a la recepcionista, lista para ayudar en la extracción de los otros si fuera necesario.

Inicialmente Marie se había rebelado ante la idea de jugar un papel de mera cobertura en la operación. Duarte una hora había insistido en entrar en la sala de servidores con Jack y ayudar en la recuperación de las claves de desencriptado. Jack, había aducido, podía necesitar ayuda. Tanto Jack como Claire sospechaban que en realidad no se fiaba de Zout. Había hecho falta una hora de discusión acalorada para que la francesa terminara aceptando el rol de cobertura en la planta dieciocho.

Cuando las puertas se abren en el piso siete, Marie y Jack están de pie, perfectamente

compuestos. Salen y dejan que el ascensor continúe el descenso sin ellos. El distribuidor está desierto. Con naturalidad giran sobre sus talones y oprimen el botón de subida.

Pasados diez segundos el ascensor se abre, revelando cinco personas en su interior. Marie y Jack entran, manteniendo una respetuosa distancia, fingiendo no conocerse.

- ¿Qué piso? - pregunta el hombre junto a los botones.

- Piso veinte, por favor - responde Jack.

Hasta ese momento Jack está satisfecho con la operación, que está saliendo como habían planeado.

Esto es, hasta que Marie gira la cabeza hacia el hombre y, con su sonrisa más dulce, dice:

- Piso veinte también.

FRANCOIS DEBLAS está profundamente irritado. Los dos espías del DGSE trotan por el pasillo, tratando de seguir sus pasos acelerado.

- Miren - su tono exuda exasperación -, no puedo negarme a verles porque la petición viene de muy arriba, pero nos están haciendo perder el tiempo a todos. Nuestras medidas contra ciberataques son las mejores que un gobierno puede pagar.

- No lo dudo - dice Zout con la justa medida de deferencia -. Pero ¿qué hay de sus medidas contra ataques físicos?

DeBlas abre una puerta y los invita a entrar con un gesto. En su rostro ha aparecido una sonrisa perpleja.

- ¿Creen que alguien va a *entrar* y llevarse un servidor bajo el brazo?

- Señor DeBlas - dice Claire -, es una certeza que un grupo terrorista intentará hacerse con unas claves de lectura almacenadas en este edificio.

Ambos pueden sentir cómo el francés se esfuerza por contener la risa.

- Tienen veinte minutos - dice cerrando la puerta -. Supongamos que es cierto, que alguien quiere robar una de mis cajas en la sala de servidores. ¿Qué pretenden que haga al respecto?

Están en una sala de reuniones, con una mesa y seis sillas. DeBlas, sin embargo, no se sienta. Para él, cuanto menos dure la charada, mejor. Tampoco se sientan Claire y Zout, que se sitúan casualmente en extremos enfrentados de la mesa.

- Creemos que la mejor estrategia es disuadirles; convencerlos de la futilidad del robo - dice Zout.

- ¿Y cómo se conseguiría eso exactamente?

- Convenciéndoles de que alguien se les ha adelantado - dice Claire con sencillez.

DeBlas la mira unos segundos con expresión incrédula.

- Quiere que suelte el bulo de que nos han robado. ¿Están fuera de sus...?

- No estamos hablando de ladrones de guante blanco, DeBlas - intercede Gaspar -. Estamos hablando de bulldozers. Dos gorilas frente a una puerta de cristal imantada no van a disuadirlos. Lo único que lo hará es creer que las claves ya no están aquí.

Y DeBlas no puede más, y suelta una carcajada incrédula.

- Pero ¿de qué manicomio han salido? Para empezar, lo que proponen no puede hacerse en *petit comité*. Necesita luz verde de al menos tres ministerios y cuatro organismos de control. Segundo, existe un protocolo para faltas en el sistema - lo que significa que cualquiera de nuestros ingenieros descubriría en tres minutos que el archivo aún existe. Si su mejor idea es fingir un robo, francamente tendrían más posibilidades de éxito intentando robarla ustedes mismos.

DeBlas escruta la cara de los dos visitantes, buscando rastros de decepción y vergüenza. Pero no ve nada. Sus expresiones no han cambiado un ápice. Con parsimonia, Claire pone su maletín sobre la mesa y lo abre.

- Temíamos que esa fuera su postura. Dígame, ¿esperamos a alguien más?

DeBlas observa cómo Claire busca algo en el interior del maletín. Viéndola hacer, le sobreviene una súbita sensación de malestar. Traga saliva un poco más abruptamente de lo que hubiera querido. Ha perdido la sonrisa, porque de pronto la situación no le parece ni tan ridícula ni tan inocua.

- No - responde con cautela -, no esperamos a nadie más. Es suficiente que un empleado de

Stormlock pierda el tiempo con esta insensatez.

La réplica es rápida y nerviosa. Su mirada está fija en el maletín de Claire, una sombra de tensión en sus ojos.

Claire levanta la mano lentamente. DeBlas sigue el movimiento, dando un inconsciente paso hacia atrás.

Y entonces la mano de Claire aparece, con una tarea de visita entre los dedos. DeBlas siente cómo la piel de su cuello se destensa.

- Me temo que le hemos hecho perder su tiempo - dice Claire con una sonrisa fría.

El hombre mira la tarjeta de visita. Y entonces se da cuenta de algo importante: durante los últimos quince segundos todos sus sentidos han estado concentrados en la mujer y su incongruente decisión de llevar tarjetas de visita en un maletín. A su compañero lo ha perdido completamente de vista. Así que se gira hacia el hombre rubio con la intención de despedirse.

Pero el hombre no está donde debería estar.

El idiota del pelo a tazón está a escasos veinte centímetros de DeBlas, exactamente en el ángulo muerto de su visión periférica. Con la jeringuilla preparada. La sonrisa bobalicona ha desaparecido. Sus ojos ya no son amables, sino fríos y alerta. Antes de que DeBlas pueda reaccionar, Zout le ha inyectado un cóctel de aminoesteroides en el cuello. Tras un segundos de confusión infinita, los ojos de DeBlas se cierran y el director de seguridad se desploma en los brazos de Zout.

Mientras es depositado en el suelo, DeBlas puede ver cómo la mujer saca del maletín dos ordenadores conectados a antenas de alta frecuencia, se toca la oreja y dice:

- Equipo uno en posición. Veinte minutos.

JACK APRIETA LOS PUÑOS. La sangre le hierve por dentro.

La puerta del ascensor se abre en el piso veintiuno y Marie sale con él al recibidor, fingiendo no conocerle. Sin detener el paso, caminan hacia la puerta de cristal con el gigantesco logo de XXX Security.

- Estás poniéndonos a todos en peligro - susurra Jack.

- ¿De verdad creías que voy a esperar sentada? - susurra Marie mientras se adelanta a Jack. Alcanza la puerta de cristal con paso apresurado, una empleada apurada que llega minutos tarde a una reunión. Escanea su tarjeta mientras dedica una sonrisa distraída a los dos guardas de seguridad.

Jack aprieta los dientes, irritado. La operación ya está bastante cogida con alfileres como para tener que lidiar con *esto*.

Las puertas de cristal se abren. Los guardas de seguridad les dedican apenas una mirada desinteresada, y ambos se encuentran en un largo pasillo enmoquetado.

Están dentro de Stormlock Security.

VEINTE PISOS MÁS ABAJO, en la recepción principal, la recepcionista intenta disfrutar del primer minuto de calma de aquella mañana de locos.

Mantenimiento ha conseguido limpiar el florero hecho añicos *a pesar* del repartidor, un inútil histérico cuya *ayuda* no hacía más que empeorar el desaguisado.

Finalmente habían logrado limpiar el suelo y registrar a todos los visitantes de primera hora, y en aquel momento la recepcionista se enfrenta a uno de sus raros momentos de soledad y silencio.

Respira hondo, consulta su teléfono móvil y se levanta con la intención de prepararse un merecido café.

Es entonces cuando las puertas de cristal se abren, dejando paso una mujer y dos hombres.

Claramente, piensa la recepcionista, no son empleados de ninguna de las empresas del edificio. Su ropa es funcional, robusta y anónima. Quizás una empresa de transporte.

La mujer, de pelo rubio clarísimo, casi blanco, camina un paso por delante de los dos hombres escaneando la recepción con interés. Pasados unos segundos se gira hacia los hombres y asiente con la cabeza.

Afortunadamente para ella, la recepcionista no ve lo que pasa a continuación. Uno de los hombres saca una pistola Sig Sauer 9mm con silenciador y dispara tres veces. La secretaria recibe dos balas en la cabeza, una en el pecho. Cae de la silla y desaparece tras el mostrador de mármol, como si nunca hubiera estado ahí. Tres pequeña gotas de sangre quedan sobre el mostrador de mármol blanco.

El segundo hombre saca de su mochila cuatro bloques de explosivo plástico y los distribuye a lo largo de la recepción, sin molestarse en esconderlos de la vista.

La mujer, mientras tanto, saca de su mochila dos pesadas cadenas y bloquea con ellas las puertas de acceso al edificio. Hecho esto se gira hacia los otros dos.

- Veintiocho minutos para transporte - dice Liz Carter-. Cualquiera que se interponga, lo eliminamos.

LA SALA PRINCIPAL DE Stormlock Securities es un espacio abierto de quinientos metros cuadrados a rebosar de mesas de trabajo donde un centenar de ingenieros de software trabajan en dos, tres y hasta cuatro pantallas por la que desfilan, a ritmo vertiginoso, miles de líneas de código.

Jack y Marie atraviesan la sala con paso decidido, dos empleados caminando con total normalidad. Jack ha cogido varios papeles de una impresora y ambos fingen hojearlos.

- *Equipo uno en posición* - la voz de Claire llega alta y clara a través del intercomm.

- Dos minutos para la sala de servidores - confirma Jack -. Marie está conmigo.

- *¿Por qué?* - hay una ligera nota de alarma en la voz de Claire.

- Eso tendrás que preguntárselo a ella.

- *¿Qué fue de la vieja costumbre de ceñirse al plan?*

Las tarjetas de Jack y Marie abren una nueva puerta, y ambos entran en un angosto pasillo de paredes blancas, estrecho y descuidado. Resulta obvio que la compañía invierte mucho más en adecentar la sala de desarrolladores que la sala de servidores. La temperatura desciende cuatro grados. Diez metros por delante, un técnico se acerca empujando un carro cargado de cables y servidores. Jack eleva ligeramente el tono de voz mientras señala el fajo de papeles.

- ... ganamos ochenta metros cuadrados para ingenieros, pero tendríamos que remodelar todo este ala de la planta...

El técnico les dedica una mirada desinteresada y continúa su camino sin detenerse.

- *Jack. Escúchame bien, tenéis dos problemas* - hay una tensión poco habitual en la voz de Claire.

- ¿Dos?.

Jack escucha cómo Claire inhala antes de continuar. Y eso le seca la boca. Porque Jack sabe que Claire sólo necesitaba regular su respiración cuando las cosas se ponen realmente feas.

- *La tarjeta de seguridad de Marie ha lanzado una alerta. La recepcionista y tú habéis usado la misma tarjeta con segundos de diferencia en puntos opuestos. Seguridad ha activado un código amarillo está siguiendo el rastro de tu tarjeta, van hacia vosotros.*

- Merde - susurra Marie.

La mente de Jack trabajaba a toda velocidad. Y no son los dos guardias de seguridad lo que le preocupa.

- ¿Cuál es el protocolo de un código amarillo?

- *Las zonas críticas del edificio entran en cuarentena y las tarjetas dejan de dar acceso.*

En ese mismo momento Jack y Marie llegan frente a una puerta deslizante de cristal macizo. Tras ella se extienden decenas de pasillos de racks de servidores, una gigantesca colmena de cajas negras y luces intermitentes bañada en una tenue luz azul.

Jack acerca su tarjeta al lector. Todo lo que recibe a cambio es una luz roja que parpadea unos segundos antes de desaparecer. Las puertas permanecen cerradas.

- La sala de servidores está en cuarentena - dice.

- Merde - dice Marie -. Jack, lo siento...

Jack estudia la puerta, ignorándola. Sabe que se está maldiciendo por dentro, pero no hay tiempo para reproches ni palabras de aliento. Deja caer su mochila en el suelo y recorre la sala con mirada clínica.

- Vamos a tener que entrar por la fuerza - y entonces, tras una pausa -. Claire, ¿has dicho que teníamos dos problemas?

- *Carter está en el edificio. Con dos de sus hombres. De camino a la planta veinte. Y ha sembrado la recepción de explosivos.*

A TI TE TOCA LA PARTE FÁCIL, Harlin. Romper un jarrón con flores, armar un poco de revuelo y después simplemente vigilar la calle desde una cafetería.

Las palabras del americano aún resuenan en la memoria del Jasper Harlin. Lo maldice por dentro, a él y a toda aquella operación de locos.

Porque Harlin es un buen correo, un buen chófer, un buen vigilante. Lo que no es, es un artificiero.

Tras dejar la recepción bañada en flores se ha desecho de la ropa de mensajero y se ha instalado en la cafetería al otro lado de la calle. Ocupa una mesa junto a la ventana, desde la cual tiene visibilidad perfecta de lo que sucede en la recepción del edificio.

Diez minutos más tarde una furgoneta azul oscuro aparca en un vado de carga y descarga frente a la entrada principal.

Tan pronto ve descender a la mujer y los dos hombres, sabe que tienen problemas. Harlin conoce el tipo.

Los siguientes veinte segundos los pasa en total estupor mientras observa cómo la recepcionista es ejecutada, la puerta sellada y el tercer hombre distribuye ladrillos amarillos por toda la recepción.

Harlin sale del café a la carrera y se lanza a cruzar la calle. Sin mirar, obligando a tres coches a parar en seco quemando neumático.

Para cuando llega a la entrada del edificio los tres intrusos han desaparecido, y ve las dos gruesas cadenas que sellan la puerta al edificio. Se pega a la puerta para escrutar el interior, y sus peores temores se confirman: los ladrillos amarillos son exactamente lo que él sospecha.

No ve detonador remoto, sólo una cuenta atrás que en aquel momento marca 26m55s. Distingue cuatro cargas, pero puede haber más. Lo que ve bastaría para volar los pilares de carga del edificio y, con bastante seguridad, tirarlo abajo.

A ti te toca la parte fácil, Harlin.

El finlandés informa a Claire de inmediato. Y como esperaba, Claire le pide que haga lo que él ya sabe que tiene que hacer.

- *Tienes que sacar las cargas, Harlin. ¿Hay algún lugar donde puedas llevarlas para detonarlas sin riesgo?*

Harlin ríe para sus adentros. No hay ningún lugar en ninguna ciudad del mundo donde detonar dos kilogramos de Sentex sin riesgo.

Pero cada problema a su tiempo, se dice.

Porque ahora lo primero que tiene que averiguar es cómo tirar abajo una puerta de cristal de veinte centímetros de grosor asegurada por dos gruesas cadenas.

Y aunque sabe que no va a funcionar, se lanza un par de veces con todo su peso contra la puerta - por si acaso.

La puerta ni siquiera vibra.

Se gira, escaseando la calle, hasta localizar lo que busca. Y mientras saca su pistola del escuche de su pechera, maldice el día (ayer, de hecho) en que aceptó la misión.

MARIE LANZA UN PUÑO lleno de frustración contra el cristal que los separa de la sala de servidores.

- Esto es mi culpa - dice.

Jack la ignora. No hay tiempo.

- Claire, ¿puedes cancelar la cuarentena? - pregunta Jack.

- *Negativo. Me llevaría días entrar en el sistema.*

Marie mira al techo.

- En caso de incendio - dice -, ¿qué protocolo prima, el código amarillo o el de incendio?

Claire tarda unos segundos en responder.

- *El de incendio, supongo. Pero es una locura evacuar el edificio con la entrada principal sembrada de explosivos.*

Marie y Jack se miran.

- Es la única forma - concluye Jack -. Dile a Harlin que tiene tres minutos para llevarse esos explosivos.

Jack saca un mechero del bolsillo y le prende fuego a los papeles que llevaba en la mano.

En ese momento los dos guardias de seguridad que custodiaban la entrada doblan la esquina del pasillo y se detienen en seco al ver a un hombre brazo en alto, acercando un fajo de papeles en llamas al detector de humo.

Ambos se llevan la mano a la espalda para sacar sendas pistolas.

Jack y Marie reaccionan en milisegundos. Antes de que los gorilas puedan desenfundar sus armas, se lanzan sobre ellos.

El guarda calvo forcejea con el estuche de su arma cuando Marie salta con todas sus fuerzas hacia él. Arquea la espalda hacia atrás, los codos pegados al tronco, la pierna derecha doblada y pegada al cuerpo. Y cuando está a un metro del guarda lanza la pierna derecha con todas sus fuerzas, impactando brutalmente en mitad del pecho del guarda.

Todo el aire de los pulmones del guarda sale expelido en un segundo. Una oleada de dolor sacude su caja torácica mientras es propulsado contra la maltrecha pared, desconchándola aún más .

Marie aterriza de lado, las rodillas flexionadas, las palmas de las manos apoyada en el suelo. Sin esperar un segundo salta de nuevo sobre su presa.

Junto a ellos, Jack no ha tenido la misma suerte. El guarda de la barba no sólo ha logrado desenfundar su arma; también ha logrado apretar el gatillo. La bala ha rozado el hombro de Jack, llevándose milímetros de traje, camisa y piel. Pero para sorpresa del vigilante, ni la detonación ni el impacto detienen a Jack. Antes de que apriete el gatillo por segunda vez Jack ya se ha lanzado sobre él con todas sus fuerzas. Con una mano agarra el cañón del arma, con la otra el cuello del vigilante. Deja que su peso y su inercia hagan el resto, y ambos impactan brutalmente contra la fría pared, dejando una telaraña de grietas.

El guarda lanza un grito de dolor. Pero es un hombre fuerte, considerablemente más grande que Jack. Logra lanzar una rodilla furiosa al estómago de Jack. Jack suelta el cuello del vigilante, pero no el cañón de la pistola. Con un rápido giro pone ambas manos sobre el antebrazo que sostiene la pistola, y torsiona con todas sus fuerzas. Con un alarido, el guarda suelta el arma.

Jack aleja el arma de una patada. Gira sobre sí mismo a la velocidad del rayo, situándose a la espalda del guarda. Rodea el grueso y peludo cuello con su antebrazo derecho y usa su mano izquierda para aumentar la presión. El guarda se contorsiona con todas sus fuerzas, desesperado. Es tan grande y fuerte que Jack teme no poder noquearlo. Pero pasados dos segundos Jack siente cómo la montaña de músculo se relaja, y el cuello pierde toda rigidez. En el momento preciso Jack afloja la presión y deja caer ciento cincuenta kilos de grasa y músculo sobre la moqueta.

Jadeando, Jack se gira hacia Marie. Ésta tiene una Glock 9mm en la mano y está cogiendo una segunda pistola del estuche del guarda calvo.

- Te ha llevado un rato - dice, lanzándole una de las pistolas.

Jack se gira. Y lo que ve no son buenas noticias.

Los papeles prendidos que Jack ha dejado caer al suelo han hecho arder la moqueta y un humo negro y maloliente se extiende por el pasillo, que no cuenta con ventilación alguna.

Es entonces cuando los extintores del techo empiezan a escupir agua con todas sus fuerzas, y la alarma de incendios atruena en el pasillo.

Jack y Marie no se paran a pensar. Tapándose la boca con sus chaquetas empapadas, se plantan delante de la puerta del cuarto de servidores. El agua cae a litros sobre ellos mientras las puertas de la sala de servidores se abren, accionadas por el protocolo anti incendios.

En la sala de servidores los extintores no han saltado. Para Marie y Jack, es como salir de una catarata. Frente a ellos se extienden ocho pasillos, cada uno de cien metros de longitud, a rebosar de cajas negras parpadeantes.

- Claire, estamos dentro. ¿Claire?

Jack se toca el oído, pero el intercomm no está. Ha debido saltar durante el forcejeo.

- Claire, estamos dentro - dice Marie -. Jack está conmigo pero ha perdido comunicación.

- *Recibido. Daos prisa. Carter tiene que estar cerca.*

- ¿Qué buscamos exactamente? - pregunta Marie.

Jack mira alrededor. Según Zout, el proyecto de encriptado es relativamente nuevo. Los servidores no pueden compartirse con otro proyecto, lo que significa que probablemente tiene su propia batería de servidores.

- Una estantería que parezca reciente, y separada del resto - responde Jack.

Ambos echan a correr en direcciones opuestas. Al llegar al extremo oeste, Jack se interna en un pasillo largo y oscuro. Camina dejando un reguero de agua a su paso, sintiendo el peso de su propia ropa empapada. Al llegar a la mitad del pasillo, lo ve.

Un bastidor de servidores anexo, claramente añadido recientemente. Rack nuevo, servidores nuevos, separados del resto.

Corre hasta él y saca de su mochila un pequeño pen drive de color negro, que conecta a uno de los servidores. La pequeña memoria portátil comienza a parpadear.

Jack consulta su móvil. Ha perdido comunicación con Claire pero sabe que ésta necesita cuatro minutos para entrar en el sistema como administrador, encontrar la clave de lectura comisionada a la operación Rodas, descargarla en la memoria portátil y eliminar el original de los servidores de Stormlock Security.

Respira hondo. Sabe que Carter llegará de un momento a otro. Echa una mirada a la parte trasera del bastidor, esperando identificar alguna forma de desconectar la caja negra y llevarse el contenido consigo. Pero todo cuanto ve es un manojo indescifrable de cables.

Pasos.

Jack se gira, alerta. Dos personas recorren el laberinto de pasillos. A dos pasillos de distancia, calcula.

Mira su teléfono móvil: *tres minutos*.

Necesita comprarle a Claire tres minutos, como sea. El problema es que a juzgar por lo cerca que suenan los pasos, les llevará menos de un minuto encontrar el bastidor. Y a Jack junto a él.

EN EL OTRO EXTREMO DE STORMLOCK SECURITY, en la pequeña sala de reuniones, Claire Oxham teclea furiosamente sobre su portátil.

El troyano que Jack ha activado al conectar el USB se ha propagado en mili segundos, otorgando a Claire plenos derechos de administrador.

Ahora sólo falta encontrar el archivo Coloso en un laberinto de ficheros de nombres encriptados. Claire conoce la fecha en la que el director de Tecnología del DGSE, Tom Thevenaux, creó la clave. Es algo, pero no es mucho.

Zout no está con ella. Tan pronto han sabido que Carter está en el edificio le ha arrancado la tarjeta de acceso a Francois LeBlas y ha salido disparado hacia la sala de servidores.

Diles que necesito cuatro minutos - le ha recordado Claire antes de verle desaparecer.

Claire traga saliva. Necesita concentración, y ni la estridente alarma de incendios ni el alboroto de la evacuación del edificio ayudan. Como tampoco lo hace el hecho de que, según la cuenta atrás que ha iniciado en su teléfono móvil, en siete minutos cuatro cargas de sentex harán volar por los aires los pilares de carga del edificio.

Necesito dos minutos más, Jack - piensa -. No desconectes ese pen drive por nada del mundo. Haz lo que sea necesario.

39

CIEN METROS PRO DEBAJO, en la entrada principal del edificio, Jasper Harlin se dispone hacer precisamente eso.

Corre hasta la parada de taxis al otro lado de la calle, donde el único taxi disponible es un Dacia Logan de cinco puertas cuyo conductor espera al volante, fumando un cigarrillo.

Harlin se acerca corriendo a la ventanilla abierta y, sin más preámbulo, apunta su pistola hacia la cara del taxista.

- Fuera. ¡Ahora!

El cigarrillo del taxista cae de su boca. Con cara de pasmo sale del coche, las manos bien visibles, y se aleja varios pasos, temblando.

- Coja lo que quiera - dice -. Mi cartera está...

Pero Harlin ya ha subido al coche y se ha abrochado el cinturón de seguridad.

- Llame a la policía - le dice al taxista - Hay tres terroristas armados en ese edificio.

Harlin gira el volante, levanta parcialmente el freno de mano y pisa a fondo. Con crujidos de protesta, el Dacia gira noventa grados y queda detenido en mitad de la calzada, calentando el motor, en perpendicular al sentido del tráfico. Mirando de frente la enorme puerta del cristal del edificio de Stormlock Security.

Entonces, con un grito rabioso, Harlin suelta el embrague. Las ruedas tardan un segundo en agarrar el asfalto. Cuando por fin lo hacen, el coche sale disparado hacia adelante. El finlandés agarra el volante con todas sus fuerzas, rezando porque sus reflejos le digan cuándo pisar el freno. En apenas un segundo el Dacia ha atravesado los dos carriles, subido a la acera con una violenta sacudida y reventado en mil pedazos las puertas de cristal.

Harlin pisa el pedal del freno. A fondo. El coche desliza unos metros sobre la superficie pulida de la recepción, y el joven se da cuenta con pasmo de que ya no tiene el control del coche. De hecho no son los frenos lo que detienen el taxi, sino un choque brutal contra la pared oeste de la recepción, que activa todos los airbags.

Pasados unos segundos la cabeza de Harlin asoma por encima de la bolsa blanca.

Al menos, piensa mientras forcejea por salir, no he pisado ninguna de las carga explosiva.

40

CARTER LLEGA AL FINAL DEL PASILLO y gira a la izquierda. Frente a ella se extiende un nuevo pasillo exactamente igual que los tres que acaba de recorrer. Decenas de bastidores atiborrados de servidores negros con luces intermitentes. Un escenario de pesadilla.

En la mano lleva una Magnum Desert Eagle, su arma preferida para situaciones operativas.

El hombre que camina a su lado es chileno y se llama Pedro Montoya. Trabaja para Carter desde hace cinco años, y su elección de arma es más expeditiva. Sostiene un subfusil capaz de disparar diez balas por segundo.

El tercer hombre, un mercenario estadounidense llamado Gerry Collins, se ha separado de ellos para cubrir el flanco este de la sala de servidores.

Caminan en silencio sobre el suelo enmoquetado. Carter mira a Montoya y se lleva un dedo a la oreja. *Escucha.*

De su derecha llegan unos ruidos apagados, regulares. Forcejeos ahogados.

Ambos llegan al final del pasillo y giran a la derecha. Arma en alto, preparados para disparar.

Esta vez, el pasillo que se extiende ante ellos es diferente. Aquí los bastidores son más modernos, y los servidores más compactos. Pero no es eso lo que interesa a Carter y Montoya.

Es el hombre de pelo corto sentado en el suelo, con una mordaza en la boca, que se remueve con todas sus fuerzas. Tiene las manos a la espalda atadas, parece, a uno de los bastidores. De su pantalón cuelga una tarjeta de empleado.

Al verles entrar, los espasmos del hombre aceleran. Les grita algo con todas sus fuerzas.

Carter y Montoya escanean el pasillo vacío.

El empleado levanta la barbilla frenéticamente. Una y otra vez, con gritos ahogados por la mordaza.

Carter y Montoya levantan la vista hacia el techo, y entonces lo ven. Dos de los paneles que dan acceso al falso techo faltan.

Montoya no duda. Gira sobre sus talones, dando la espalda al hombre amordazado, y comienza a acribillar el techo. Ráfagas letales, a veinte balas por segundo. Procede metódicamente, dibujando círculos concéntricos en el techo.

Pasados treinta segundos, decepcionado por no ver sangre brotar de ninguno de los agujeros, Montoya se gira hacia Carter.

Y entonces maldice en voz alta y vuelve a subir su ametralladora, situándola a la altura de sus ojos.

- ¡Suéltala! - dice en francés.

Montoya comprende el engaño y se maldice por haber caído en él. El hombre no estaba realmente atado, y ha aprovechado la balacera para desarmar a Carter. Ahora la sujeta frente a él, como escudo humano, el cañón de una Beretta descansando sobre su sien.

- Baja el arma - dijo Jack.

Montoya continúa con el arma en alto, dando pequeños pasos laterales, buscando una línea de tiro con que alcanzar a Jack sin dañar a su jefa.

Carter esboza una media sonrisa, perfectamente serena. Si siente miedo, es imposible reconocerlo.

- Jack Bale - dice Carter - Nunca te agradecí la ayuda en Helsinki.

- Recibí tu tarjeta de agradecimiento en el hospital.

- No sé de qué me hablas - responde Carter.

- Tu amigo. Alto, pelo rapado, un escorpión tatuado en el cuello.

- De nuevo, no sé de qué me hablas. Pero Jack, esta situación que tenemos aquí no tiene por qué acabar mal. ¿Qué quieres?

- Que tu perro baje el arma.

El mercenario chileno continúa moviéndose centímetro a centímetro, buscando el tiro limpio.

- No puedo ordenarle eso - dice la francesa -. Pero podemos negociar una solución que nos dé a ambos lo que queremos - Carter mira de reojo el pen drive cuya luz parpadeaba a toda velocidad -. Por ejemplo, lo que yo quiero es ese pen drive.

Jack sigue girando lentamente, llevando a la francesa con él.

- Para ti, sin embargo - continúa la francesa -, ese pen drive no es nada. Es una misión, nada más. Pero hay otras cosas que ansías sobre todas las demás. Respuestas que llevas buscando desde que tenías doce años - hace una pausa -. Desde el monasterio de Saiga-Shu. ¿No es verdad, Jack?

Jack siente cómo su espalda se tensa. Carter lo nota también y sonríe, satisfecha.

- ¿Acaso no es eso - continúa - lo que ha dictado todas tus decisiones desde que eras un adolescente? Ha marcado tu vida y la de tus dos amigos Oxham y Callahan. Los tres sabéis que existe, que es real, aunque pocos os crean. Y aquellos que lo hacen están tan asustados que no van a ayudaros. Así que no podéis acercaros. Vuestras patéticas vidas consumidas por una cruzada que os queda grande. Pero yo, Jack, yo puedo acercarte a ellos.

Cada palabra de la francesa resuena en la cabeza de Jack como un aldabonazo. Siente gotas de sudor empapando su frente, y es más que posible que la francesa, a quien mantiene apretada contra él, haya notado que su corazón ha comenzado a latir vertiginosamente.

- Di su nombre - susurra.

- Jack, por favor. Es sólo un nombre, algo teatral en mi opinión, diseñado para inspirar miedo y...

- Dilo.

El arma de Jack presiona con más fuerza contra la sien de Carter. La cual coge aire. Porque a pesar de su aparente calma, las palabras que susurra a continuación también le intimidan a ella.

- La fortaleza de las tres sombras.

Hay un silencio. El lento baile entre los tres se ha detenido, y durante unos segundos nadie habla.

- Puedo acercarte a ellos, Jack - repite Carter, su voz apenas un susurro -. Más cerca de lo que nunca has estado. Y el precio es sólo ese pen drive...

Antes de que Carter pueda terminar, el pandemonio se apodera de la sala de servidores.

Jack escucha la voz de Zouk a su espalda.

- ¡Jack, al suelo!

Jack se deja caer, llevándose consigo a Carter. Una lluvia de balas pasa a centímetros de sus cabezas. A su espalda Collins, el mercenario americano, ha aparecido de un salto y abierto fuego con una ametralladora idéntica a la de su compañero.

Al mismo tiempo Zouk ha aparecido en el extremo contrario y se ha lanzado al suelo, desde donde abre fuego contra Collins. El pecho del americano revienta en una explosión de sangre y trozos de órganos.

Zouk inmediatamente rueda sobre sí mismo, volviendo a cubierto tras el bastidor de servidores, perseguido por la ráfaga que dispara Montoya y que convierte el suelo en un géiser de moqueta, baldosas y cables.

Zouk se lanza a correr por el pasillo contiguo. El telón de servidores y cables lo oculta de la vista de Montoya, pero no de sus balas. Ráfagas letales de 12mm atraviesan las cajas de plástico, persiguiéndolo pasillo adentro.

Hasta que finalmente siente un violento ardor en un gemelo y cae al suelo. Cierra los ojos, preparado para ser acribillado, pero de pronto se hace el silencio.

Click - click - click.

El cargador de Montoya ha llegado a su fin. El chileno saca un recambio de su cazadora y está a punto de introducirlo, cuando percibe una sombra por el rabillo del ojo.

- Hey.

Puro reflejo, Montoya adopta una posición defensiva; pero es demasiado tarde. Marie Kaplan ha arrancado uno de los servidores, una caja plástica de cuatro kilos de peso, y la ha lanzado directa a la cabeza del mercenario.

El chileno tiene tiempo de levantar los brazos para proteger su cabeza, pero eso es todo lo que Marie necesita. Da dos pasos hacia adelante y salta con fuerza, lo suficiente como para poder encoger ambas piernas en el aire. A continuación impulsa hacia abajo ambos pies, que impactan salvajemente contra la rodilla derecha de Montoya. La pierna se dobla en un ángulo imposible, y el asesino cae de rodillas con un aullido de dolor.

Marie lanza la pierna izquierda contra la cabeza del chileno, cuyo tronco gira noventa grados como si fuera un muñeco de trapo.

Queda tendido en el suelo con una pierna doblada en un ángulo imposible y un hilo de sangre cayendo de su boca.

Marie observa el pasillo, jadeando ligeramente. Comprueba que conserva el intercom en su oído.

- Claire, no tenemos mucho tiempo.

- *Traspaso finalizado* - confirma Claire -. *Los originales han sido eliminados. La única copia que existe está en nuestro pen drive.*

- ¿Qué hay de Harlin?

- *Silencio total desde hace tres minutos. Si no ha conseguido sacar los explosivos del edificio escucharemos el boom en treinta segundos. ¿Cuál es vuestro estado?*

Marie recorre el pasillo con la mirada.

- Zouk está herido. Dos mercenarios han caído.

- ¿Y Carter?

- No está aquí. Tampoco Jack.

- *¿Tienes el pen drive?*

- Negativo.

- *Repíte eso.*

- El pen drive no está aquí. Tampoco Jack o Carter. Y no sé cuál de los dos lo tiene.

41

- ¡CUIDADO!

Jasper Harlin escora la bicicleta y la hace zigzaguear entre dos coches. Deja atrás un coro de bocinazos indignados.

Su cara es una máscara de crispación y sus nudillos están blancos de la presión que ejerce sobre las manetas de la bicicleta. Recorre el Quai de Dion Bouton en bicicleta cada día, pero nunca con cinco kilogramos de sentex en las alforjas.

Sabe que el vaivén no será suficiente para detonar el explosivo, pero no estaba tan seguro con respecto a un choque contra un coche o un autobús.

Se concentra en la carretera. Apenas parpadea.

A la altura de la estación de metro Esplanda de La Défense, el tramo del Sena que cruza bajo el puente Neuilly está en absoluta calma, sin ningún barco a la vista.

Harlin decide que ése es el lugar.

Gira la bicicleta y entra en el puente Neuilly. Cuando está llega al centro del puente detiene la bicicleta y arranca las alforjas de la parrilla trasera. Con todas sus fuerzas, las lanza al río.

Cuatro segundos después, cuando está a punto de salir del puente para regresar al Quai de Dion Bouton, una monstruosa ola de agua y arena lo engulle y lo levanta en el aire, lanzándolo al río.

A ti te toca la parte fácil, Jasper.

EL EDIFICIO DE OFICINAS Stormlock Security tiene veintiocho plantas, una media de cincuenta empleados por planta y una única escalera de incendios de ciento veinte centímetros de ancho. Cuando mil cuatrocientos empleados tienen que bajar por ella en fila de a dos, lo hacen despacio. Y sin prisa. Convencidos de que estaban siendo sometidos a un simulacro. En cada rellano una nueva palada de apáticos empleados se incorpora a la caravana.

Jack abre la puerta de la escalera de un tirón, dispuesto a lanzarse escaleras abajo a la carrera. Pero encuentra un muro de gente. Cientos de cabezas que se pierden escalera abajo, como un vagón de metro en hora punta. Algunas cabezas se giran hacia él, mirando con curiosas su ropa empapada.

Escanea la hilera de hormigas que se mueve escaleras abajo.

Allí está.

Seis metros más abajo, al final del tramo de escaleras. El pelo rubio claro, casi blanco. Jack sólo la ve un segundo, antes de que gire en el rellano y se pierda de vista.

Carga hacia adelante. Abriéndose paso a empujones entre la irritada multitud. Al salir de la sala de servidores ha recuperado su mochila, que ahora lleva a la espalda. Musita disculpas mientras usa los codos, tratando a la vez de avanzar y de no lanzar a nadie escaleras abajo.

Necesita llegar al rellano.

Necesita no perder de vista a Carter.

- ¡Eh imbécil, que vamos todos al mismo sitio! - le increpa uno de los empleados, bloqueándole el paso.

Usando el dedo pulgar e índice, Jack pinza el borde trasero de la axila del hombre. En ese punto del cuerpo, aparentemente inocuo, convergen las suficientes terminaciones nerviosas como para convertir un simple pellizco en una fuente de dolor desmesurado. Jack sólo aprieta durante un segundo, pero es suficiente para que el tipo lance un alarido y se aparte. Jack lo adelanta, la mirada fija en el rellano de la escalera.

Una vez allí se abre paso con los hombros hasta conseguir girar ciento ochenta grados. El siguiente tramo de escaleras está igualmente a rebosar de gente, todos descendiendo paso a paso los escalones. Todos, excepto una.

Al final del tramo de escaleras, una de las cabezas no le muestra la nuca, sino el rostro. Se ha girado ciento ochenta grados y mira hacia arriba, sin moverse. Esperándole.

Sus miradas se encuentran.

Y mientras docenas de empleados irritados la sortean, Liz Carter levanta su Glock 9mm y dispara en dirección a Jack.

El cual se tira al suelo, llevándose consigo a las dos personas que tiene frente a él.

Los tres disparos se pierden contra la pared, pero la detonación desata el caos. Cientos de empleados se lanzan al suelo entre chillidos, los unos sobre los otros, algunos rodando escaleras abajo. Cuando Jack levanta la mirada, Carter ha desaparecido. Y Jack sabe que tratar de alcanzarla en mitad de semejante pandemonio pondrá en peligro a miles de inocentes.

Y sin embargo no puede detenerse ahora. No después de lo que ha escuchado decir a Carter. La francesa ha mencionado algo que en el mundo de Jack es cien veces más valioso que Coloso.

Lo que ha dicho lo cambia todo.

Jack sale del rellano y mira alrededor. Está en el piso veinticuatro. Sabe que los ascensores

estarán bloqueados, y descender a pulso por el hueco del ascensor le llevaría demasiado tiempo.

Aprieta los dientes y comprueba que su mochila está correctamente ajustada. Si no puede detener a Carter en el edificio, la interceptará a la salida.

Corre hasta la cristalera sur. Se pega al cristal y mira hacia abajo. Ochenta metros lo separan de la calle. Bajo las enormes hayas, una multitud de curioso comienza a agolparse frente al edificio mientras dos coches patrulla se acercan por el extremo de la calle.

Jack mira la oficina. En una de las esquinas, siguiendo la regulación, hay un extintor de nueve litros de capacidad. Jack lo levanta, lo hizo girar en el aire un par de veces y lo lanza contra el cristal.

El extintor cae al suelo con un sonoro *clonk*, dejando una espiral de grietas en el cristal.

Jack repite el lanzamiento. Una, dos, tres veces. Hasta que las grietas son tan largas y profundas que apenas permiten ver el exterior.

Entonces retrocede veinte pasos. Agarra una silla de oficina y la sitúa entre la cristalera y él. Pone sus manos sobre los reposabrazos y se lanza a correr contra el cristal, la silla rodando frente a él.

Un metro antes del impacto salta sobre el asiento de la silla, como un piloto de bobsleigh, haciéndose una bola sobre él.

Y entonces impacta.

Con un estruendo, la silla de oficina atraviesa cuarenta centímetros de maltrecho cristal llevando encima a Jack. Ambos flotan un segundo en el aire rodeados de una lluvia de lascas de cristal. Y entonces comienzan a caer al vacío.

Jack suelta la silla e inmediatamente tira de la anilla oculta en el asa de la mochila. La mochila ultra plana se abre al instante y dispara un micro paracaídas de emergencia, un modelo compacto y ligero diseñado para pilotos acrobáticos. Según el fabricante la altura recomendada para desplegarlo son doscientos metros. La altura mínima, ciento veinte.

A ochenta metros, que es la altura desde la cual Jack acaba de saltar, no hay absolutamente ninguna garantía de éxito.

43

JACK CAE CADA VEZ MÁS RÁPIDO, con el paracaídas desplegado.

Claire había insistido en los paracaídas, como última opción en case de que la operación saliera realmente mal.

Jack sacude la cabeza. No tiene altímetro ni velocímetro, pero tiene los suficientes saltos en su haber como para saber que aquel vuelo no tiene papeletas para terminar bien. El pequeño paracaídas de emergencia (una lona de nylon de apenas tres metros cuadrados) opone una tímida resistencia al aire. Un impacto que a esta velocidad, Jack lo sabe, partirá la mayor parte de los huesos de su cuerpo.

Tiene ocho segundos.

Siete.

Seis.

Las hayas.

Jack tira con fuerza de la maneta derecha. El endeble paracaídas se escora y dobla violentamente, arrastrando a Jack en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Jack afloja la tensión. Es todo lo que puede hacer. Va a impactar de lleno con la copa de una de las enormes hayas que bordean la calle.

Dos segundos.

Uno.

Levanta las piernas y se cubre la cabeza con las manos. Lo que quiera que venga a continuación está fuera su control.

JACK ABRE LOS OJOS.

Todos los sonidos, las formas y olores de la ciudad golpean sus sentidos al mismo tiempo. Está flotando.

No, estaba *colgando*.

Colgando de un endeble paracaídas enredado en las ramas más bajas de la enorme haya contra la cual ha chocado.

Siente todo el cuerpo magullado, pero comprueba aliviado que sigue teniendo el control de todos sus miembros. Mira hacia abajo.

Cuatro metros por debajo de él un pequeño grupo de caminantes lo miran pasmados, congelados alrededor de restos de ramas y hojas del árbol que Jack ha talado en su descenso.

Sigue vivo. Sigue entero.

Debe continuar.

Con cuidado, deja que ambos brazos abandonen la sujeción de las asas de la mochila. En la acera, el círculo de peatones se abre con un grito sobresaltado.

El aterrizaje de Jack es menos ágil de lo que le hubiera gustado. Se desploma sobre la acera y necesita unos segundos para ponerse en pie. Al fin y al cabo está entero, pero magullado y contusionado de la cabeza a los pies.

Se gira hacia el edificio de Stormlock. Una marea de empleados aterrorizados salen a la calle tras sortear un taxi destrozado en mitad de la recepción.

Jack escanea la multitud. Hay demasiada gente, y salen en todas direcciones. Si Carter se ha cubierto el pelo y cambiado de chaqueta, será...

Aquí está.

Los hombros de Jack se tensan. Liz Carter está a quince metros del edificio, saltando al asiento trasero de una berlina negra de lunas tintadas. Lanza una última mirada furiosa en dirección al edificio antes de entrar y cerrar la puerta. La berlina se pone en marcha lentamente, zigzagueando entre el gentío que atiborra la calle.

Entre tanto los primeros policías han llegado e intercambiaban miradas de pasmo, intentando evaluar una situación que no figura en ninguno de los manuales tácticos que han estudiado.

- *Les mains en l'air!*

Jack se gira, sorprendido. A su espalda un policía ha bajado de su moto apresuradamente y le apunta con su arma. Jack puede escuchar el ronroneo de la moto al ralentí. La postura del policía es penosamente rígida, y Jack puede percibir el temblor en su voz. Lanza rápidas y confusas miradas al árbol destrozado y al paracaídas que aún se balanceaba enredado unos metros sobre sus cabezas.

- *Les mains en l'air j'ai dit!*

Jack ve cómo la berlina de Carter desaparece entre la marea de gente.

- Agente, escúcheme. En ese coche que se aleja...

- *Mains-en-l'air!*

Jack obedece. El policía no va a escucharle. El pobre hombre tiene suficientes dificultades sujetando un arma que probablemente no ha disparado desde la academia, como para escuchar a Jack.

- Buen trabajo, agente.

Una figura alta y envuelta en vieja gabardina se aproxima al agente. Sujeta un portafolios en una mano y toda su figura irradia completa confianza. Se sitúa junto al policía, mirando a Jack con una media sonrisa en la boca. Saca una cartera del bolsillo y muestra fugazmente su identificación.

Jack conoce esa cartera. Es donde Scott Callahan guarda su tarjeta de puntos de Starbucks.

- Clive Mahoney, UFZ - dice Callahan.

El policía hace un amago de girar la cabeza, pero Callahan señala a Jack.

- La vista en el objetivo, agente. No lo pierda de vista, es muy peligroso. Acabo de pedir refuerzos. La UFZ está en camino.

- ¿La *qué*?

Callahan se gira hacia él

- ¿No les entrenan en contra-terrorismo?

- Señor, nosotros principalmente regulamos el tráfico.

Callahan sacude la cabeza.

- ¿Dónde está el otro paracaidista? - pregunta.

El agente gira la cabeza hacia ella, visiblemente alarmado.

- ¿Hay *otro*?

Callahan levanta la vista.

- Dos más, de hecho. Pero como el tercero lleva un rato colgado de este árbol con el cuello roto, sospecho que no podrá contarnos gran cosa.

El agente no puede evitarlo. Es un reflejo. Levanta la vista.

Ahora.

Y Callahan alza su brazo derecho. En la mano sostiene un pequeño spray de color negro, que queda a escasos centímetros del rostro del policía. Cuando aprieta el difusor, una capa de polvo abrasante cubre los ojos del agente.

- ¡Ahh! - el policía suelta el arma y se lleva ambas manos a los ojos.

Callahan agarra el portafolios con ambas manos y lo lanza con un movimiento ascendente, directo a la mandíbula del agente. El cual cae al suelo con un grito ahogado.

Callahan se agacha junto al agenda, coge su arma y se la lanza a Jack, el cual la agarra al vuelo.

- Carter está en una berlina negra, Mercedes - dice Callahan -. En dirección este.

Jack ya ha subido a la moto del policía. Callahan le lanza un diminuto auricular que Jack se introduce en el oído.

- *Recibido* - ambos escuchan la voz de Marie por el intercom -. *¿Carter tiene la clave de lectura?*

Jack no responde.

- Jack, ¿quién tiene el pen drive? - pregunta Callahan con una nota de preocupación en la voz.

Jack se saca el auricular del oído y cierra el puño alrededor, aislándolo momentáneamente.

Intrigado, Callahan lo imita, enterrando su intercom en la palma de su mano.

- Scott, Carter dijo algo ahí arriba. Mencionó la Fortaleza de las Sombras. Sabe cómo acercarnos a ella.

Callahan necesita un segundo para reponerse de la sorpresa.

- ¿Qué ha dicho exactamente?

- Lo suficiente. Lo sabe todo acerca de nosotros tres. Incluido Saiga-Shu.

Callahan traga saliva.

- Avisaré a Claire. Jack, si tienes que elegir entre Coloso y la Fortaleza de las Sombras...

Jack gira el acelerador de la moto, calentando el motor. Saca un pequeño objeto del bolsillo

y se lo lanza a Callahan. El cual lo coge al vuelo, sin mover la vista de los ojos de Jack. Sabe perfectamente lo que es el objeto, puede sentir los bordes curvados del pen drive.

- No voy a tener que tomar esa decisión - responde Jack -. Vamos a hacernos con ambos. El plan sigue en marcha. Marie y tú encargados de sacudir el árbol hasta que Coloso salga de su cueva. Yo me encargo de Carter.

Y con un violento acelerón lanza la moto a toda velocidad, zigzagueando entre las docenas de personas que comienzan a agolparse frente al edificio Stormlock Security.

Parte IV

EN EL ASIENTO TRASERO de la berlina, Liz Carter termina de teclear sus instrucciones en su teléfono móvil.

Bale. Eliminar.

Hace click en *Enviar*. El mensaje llegará a cuatro de sus hombres a la espera de instrucciones. Dos de ellos a pie de calle, no lejos de ella, camuflados entre el gentío. El tercero oculto en el interior de un camión de mudanzas internacionales estacionado a tres manzanas de distancia. Y el último esperando en una azotea cercana, observando con binoculares cómo se desarrollan los acontecimientos sobre el asfalto.

Carter tira el móvil sobre el asiento. Inhala profundamente. Callahan y sus dos perros están demostrando ser un rival más fuerte de lo que había imaginado cuatro días atrás, cuando leyó el dossier facilitado por la Fortaleza de las Sombras. Quizás las tres Sombras tengan algo de lo que preocuparse, después de todo.

Pero Liz Carter no ha llegado hasta donde está subestimando a sus enemigos. Y por eso ha venido a París preparada.

En menos de una hora - se dice - tendré la clave de lectura. Aunque para ello tenga que reducir a escombros la mitad de París.

Usa su huella dactilar para acceder al iPad que descansa junto a ella en el asiento trasero. Una vez dentro, teclea un código de nueve cifras en la pantalla, y pulsa *Aceptar*.

La pantalla se convierte en una cuenta atrás de cinco minutos, sobre la que un aviso reza:

Dispositivo activado.

Al fin y al cabo, Carter sabe algo que sus rivales no saben: que el agente infiltrado en el CSGE es más, mucho más que un doble agente ruso que bien vale la destrucción de una ciudad.

Carter ha pasado los últimos tres años de su vida estudiando la Fortaleza de las Sombras. En eso se parece a Callahan y sus dos lacayos. Aunque claro está, sus intenciones son diferentes.

A Callahan le gustaría ver caer a las tres Sombras.

Carter quiere unirse a ellos.

Llevaba tres años persiguiendo un rumor, un banco de niebla, el espejismo de un naufragio en un mar de información falsa. Hasta que seis meses atrás por fin consiguió la pieza de información que necesitaba. La que demostraba que las tres Sombras eran reales.

Una vez comprendió de qué hilo tirar, lo que vio le deslumbró. Ni en sus sueños más salvajes podía haber imaginado un poder semejante. Una realidad donde las líneas entre ley y crimen, las líneas entre el bien y el mal se desdibujaban hasta dejar de existir. Para Carter, aquella vista resultó intoxicante.

Pronto comprendió que el nivel al que ella operaba era un juego menor, apenas una segunda división.

La Fortaleza es donde ella pertenece. Concretamente en la cumbre, junto a las tres Sombras que la lideran. Y está cerca, muy cerca, de conseguir lo que necesita. Lo único que se interpone en su camino es Jack Bale.

Un sonido insulso e irritante interrumpe sus pensamientos. Un tono de llamada que Carter nunca ha oído antes.

La francesa levanta la vista hacia el conductor, pero éste no reacciona. Y Carter comprende

que el sonido llega desde el asiento trasero.

Entrecierra los ojos y una ligera sonrisa se dibuja en su rostro cuando comprende. Su mente vuelve a la sala de servidores, al momento en que Bale la toma como escudo humano. Obviamente el soldado ha hecho algo más que eso - ha dejado caer un teléfono en su cazadora.

Carter busca en su bolsillo y ahí está: un pequeño teléfono móvil desechable en cuya pantalla anaranjada parpadea una palabra: *Contesta*.

Liz Carter no reacciona bien a las órdenes, pero logra contener las ganas de lanzar aquel juguete por la ventana. En lugar de ello, aprieta la tecla *Responder* y se fuerza a esbozar una sonrisa. Al fin y al cabo, Bale pagará su insolencia muy pronto.

- Jack, Jack, Jack. ¿Ya me echas de menos?

- Quiero todo lo que sepas acerca de las tres Sombras.

Resulta difícil escuchar la voz de Jack, que llega envuelta en golpes de viento y ruidos de tráfico.

- ¿Una moto otra vez, Jack? - aventura.

- Las Sombras, Carter.

Carter suspira.

- Y a cambio, ¿yo recibo las claves de lectura?

- No. A cambio yo no destruyo las claves de lectura en público.

Carter cierra los ojos. Aprieta los dientes y siente cómo la sangre le sube a la cabeza. En su interior, la certeza de que las tres Sombras han subestimado a Bale crece por momentos.

- Esto es lo que creo, Carter - continúa Jack -. creo que Coloso no es sólo un infiltrado de Moscú. En realidad es un peón de las tres Sombras. Pasando de lado a lado la información necesaria para asegurar que las tres Sombras puedan operar sin injerencias del CSGE or el SVR. No es Moscú quien te ha enviado, porque Moscú no usa carniceros como tú. Te han enviado las tres Sombras.

Carter aparta el teléfono un segundo al escuchar una sucesión de violentos frenazos y bocinazos. La voz de Jack vuelve al cabo de unos segundos.

- Todo lo que tenías que hacer era destruir el pen drive y liquidar a la fuente. Pero te pudo la curiosidad. Pensaste que si consigues las dos piezas del puzzle, puedes presionar a las tres Sombras. Quizás quieres dinero. Quizás quieres un sitio en la mesa.

- Conjeturas de un demente - es todo lo que alcanza a susurrar Carter, rabiosa, entre dientes.

- Lo que voy a hacer - dice Jack ignorándola - es destruir las claves de descifrado de forma bien visible para la cúpula del CSGE. Uno de los cuales es Coloso. Y sin claves de descifrado, tu parte del puzzle que tú tienes no vale absolutamente nada. Y en ese momento las tres Sombras van a lanzar a todos sus perros a por ti. Y ambos sabemos que nada puede salvarte de la ira de las Sombras. Eso, claro, si yo no te cazo antes.

Jack hace una pausa.

- Eso es lo que va a pasar - prosigue - a menos que me des toda la información que tengas acerca de las Sombras. A cambio no voy a darte las claves de lectura, pero tampoco voy a admitir tenerlas. Puedes hacer creer a las Sombras que las ha destruido.

Carter mira por la ventana unos segundos. Relajando la respiración que ha sentido agitarse en el último minuto.

A su lado, en el asiento de cuero, su teléfono móvil parpadea. Es un mensaje de dos palabras. Uno que le hace sonreír.

Objetivo localizado.

- Hablas de cazarme, Jack. Hablas de cazadores y presas. ¿Estás seguro de cuál de los dos

eres tú ahora mismo?

JACK ESCORA LA BMW y zigzaguea entre el tráfico de mediodía. Lleva el auricular de su teléfono móvil en la oreja derecha.

Ahí estás - piensa - Te tengo.

Puede ver la berlina negra doscientos metros más adelante.

Está a punto de acelerar a fondo cuando escucha el estallido. La calle entera reverbera y varios escaparates se hacen trizas en ambas aceras. El tráfico de la enorme avenida se ralentiza.

Escucha la voz de Carter cargada de veneno.

- Eso son veinte kilos de sentex estallando en el edificio de la Bolsa, Jack. Hoy no hay mercado así que las bajas serán mínimas; tómallo como mi gesto de buena voluntad. El que he detonado es la primera de dos bombas. Y la segunda no están en un edificio vacío. Así que esto es lo que va a pasar, Jack: vas a traerme las claves de lectura. En una hora. De lo contrario voy a aniquilar esta ciudad, Jack, vas a ver ríos de sangre cayendo al Sena - el tono de voz de Carter ha subido una octava y las palabras salen de su boca escupidas con furia -. La matanza de Saiga-Shu no va a ser nada comparado con el número de muertes que van a pesar sobre tu conciencia al final del día de hoy, pequeño pedazo de mierda. Vas a obedecerme, Jack, como el sirviente que eres. El hijo de la cocinera de Saiga-Shu, ¿no es verdad? - Carter hace una pausa -. Una hora, Jack. Llámame. Si es que sigues vivo.

La línea se corta.

Jack acelera, lanzándose entre dos autobuses detenidos, los extremos del manillar lanzando chispas al rozar contra la chapa blanca y turquesa.

Cuando sale del pasillo creado por los dos autobuses, se pone de pie sobre los reposapiés de la moto, escaseando el tráfico en busca de la Berlina.

La identifica cien metros por delante, zigzagueando violentamente entre los coches que llenan la Avenida Charles de Gaulle.

- ¡Claire, hay una segunda bomba! - grita para hacerse oír por encima del viento y el estruendo de alarmas que la explosión ha desatado.

- ¿Dónde? - pregunta Claire.

- No lo sé.

- Necesitamos esa información, Jack.

- Estoy en ello - responde Jack -. Conociendo a Carter serán puntos concurridos. Turísticos.

- Genial, porque París sólo tiene uno de esos.

En ese momento Jack ve algo más, algo que hace que sus antebrazos se tensen: dos motoristas, a bordo de sendas BMW S1000, vuelan a su encuentro en dirección contraria al tráfico, esquivando a toda velocidad la veintena de coches que los separan de Jack. Ambos pilotos llevan cascos negros y una cinta cruzada sobre el pecho de la que cuelga un subfusil de asalto. Enganchado al muslo, ambos llevaban el estuche de una pistola semiautomática.

- Claire, tengo compañía.

- ¿Cuántos?

Los motoristas se acercan por segundos. Uno por su izquierda, otro por su derecha. Cuando están a cincuenta metros de Jack, ambos sueltan la mano izquierda del manillar y la lanzan a la espalda para coger el subfusil.

Jack se inclina sobre el manillar de la moto. Su rostro pura piedra. Recalculando. Los coches

y autobuses que tiene delante son ahora las piezas de una partida de ajedrez que va a jugarse a toda velocidad. Y Jack tarda menos de un segundo en decidir su siguiente movimiento.

Ahora.

Con una violenta sacudida escora la moto cuarenta y cinco grados. Siente el asfalto, caliente y letal, rozando su rodilla derecha. Logra su objetivo - colarse entre dos taxis por milímetros y atravesar dos carriles en un segundo, situándose en el extremo derecho de la avenida. Ahora ambos atacantes quedan a su izquierda.

Acelera hasta situarse en el lado derecho de una camioneta de reparto de un supermercado.

La enorme caja de la camioneta le impide ver el resto de la avenida, pero afortunadamente no necesita visibilidad.

Sabe que en ese mismo momento uno de los motoristas cruza por el carril contiguo, a apenas cuatro metros de él. Los separa sólo la camioneta de reparto. Y sabe, también, que abrirá fuego contra él.

Jack lanza el brazo izquierdo a la parte trasera de su pantalón y agarra la pistola que le arrebató al agente de policía. Su mano derecha suelta el acelerador y cruza el manillar, hasta agarrar la maneta izquierda.

Puede sentir la desaceleración, pero la inercia aún mueve la moto a cien kilómetros por hora. Levanta la pierna derecha y la cruza sobre el asiento, dejando que deslice por el flanco izquierdo de la moto, hasta descansar sobre el reposapiés izquierdo.

Y entonces se acuclilla.

El brazo derecho extendido, la mano derecha controlando la maneta izquierda de la moto. El pie derecho apoyado sobre el reposapiés izquierdo, la rodilla flexionada, con la pierna izquierda completamente extendida al frente, tratando de no rozar el asfalto. Deja caer el tronco hacia el asfalto, al mismo tiempo que impulsaba la moto hacia la derecha para hacer contrapeso.

En ese mismo momento una ráfaga de balas atraviesa con furia infernal la caja de la camioneta, creando una línea perfecta de puntos en la carrocería. Las balas pasan a centímetros del asiento de la moto, yendo a clavarse en las paredes de los edificios de la calle.

Colgado de la moto, a escasos centímetros del suelo, la cabeza de Jack queda por debajo de la caja de la camioneta. Alarga el brazo izquierdo y dispara cuatro veces por debajo de la camioneta.

Al otro lado, los dos neumáticos del motorista estallan con un estruendo ensordecedor. Jack ve ambos neumáticos dar unos latigazos descontrolados en mitad de una lluvia de chispazos, antes de que la moto dé una vuelta de campana sobre sí misma y lance al piloto por los aires, directamente bajo las ruedas de un camión hormigonera.

Jack se impulsa hacia arriba con la piernas derecha y un instante después está de nuevo sobre el asiento de la moto. Su mano derecha recupera el agarre del acelerador y lo gira a fondo.

El viento abofeteaba su cara sin piedad, hasta el punto de que le cuesta mantener los ojos abiertos. Por el retrovisor ve al segundo motorista, que gira ciento ochenta grados y lanza la BMW en su dirección.

Jack tiene ahora dos problemas. Uno, sabe que la BMW S1000 es considerablemente más potente que su Honda de patrulla de apenas 400cc. El matón lo habrá alcanzado en unos pocos segundos. Su segundo problema es que, además, su perseguidor lleva considerablemente más artillería que él.

A DIEZ CALLES DE DISTANCIA, en una estrecha tienda con el letrero "DeVilliers Libros Antiguos", el librero Maurice DeVilliers devuelve un ejemplar de *El Cantar de Rolando* a su lugar correcto en la estantería.

Consulta su reloj. Casi la hora de comer y ni un cliente en toda la mañana.

A sus sesenta años DeVilliers comienza a fantasear con la idea de retirarse. Y la ciudad de París, con sus dos millones de habitantes palpablemente desinteresados en los libros antiguos - DeVilliers sospechaba que también en los nuevos -, parece decidida a acelerar el proceso.

Sonríe para sí mismo. Todo eso no son más que fantasías, claro. Al fin y al cabo su retiro no depende de él. Su trabajo - su trabajo *real* - es demasiado importante como para retirarse ahora.

Para DeVilliers es un motivo de orgullo personal saber que la suya es la relación agente - oficial de inteligencia más duradera de la historia de la SVR. Pero eso no cambia el hecho de que la SVR jamás pondría en peligro la continuidad de su activo más valioso en Europa occidental.

No, DeVilliers sabe que mientras Coloso continúe plantado en la CSGE, no dejará el servicio activo. Moscú no lo permitirá.

La campanilla de la puerta lo saca de sus ensoñaciones. El librero se sacude una mota de polvo del pantalón y se gira, mostrando su sonrisa más afable.

La cual se le hiela en la cara.

Porque el hombre que acaba de entrar en su tienda no es un cliente, sino una aparición. Un fantasma del pasado que apura su vaso de papel, aún humeante, y lo deja sobre una pila de libros encuadernados en piel.

Apenas una decena de personas lo han visto en persona desde su precipitada salida del MI6 XXTRES años atrás. Muchos piensan que está muerto. Scott Callahan se desvaneció en el aire - algo que los viejos veteranos como él saben bien cómo hacer -, hasta que no quedó de él más que el nebuloso recuerdo de un oficial de inteligencia valiente y leal, torturado por sus propios demonios y por un puñado de teorías conspiradoras en las que terminó creyendo.

DeVilliers lo observa unos segundos. Reconponiéndose. La mano que tiene apoyada en la estantería le ayuda a mantener el equilibrio.

- ¿Puedo ayudarle? - consigue musitar.

- Definitivamente - responde Callahan -. Estoy interesado en libros zoología. En concreto, topos.

DeVilliers traga saliva.

- No vendemos libros de ciencias.

- No he dicho que quiera comprar - en la cara de Callahan se pinta una sonrisa lobuna - Quiero cazar.

Sin molestarse en sacar las manos de los bolsillos de la gabardina, da dos pasos hacia el viejo librero.

- Quizás sabes quien soy, quizás no lo sabes. Lo que importa es que hasta hace dos días yo creía que Coloso era una leyenda. Ahora, sin embargo... ahora sé que existe. Y si Coloso es real, lleva plantado más de diez años. Y he pensado... ¿Cuántos controladores ha mantenido la SVR estacionados en París ininterrumpidamente durante casi dos décadas?

Los dos hombres se miran en silencio.

- Me temo que no sé de qué habla - dice finalmente el librero -. Si no busca libros,

francamente no veo en qué puedo...

- DeVilliers - lo calla Callahan -. Puede que tú seas el enlace de Coloso, puede que no lo seas. Quiero que llames a tus amos y transmitas lo siguiente: Carter tiene el archivo de Helsinki, pero yo... yo tengo las claves de descifrado. Y cuando cace a Carter y tenga las dos piezas del puzzle... - se acerca al librero y sus caras quedan ahora a centímetros - tú y tu marioneta vais a celebrar vuestras bodas de plata en la prisión de Sud-Francilien.

Y sin más, el fantasma gira sobre sí mismo y abandona la librería.

Cuando el librero afloja la presión de su mano sobre la estantería, siente cómo la sangre vuelve a fluir por ella. La máscara de afabilidad de su rostro ha caído, y sólo queda un rictus de consternación.

No puede evitar pensar en el mensaje que Coloso envió la noche anterior: "*Situación en Helsinki bajo control*".

Pues bien, viejo amigo - piensa el librero mientras se pone el abrigo y se cala su vieja gorra de lana -, *permíteme que lo dude*.

En todo París sólo otra persona conoce la identidad de Coloso. Trabajaba en la embajada rusa en París, y DeVilliers necesita una conversación con ella. Una conversación que no puede tener por teléfono.

JACK AGACHA LA CABEZA y lo pega al manillar de la Honda en el momento en que llega la primera bala, que pasa silbando sobre él.

Lanza su peso hacia la derecha, tumbando la moto hasta que su rodilla queda a milímetros del asfalto.

Se sitúa frente a un camión de mercancías, que bloquea momentáneamente la línea de tiro de su perseguidor.

Escanea los quinientos metros que tiene por delante. El tráfico es ligero, lo que significa que Jack será un blanco fácil.

Mira a la derecha, pero todo lo que hay es una caída de doce metros hasta el paseo al borde del río; aunque lograra sobrevivir la caída, abajo le espera un pasaje estrecho en el que estará completamente vendido.

A su izquierda se alza un enorme edificio de piedra y cristal. Majestuoso, interminable, con un gigantesco reloj de agujas en la fachada. Una enorme escalera de piedra se eleva hasta la entrada principal, de la que entran y salen docenas de visitantes.

El camión de mercancías que le sirva de pantalla aminora, y Jack sabe que estará al descubierto en pocos segundos. Así que hace lo único que puede hacer.

Pega un latigazo y tumba la moto hacia la izquierda, girando noventa grados. La moto grita y protesta mientras trepa los escalones de piedra, y Jack necesita toda sus fuerzas para mantener la controlada y esquivar decenas de visitantes aterrorizados.

Cuando las escaleras terminan, irrumpe con un bramido furioso en el gigantesco hall de uno de los museos más antiguos de la ciudad.

Detiene la moto, y a su alrededor se hace el silencio. Visitantes, empleados y guardias de seguridad observan la aparición pasmados. Y durante dos segundos nadie habla, y tan sólo se escucha el ronroneo del motor al ratentí en la inmensidad pulida del distribuidor.

Esos son los dos segundos que Jack se permite para analizar el recinto. Sabe bien que no dispone de más.

Gira el acelerador y el rugido de la moto, amplificado en el interior del museo, parece hacer temblar el edificio entero.

Jack cruza la entrada a la sala de exhibición principal dejando atrás una estela azul oscura, el eco de un motor revolucionado y un fuerte olor a gasolina. Y los rostros desencajados de cientos de turistas, cuyas bocas vuelven a abrirse con incredulidad cuando diez segundos más tarde una segunda moto, esta vez negra, irrumpe en el distribuidor esquivando por milímetros una pareja que trata de salir a la carrera.

Durante unos segundos, la moto negra desliza sobre el suelo de mármol, antes de que el piloto recupere el control y la detenga, girando la cabeza en todas direcciones.

La multitud enloquece cuando el motorista saca su pistola del estuche enganchado a su muslo, le quita el seguro y lanza la moto hacia la sala principal.

En el distribuidor que acababa de dejar, cientos de personas rompen a gritar y corren en dirección a la puerta.

La sala principal del museo tiene casi doscientos metros de largo. Jack lanza la moto a cincuenta kilómetros por hora, todos sus sentidos concentrados en adelantarse a los movimientos

de los turistas que tratan de apartarse de su camino. Y también, por supuesto, en evitar chocar contra los innumerables pedestales de escultura distribuidos a lo largo de la sala.

No puede frenar. Necesita mantener la ventaja que tiene, es su única opción.

¿Cómo vences a un enemigo más fuerte y veloz?

La pregunta se la habían hecho a Jack muchos, muchos años atrás, en MONASTERIO, y éste había dado la respuesta correcta. Sin pensarlo. Había dado la respuesta de un guerrero. La respuesta de un niño.

Jack sabe cómo ganar esta partida. Pero necesita - desesperadamente - los escasos segundos de ventaja con que cuenta.

El motorista irrumpe en la sala de exposición con un violento derrape, dejando una estela de goma negra sobre el suelo impoluto.

Escucha el sonido de un motor alejándose. Le lleva menos de un segundo localizar las marcas de neumático de Jack ha dejado sobre el mármol. Baja la cabeza, da gas y avanza zigzagueando entre esculturas.

Doscientos metros más adelante clava los frenos a fondo. Las ruedas deslizan sobre el suelo bruñido, deteniéndolo a escasos de unas escaleras de piedra negra.

El motorista levanta la vista.

Los treinta escalones de piedra negra conducen a una plataforma elevada desde la cual los visitantes pueden admirar el interior del gigantesco reloj que corona la fachada del museo.

Desde donde está detenido, al pie de la escalera, el motorista no puede ver lo alto de la plataforma. Apenas puede reconocer la parte superior de la gigantesca esfera de cristal y metal de doscientos años de antigüedad.

Escucha.

El silencio parece haberse apoderado del interior del museo. Sólo se oye el suave ronroneo de dos motores al ralentí.

Y de pronto las paredes de piedra y cristal tiemblan con el rugido de un motor acelerando y el estruendo de cien kilos de cristal estallando en mil pedazos.

El motorista maldice y baja el pedal de cambio, metiendo primera y lanzando la moto escaleras arriba.

Imposible - piensa.

En lo alto de la plataforma, detiene la moto. La pone en punto muerto descende de ella, dejándola encendida. Corre hacia el reloj.

El viento irrumpe con fuerza en la plataforma. La esfera de cristal, de ocho metros de diámetro, ha desaparecido, hecha añicos al ser atravesada por una Honda de cuatrocientos centímetros cúbicos.

El motorista saca su arma y se asoma al vacío. Veinte metros más abajo, en el asfalto, distingue los restos destrozados de la moto, casi enterrados bajo kilos y kilos de cristal y metal. Un charco de líquido negro se extiende lentamente a su alrededor.

Pero ni rastro del piloto. Porque en la calle no hay coches alejándose. Ni transeúntes. De hecho, el único movimiento que reconoce está pasando la calle, en el río, donde una zodiac fuera borda está deteniéndose junto a un pequeño embarcadero para desembarcar a un grupo de turistas.

Y es entonces cuando lo escucha.

A su espalda.

El ligerísimo *clack* del pedal de cambio de la moto al moverse hacia abajo, seguido del estruendo de un acelerón salvaje.

El motorista se gira justo a tiempo de ver su BMW, sin conductor, lanzándose contra él. Se

tira al suelo y evita por milímetros que la moto lo arroye y se lo lleve consigo al vacío. La BMW sale por el agujero en el reloj, vuela unos segundos sin control y finalmente revienta contra el asfalto. Comienza a arder.

Y cuando el motorista trata de incorporarse, ya es demasiado tarde.

Jack está en el aire, cayendo sobre él. Sincroniza dos movimientos, lanzando el puño izquierdo contra su plexo solar en el mismo momento en que aterriza con todo su peso sobre sus rodillas.

Ambos escuchan el crujido.

El matón se dobla en dos, en un confuso estertor de dolor y ahogo. Jack aprovecha para arrancarle el casco. Lanza el brazo hacia atrás, como queriendo tirar el casco. Pero en el último segundo parece pensárselo mejor, y el casco vuelve por donde ha venido, a estamparse directamente en la cabeza del motorista, que recibe el salvaje impacto cuando está aún boqueando, tratando de llenar los pulmones. El casco vuela y regresa una, dos, tres veces.

Jack escucha el crujido de la nariz. El motorista probablemente no.

Se limita a escupir un chorro de sangre con cada impacto. Mueve los brazos desesperadamente, tratando de aferrar la pistola que ha dejado caer cuando la moto se le echó encima.

Pero el arma está a metros de distancia.

Jack acerca su rostro a centímetros de la del matón.

- ¿Dónde está la bomba? - le ruge en la cara.

Jack ha venido a negociar. Necesita encontrar la bomba, y necesita encontrar a Carter. Ambas son necesidades fundamentales en su cabeza. Así que necesita una respuesta rápida. E inequívoca.

Saca su pistola y apunta al motorista.

- Tres balas - dice, mirándole a los ojos.

Éste esboza una media sonrisa sanguinolenta.

- Boy scout - musita -. No vas a matarme.

- No, no voy a hacerlo...

Posa el cañón sobre el muslo del motorista.

-... y eso es lo que debería preocuparte.

Espera dos segundos y aprieta el gatillo. El hombre se convulsiona sobre sí mismo con un aullido de dolor.

Jack ruge ahora como un león enjaulado, su cara a centímetros de la del motorista.

- ¡Primera bala fuera!

Mueve el cañón del arma a la entrepierna del motorista. Aprieta con saña.

- ¿Vamos a por la segunda?

49

A DOS KILÓMETROS de allí, Liz Carter abre una puerta de metal y sale a la azotea de la torre TGI, uno de los edificios más altos de la ciudad.

La recibe una fortísima corriente de aire impactando contra su cara. Y no es el viento París - al fin y al cabo están a apenas ciento sesenta metros del suelo -, sino las aspas de un helicóptero de combate Boeing Apache rotando a más de cien revoluciones por minuto. Un gigante de metal con suficientes armas pesadas como para reducir a escombros un *arrondissement* entero.

El piloto corre hasta Carter y le entrega un casco con auriculares y micrófono. Espera a que Carter se lo haya colocado para hablar.

- Las dos motos han caído - dice -. El americano aún tiene las claves.

Mientras sube de un salto al asiento delantero de la carlinga, Carter siente un momentáneo temblor en el ojo.

- Despliega el vehículo - ordena -. El objetivo es Bale. Una vez su perro esté neutralizado, Callahan hará exactamente lo que yo diga.

El piloto cierra la carlinga y el Apache comienza a separarse del suelo.

- Recibido. ¿Y nuestra ruta?

Carter aferra con fuerza los mandos que controlaban 1200 rondas de munición, cuatro misiles tierra-aire Stinger, una batería de cohetes de 70mm y dieciséis misiles Hellfire.

- La misma. Vamos a neutralizar a Bale. Aunque tengamos tirar abajo esta maldita ciudad.

50

EN UNA DE LAS AMPLIAS AVENIDAS del Arrondissement 15, un camión de mudanza de la empresa *Byron International Relocations* ocupa seis plazas de aparcamiento.

Lleva allí cinco horas, y a más de uno de los comerciantes cercanos comienza a intrigarle la ausencia de actividad alrededor del vehículo.

A las 13:42, los vecinos y comerciantes de la calle perciben algo de movimiento. No alrededor del camión, sino en el *interior*. La calle, particularmente en calma a la hora del almuerzo, se llena con un estruendo ahogado proveniente de la caja del camión, que ahora tiembla visiblemente.

Y entonces el portón trasero cae al suelo con un estruendo metálico, y un vehículo militar 4x4 blindado descendiendo a la calle. Un Humvee en cuya parte trasera se ha montado una enorme ametralladora pesada Browning M2.

El vehículo se lanza calle abajo. En busca de la última localización conocida de los dos motoristas que han fracasado en su intento por neutralizar a Jack Bale.

51

- ¡¿LA BOMBA ESTÁ DÓNDE?!

Claire Oxham se detiene en seco. No puede creer lo que acababa de escuchar. De todas las localizaciones, esa es una de las más crueles.

- *Louvre. Patio exterior* - repite Jack a través del intercom.

- Hay cientos de personas haciendo cola en ese patio, Jack. Y otras tantas en el piso inferior esperando a entrar en el museo. El cráter probablemente dañe los cimientos y tumbe los tres edif...

- *Claire, no necesito una predicción de daños. La bomba está activada. Detonación en veintiséis minutos. Necesito que vayas al museo. Desactiva esa bomba o vacía el museo.*

O por qué no ambas, piensa Claire. Echa a correr a toda la velocidad a la que le permiten sus piernas. Si se fuerza puede llegar al Louvre en nueve minutos.

- En ruta - responde con la respiración entrecortada -. ¿Te veo allí?

- *Voy a retrasarme un poco.*

Claire frunce el ceño.

- ¿Tienes algo más importante que esto?

Hay un pequeño silencio, y la voz de Jack llega con un tinte de preocupación poco habitual.

- *Ya que preguntas, dos vehículos aproximándose.*

- ¿Y qué? Dispara a las ruedas.

- *Negativo. El primero no tiene, y el otro tiene neumáticos antibalas.*

Claire sacude la cabeza. Es endiabladamente difícil correr a toda velocidad mientras mantiene una conversación.

- ¿De qué estás hablando?

- *De un Humvee con artillería pesada y de un Apache de combate cargado con lo que creo que son misiles Hellfire.*

- ¡¿Qué demon...?! ¿Y qué buscan?

Hay otro silencio, y Claire puede escuchar el rotor de un helicóptero a través del intercom.

- *Creo que a mí.*

FRENTE AL MUSEO, Jack calcula cuánto tiempo tiene.

Concluye que no mucho.

Por el este, el vehículo armado se abre paso sin piedad por la Quai Voltaire, usando su tonelaje y ciento sesenta caballos para quitar de en medio a los coches que no se apartan a tiempo.

Por el norte, la silueta de un helicóptero de combate Apache, recortada contra el cielo gris, aumenta de tamaño por segundos.

Su primer instinto es alejarse del río, correr hacia el interior de la ciudad, desaparecer entre los edificios. Pero se contiene. Sabe que Carter volará por los aires media ciudad hasta conseguir que su presa vuelva a aflorar a la superficie.

No, necesita otra idea. Una que minimice las víctimas colaterales.

El río.

Cruza la calle y baja de tres en tres los escalones de piedra que descienden hasta la margen del Sena.

Al final de un estrecho embarcadero, una lancha zodiac de diez metros de eslora se balancea plácidamente mientras seis turistas, vistiendo chalecos salvavidas rojos, descienden riendo.

Jack tarda dos segundos en llegar a la lancha, sus zancadas haciendo temblar la endeble plataforma. Ante la perpleja mirada de los turistas, Jack salta a la lancha y apunta con su arma al capitán.

- ¡Fuera, rápido!

El capitán no se lo piensa. En dos zancadas ha saltado a la plataforma y corre hacia tierra, siguiendo a sus aterrorizados clientes.

Sin esperar un segundo, Jack empuja la palanca de control hacia delante. A fondo.

A su espalda escucha el rugido de los dos motores fuera borda de trescientos caballos despertando bajo el agua, levantando un géiser de agua. Un segundo después siente un torrente de energía tirando de él hacia detrás. La lancha sale disparada, encabritada, con el morro levantado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, lanzada río abajo a 60 nudos por hora.

Jack se repone del primer tirón de la inercia y agarra el volante con fuerza. Lo gira a fondo, escorando la lancha hacia la derecha, trazando un ángulo recto que deja una vibrante estela de espuma blanca tras de sí.

Y entonces las cosas empiezan a complicarse.

El primer cohete impacta en el agua a apenas dos metros de la lancha. El río explota por dentro y una gigantesca columna de agua levanta la lancha en el aire. Jack se siente en el aire durante dos segundos, antes de aterrizar de lado sobre el agua encabritada. Lanza el volante a la izquierda y echa su peso sobre el volante, sintiendo el azote de toneladas agua y espuma en su cara.

Con la lancha peligrosamente escorada hacia la izquierda, Jack queda casi en paralelo a la quilla. Tras unos segundos de indecisión, la lancha termina por caer sobre su quilla y los dos motores fuera borda lanzan la embarcación de nuevo rumbo al este.

Jack levanta la cabeza. Tiene el Apache cuarenta metros por encima, girando sobre sí mismo para corregir su posición y asegurarse de que el segundo cohete no falle. Sus enormes aspas agitan el agua alrededor de la lancha, forzándola a avanzar a saltos.

Jack se quita el agua de los ojos. Tres puentes más allá intuye la silueta de la catedral de Notre Damme.

Gira la cabeza, y lo que ve lo intranquiliza a aún más. El Humvee ha bajado las escaleras de piedra y avanza a toda velocidad por el paseo lateral del río, en paralelo a la lancha. Uno de los hombres de Carter asoma la cabeza por la trampilla del techo y se coloca a los mandos de la enorme ametralladora Browning: un arma de media distancia capa de escupir, en un sólo segundo, diez balas de calibre 12.7 capaces de traspasar la cobertura blindada de un tanque. Una lancha de goma y fibra de carbono quedará, literalmente, pulverizada.

Jack vira súbitamente hacia la orilla norte. En el punto que acababa de abandonar impacta un cohete Hellfire que levanta una columna de agua de ocho metros de altura.

El estruendo es ensordecedor. Jack siente el agua bajo la lancha desgarrarse en todas direcciones. Una gigantesca ola de agua sucia impacta contra su cuerpo con la fuerza de un tren de mercancías y Jack necesita de cada uno de sus músculos para permanecer agarrado al volante de la lancha.

Sin esperar un segundo, gira el timón en sentido contrario.

A escasos metros de él, dos cohetes estallan contra el fondo del Sena, desatando un gigantesco géiser y un infierno de olas hambrientas. Jack lucha con los mandos de la motora, tratando de mantenerla a flote. Sobre los golpes sin piedad del oleaje escucha un sonido sincopado y metálico - una ráfaga de ametralladora.

Ve con horror cómo el morro de la lancha vuela en mil pedazos, pulverizada por treinta balas atravesándolo como si fuera mantequilla. Jack agacha la cabeza y echa la vista atrás.

El Apache ha ganado altura, y Jack comprende que se está preparando para intentar neutralizarlo con otro misil Hellfire.

Para empeorar las cosas, la lancha está perdiendo velocidad. Cuando Jack gira la cabeza ve que ha perdido uno de los dos motores. Y con el frontal completamente destrozado, decenas de litros de agua están entrando a chorro en la lancha.

- ... NTE...PUEN... ENTE!!

Una voz - la de Harlin, le parece - llega apremiante por el intercomm. Imposible escuchar algo con claridad en mitad del estruendo, pero Jack cree intuir la palabra *puente*.

Levanta la vista hacia la orilla derecha. Un enorme todoterreno de color verde avanza por la calle paralela al río, zigzaguando peligrosamente entre coches y autobuses. Jack distingue la cabeza de Jaszec asomando por la ventanilla, gesticulando frenéticamente. Señalando el puente Neuf, cuyos enormes arcos de piedra Jack puede ver aproximarse a toda velocidad.

Jack vira la lancha violentamente, librándose por centímetros de la nueva ráfaga de balas provenientes del Humvee.

Pasa a centímetros de un barco turístico, una embarcación larga y plana cuya cobertura curva de plástico transparente permite a los turistas, en un día normal, una visión completa del paisaje de París. Hoy, sin embargo, no es un día normal. Hoy lo que los caurenta turistas ven, con pasmo en los ojos, es cómo cómo dos vehículos de combate persiguen una lancha motora medio destrozada que está pasando a centímetros de ellos.

Jack corrige el rumbo para volver a encarar el puente Neuf, preguntándose si podrá saltar de la lancha bajo uno de sus arcos sin que el Humvee o el helicóptero lo vean. Pero la cuestión resulta ser irrelevante porque en ese mismo momento dos misiles Hellfire aúllan en el aire y estallan contra el puente Neuf, reventándolo en mil pedazos que se convierten el río en un campo de piedras y trozos de asfalto.

Gira el volante al tiempo que tira de la palanca de mando hacia él. La lancha se ladea y

desliza sobre las olas durante cuarenta metros hasta quedar, finalmente, detenida.

Frente a Jack, el río Sena está cubierto por una montaña de escombros, desde la orilla norte a la orilla sur. Es imposible seguir avanzando.

Cuando gira la lancha ciento ochenta grados, confirma que está atrapado: treinta metros por delante, el largo barco turístico está detenido en perpendicular al cauce del río. El plástico transparente que lo cubre refleja un helicóptero Apache descendiendo lentamente, saboreando el momento. Un depredador frente a su víctima atrapada.

Jack traga saliva. Atrapado entre toneladas de escombros, un helicóptero de combate y un vehículo militar en el borde del día preparado para acribillarlo. Y para empeorar las cosas, un barco con cuarenta turistas ha ido a detenerse exactamente en mirad del campo de batalla.

El motor de la lancha elige ese preciso momento para apagarse. Jack siente una nueva oleada de adrenalina invadiéndolo. Es un blanco fácil. Y si no logra mover la lancha, el helicóptero abrirá fuego, llevándose por delante a Jack y a los turistas.

Jack acciona el arranque, repetidamente.

Sin éxito.

En la orilla del río, el vehículo armado también lo vigila, detenido. Sin molestarse en abrir fuego. Dejando la diversión a su hermano volador.

Con cada metro que el Apache desciende, el agua se embravece un poco más, agitada por el vendaval que levantaba el poderoso rotor. El monstruo metálico finalmente se detiene a cinco metros del agua, sus toneladas de armamento apuntando hacia la lancha de Jack. Un dragón batiendo sus alas sin prisa, saboreando el desamparo de su presa; respirando pesadamente sobre a él; a punto de escupir una devastadora columna de fuego.

En ese momento algo llama de atención de Jack.

En concreto, un todo terreno.

De color verde.

En el aire.

Las ruedas girando en vacío. La puerta del conductor abierta, balanceándose al viento, porque el conductor ha saltado antes de dejar que el coche se lance al vacío desde el extremo que queda del puente Neuf.

El hombre al mando de la ametralladora del Humvee mira estupefacto cómo los bajos de un 4x4 ocultan el sol y caen a toda velocidad sobre él.

Ambos vehículos explotan en la colisión.

A diez metros de distancia, en el interior de la carlinga del Apache, la súbita bola de fuego dispara un reflejo de protección en el piloto: gira el morro noventa grados y escora el helicóptero hacia el norte, exponiendo la panza de la bestia metálica hacia explosión.

En ese momento, al fin, el motor de la lancha motora vuelve a la vida. Tan pronto Jack siente la vibración bajo sus pies empuja la palanca de control a fondo. La lancha sale disparada hacia adelante, el morro encabritado, apenas la parte trasera tocando el agua.

La lancha llega hasta el barco de turistas con una peligrosa inclinación de cuarenta y cinco grados. El fondo de la lancha hace contacto con la cobertura de plástico y, en lugar de chocar violentamente contra ella, desliza por el cristal curvo como si fuera una rampa de despegue. En el interior del barco, cuarenta turistas observan estupefactos cómo la maltrecha lancha ha usado el barco turístico a modo de rampa de lanzamiento y ha salido volando por el aire, directa hacia el gigantesco helicóptero de combate.

A doce metros sobre el Sena Jack vuela al encuentro del fuselaje del helicóptero. Se impulsa con ambas piernas y queda suspendido en el aire, lanzado hacia el helicóptero escorado.

A sus pies la lancha comienza su trayectoria descendente, de vuelta al río. Con un grito, Jack se estira cuanto puede. Sintiendo en su rostro el azote inclemente de cuatro aspas de siete metros girando a casi trescientas revoluciones por minuto.

Y tras unas milésimas de segundo que le parecen horas, su mano izquierda agarra el asa metálica exterior de la carlinga del piloto.

El dolor es brutal cuando choca contra el metal helado del helicóptero. Su cuerpo entero vibra por dentro, y por un instante cree que su mano no será capaz de mantenerse agarrada al asa.

Pero aguanta. Aferrado a la maneta con furia animal, los nudillos blancos. Su hombro aullando de dolor por la torsión, colgado precariamente del exterior del helicóptero de combate, Jack ha logrado situarse en el único lugar donde las armas del Apache no podrían alcanzarle.

Levanta la vista. El huracán que vomitan las aspas le impide mantener los ojos completamente abiertos. Pero ve lo suficiente como para reconocer la mirada atemorizada del piloto al otro lado del cristal.

La librería de Maurice DeVilliers está en completo silencio. Hace horas que ha colgado el cartel de *Cerrado* en la puerta.

El aire de la trastienda se espesa con cada cigarrillo que apura. No parece importarle. Permanece sentado en la única silla de la trastienda, muy rígido, con la mirada fija en el televisor donde el canal de noticias repite sin descanso las imágenes del caos inexplicable que se ha apoderado de París esa mañana.

El hocico de un ratón asoma por el agujero que ha dejado el listón de parqué que DeVilliers arrancado de cuajo.

Sobre la mesa, frente a él, bañados en los mortecinos rayos de luz que la raída cortina deja pasar, hay seis objetos:

Una pistola.

Una cartera cargada de billetes en tres divisas.

Una maquinilla para cortar el pelo.

Dos pasaportes.

Una nota con instrucciones.

Ni en un millón de años va a dejar a Coloso a merced de una terrorista psicopática o un ex-MI6 con problemas emocionales.

Las instrucciones de la nota detallaban el plan de exfiltración que DeVilliers tiene preparado desde hace años. Todo será tan rápido que las autoridades francesas no sabrán lo que ha pasado hasta mucho más tarde.

Es un plan que el librero esperaba no tener que activar jamás. Pero claro está, Coloso es un activo especial.

Enciende un nuevo cigarrillo, los ojos fijos en la pantalla. La tensión le causa un intenso dolor en la manos. Porque DeVilliers debe tomar una decisión que marcará el resto de sus días.

Sus pupilas se dilatan y su mano, sosteniendo el cigarrillo, queda suspendida a medio camino entre su boca y el cenicero.

Las imágenes del televisor han cambiado.

Nos llega información de... sí, nos llega información de una tercera explosión en el séptimo arrondissement, donde dos coches han volcado y una conductora ha fallecido. Tenemos imágenes del lugar de los hechos...

Las temblorosas imágenes, grabadas por un transeúnte con su teléfono móvil, muestran dos turismos volcados. Ardiendo. Las imágenes llegan acompañadas de una cacofonía de gritos histéricos. El cuerpo de una mujer de pelo clarísimo pelo rubio, muy corto, yace sobre un charco de sangre.

Un hombre pelirrojo de mediana edad, pistola en mano, entra en plano y gira el cuerpo con el pie. A continuación se arrodilla junto al cadáver. Registra los bolsillos de la mujer hasta encontrar lo que busca. La pobre calidad del vídeo no permite distinguir el objeto con claridad, pero el hombre pelirrojo, sin preocuparse por la multitud de curiosos que grita a su alrededor, saca un dispositivo electrónico y lo conecta al objeto que acaba de sacar de los bolsillos de la mujer muerta.

Unos segundos más tarde parece satisfecho y se guarda ambos dispositivos en el bolsillo de su gabardina. Una gabardina que DeVilliers ha visto antes. En su librería, apenas cuatro horas atrás.

El libero cierra los ojos.

Scott Callahan tiene las claves de lectura.

Y es todo cuanto necesita.

El viejo espía apaga la última colilla en el cenicero y envía un mensaje de texto a un número que memorizó años atrás. El mensaje que inicia la operación de exfiltración.

Recoge todos los objetos sobre la mesa y los mete en una raída cartera de cuero. Y tras ponerse su abrigo y calarse la vieja gorra de lana, Maurice DeVilliers, sin más ceremonia, cruza por última vez el umbral de su librería.

En la calle siente la suave brisa parisina acariciar su cara y esboza una media sonrisa. Porque aquel será, después de todo, el día en que Maurice DeVilliers desaparezca.

COMO TODOS LOS DÍAS DEL AÑO, cientos de turistas abarrotan la plaza del museo del Louvre, fotografiando la plaza o haciendo cola entre las dos enormes pirámides de cristal (una convencional, la otra invertida) añadidas al patio del antiguo palacio real en 1989.

Cuando una joven sofocada entra en la plaza corriendo como si le fuera a vida en ello y se detiene a recuperar el aliento, doblaba sobre sí misma, decenas de miradas curiosas se giran hacia ella.

Claire Oxham se incorpora, llenando sus pulmones doloridos con frenéticas bocanadas. Su cuerpo entero arde por dentro. Gotas de sudor caen sobre sus ojos, comprometiendo su visión.

Controla tu respiración.

Seca el sudor de su frente y consulta su reloj.

Quedan ocho minutos para la detonación, y recorrer la plaza consumirá al menos tres. Es, simplemente, una pesadilla táctica. Tiene frente delante, estima, una superficie de cuatro mil metros cuadrados con unas trescientas personas. Y bajo sus pies el distribuidor subterráneo probablemente contenga la misma cantidad de gente.

Piensa. Piensa antes de actuar. La bomba está aquí arriba, escondida a plena vista.

Entre jadeos, recorre la plaza con la mirada. Absorbiéndolo todo. Los cientos de rostros admirando la pirámide y la fachada del museo... las seis fuentes triangulares que rodean la gigantesca pirámide de cristal... la entrada a la taquilla de venta de entradas... la única estatua, una figura ecuestre de Luis XIV... la papelera al pie de la estatua... las farolas alineadas a lo largo del perímetro de la plaza... las decenas de mochilas que sus propietarios han dejado en el suelo mientras esperan que la cola avance... las tres pequeñas pirámides que...

La papelera.

Claire corre hasta ella. La papelera en sí no tiene aspecto sospechoso. Pero es la única papelera en una superficie de aproximadamente cuatro mil metros cuadrados. Claire no sabe nada de diseño urbano, pero en su cabeza la incongruencia ha hecho saltar las alarmas.

Un par de turistas se apartan al verla llegar a la carrera, resollando y con el rostro desencajado. Claire activa la linterna de su teléfono móvil y lo introduce por la ranura de la papelera, tratando de ver el interior. Todo lo que ve es el montón de basura acumulada durante la mañana.

Se arrodilla y golpea el plástico con los nudillos, descendiendo hasta la base. En el tercio inferior la papelera muestra una incisión alrededor de su perímetro, como si la conformaran dos piezas enroscadas. Bajo la incisión, el sonido que devolvían sus golpes se vuelve robusto, macizo, desprovisto de eco.

Incorporándose, agarra lo alto de la papelera con ambas manos y trata de girarla en el sentido contrario a las agujas del reloj.

Tras un par de intentos, siente cómo la pieza superior se mueve con un seco *click*.

Claire inspira. Sus pupilas se dilatan.

Despacio, muy despacio y con extremo cuidado, levanta la pieza unos centímetros. Lo suficiente como para poder retirarla y dejarla a un lado.

Frente a ella queda la base de la papelera, ahora expuesta. Siente un escalofrío trepando por su espalda. Está mirando un entramado de seis bloques de explosivo plástico, dos baterías, decenas de cables, una antena y un detonador.

Diez kilos de Sentex, calcula Claire. Suficientes como para volar la mitad de la plaza. Y la situación de la bomba no es aleatoria. La detonación sepultará a cientos de personas en el exterior y el piso subterráneo; a continuación, el cráter se llevará consigo los pilares maestros de los edificios que circundan la plaza, reduciendo a escombros un tercio del museo más icónico del mundo. Sepultando vivos a miles de visitantes y empleados.

Claire se arrodilla y estudia la bomba. Hasta siete conexiones diferentes salen de los diez ladrillos de explosivo. Entrelazándose entre batería y detonador. Creando una madeja cuyo caos, por supuesto, es intencional. Al menos la mitad de las conexiones son un señuelo, añadidas para detonar la bomba en caso de injerencia.

Claire mira el mecanismo con pasmo. Comprende que le será imposible desactivarla. No sin instrumental, sin un experto y sin tiempo.

Consulta su reloj: seis minutos para detonación.

- Jack, Scott - dice en voz alta -. La bomba están en la plaza del Louvre. Tengo visual del mecanismo. Desactivación imposible. Repito, desactivación *imposible*. Voy a evacuar a los que pueda. Si recibís este mensaje, avisad a los servicios de emergencia. Van a hacer falta.

No recibe respuesta. Claire traga saliva y se incorpora, horrorizada ante lo que tiene que hacer.

Descubre que decenas de turistas miran en su dirección, tratando de comprender qué hace aquella mujer desmontando una papelera.

Y entonces Claire grita con todas sus fuerzas:

- ¡¡Bomba!! ¡Fuera! ¡En dehors!

El efecto no es muy alentador. Los turistas más cercanos, que han visto el interior de la papelera, echan a correr. El grito de *Bomba* se extiende por la plaza como llamas en un monte, y en pocos segundos cientos de personas corren despavoridas hacia los jardines de las Tullerías.

Varias decenas, sin embargo, permanecen quietas, dubitativas, observando la estampida sin reaccionar. Claire suspira. Saca su Glock 9mm y dispara al aire cuatro veces.

Los últimos turistas sales corriendo entre gritos de terror.

- ¡Arrete!

Con la pistola aún apuntando al cielo, Claire se gira.

Dos policías, con el uniforme azul de la gendarmería, apuntan sus armas hacia ella.

- ¡Déposer l'arme!

Claire levanta las manos, pero no suelta el arma.

- ¡Ecoute! - dijo en un francés terrible -. Il y a une bombe ici. Vous devez évacuer le musée. Comprenez? ¡Évacuer le musée!

MANIOBRANDO VIOLENTAMENTE sobre el Sena, el Apache gira a la izquierda y al momento corrige hacia la derecha. Violentamente. Colgado de una mano de la maneta exterior de la cabina, Jack siente el helicóptero alejarse un segundo para inmediatamente volver a su encuentro con furia, dos toneladas de metal golpeando cada uno de sus huesos.

Sus costillas crujen, la piel del pómulo se abre y un chorro de sangre riega el exterior de la carlinga. Jack grita furioso mientras trata de apartar de su mente el dolor, de concentrarse en la mano que lo mantiene sujeto al helicóptero.

No aflojes el puño, por mucho que duela.

El helicóptero gira, poniendo las aspas del rotor casi en perpendicular al río. Jack queda ahora colgando sobre el río, moviendo los pies desesperadamente en vacío. El helicóptero se aleja del río, en dirección a la ciudad.

Quiere asegurarse de que caiga sobre piedra, no agua.

Jack sabe que no aguantará otro impacto. Tiene que ser ahora o nunca.

Con el brazo libre alcanza la parte trasera de su cinturón, rezando porque la Beretta 9mm haya aguantado en su sitio. Reconoce el familiar tacto metálico de la empuñadura y la agarra con fuerza en el mismo momento en que el piloto empieza a mover la palanca de control para escorar el helicóptero hacia el lado contrario.

Colgado precariamente de la mano izquierda, Jack eleva el brazo derecho y pega el cañón de la pistola al cristal. El piloto presiente peligro y gira la cabeza en el mismo momento en que seis balas hacen añicos el cristal de la carlinga, atraviesan su casco y hacen estallar su sien en mil pedazos.

La explosión tiñe de rojo el interior de cabina, como un microondas mal vigilado.

En el asiento delantero Carter ha girado la cabeza. Sus ojos enrojecidos son puro odio animal y grita algo, inaudible bajo el estruendo de la máquina de guerra.

La francesa oprime una serie de botones en la consola de control. Jack sabe que, a pesar de que la posición delantera del Apache está reservada para el artillero, ambos asientos pueden pilotar la nave. Carter tendrá el control en unos segundos.

Jack dispara dos rondas más contra el cristal para ampliar el agujero. En ese mismo momento Carter toma el control y vira a la derecha con furia, lanzando a Jack disparado contra el helicóptero. Por milímetros, Jack logra agarrar la barra superior del bastidor con su mano derecha y usar la inercia del movimiento para catapultarse al interior de la cabina. Tras chocar contra el cristal del lado contrario, cae de bruces sobre el cadáver del piloto.

Está dentro del helicóptero.

La maniobra le ha costado su arma, eso sí. Ha tenido que soltarla para poder lanzarse a la cabina. Por la ventana ve el punto negro alejándose en la distancia.

Jack siente cómo la cabina se sacude en una sucesión de violentos latigazos. Mira hacia el asiento de Carter y comprende que no son intentos por deshacerse de Jack; son intentos por controlar el helicóptero.

Haciendo presión con ambas piernas para evitar salir disparado, Jack gira sobre sí mismo y encara el cadáver ensangrentado. En la angosta cabina ambos quedan a escasos centímetros, tanto que Jack puede sentir el acre olor de la sangre. Desabrocha y retira el cinturón de seguridad, y empuja el peso muerto con todas sus fuerzas, todo su cuerpo aullando de dolor. Hasta que

finalmente logra empujar el peso muerto por el agujero del cristal.

Queda resollando, incapaz de moverse durante unos segundos tras el esfuerzo agónico. Ve el cuerpo del piloto caer al vacío, inerte.

Y también ve algo más.

Cien metros más abajo, una marea de pequeños puntos se mueven con rapidez, alejándose de la plaza que entrada del museo del Louvre cuya estructura, incluso a esa altura, resulta inconfundible.

La siguiente sacudida lo lanza contra el techo, provocándole una nueva oleada de dolor en todo el cuerpo. A punto de desmayarse, se desploma sobre el asiento. Con dedos temblorosos logra enganchar dos de los tres cinturones de seguridad en el medallón central.

Ahora que está asegurado, Jack agarra la palanca de control. Hace años que no pilota un helicóptero. El Apache estaba diseñado para dar prioridad sobre el control al piloto, situado en el asiento trasero, y Jack siente inmediatamente el tirón en su antebrazo. Hace un par de movimientos tentativos para familiarizarse con la sensibilidad. Y entonces mueve la palanca a fondo. Hacia abajo. El helicóptero baja el morro y comienza a descender a toda velocidad.

En el asiento delantero, Carter tira de su palanca, llevada por el pánico. Hasta que comprende que no tiene el control. Levanta la vista, y sus miradas se encuentran en el reflejo del cristal.

La de Jack puro hielo.

La de Carter un volcán de bilis.

El helicóptero continúa descendiendo, los edificios de París aumentando de tamaño a cada segundo. Jack localiza su objetivo y gira la palanca para alinear el aparato.

En el asiento delantero Carter, roja de furia, trata de alcanzar la bolsa de piel negra que ha subido al aparato. Está a sus pies, pero el cinturón de seguridad le impide alcanzarla. Su mano queda a diez centímetros de la bolsa. Empuja con rabia, sin éxito.

Mira por el cristal y ve cómo la ciudad viene a su encuentro a toda velocidad. En un primer momento ha pensado que Jack quiere estrellar el aparato voluntariamente, pero ahora que ve a donde se dirigen, se da cuenta de que el americano está aún más loco de lo que ella podía imaginar.

Con un rugido se libera del cinturón de seguridad y su mano alcanza la bolsa. En el interior está su pistola Magnum Eagle. Se gira ciento ochenta grados, dispuesta a terminar con el americano de una vez por todas.

En el asiento trasero, Jack espera el movimiento. Lanza la palanca de control hacia la derecha, a fondo. El helicóptero se escora violentamente. Carter sale despedida. Sin cinturón de seguridad que la ancle al asiento, su espalda se estampa contra el cristal izquierdo. El disparo retumba en la cabina, incluso por encima del rugido del rotor, y Jack siente un ardor propagarse por todo su hombro. Aun así mantiene firme la palanca, llevando el helicóptero a una vuelta lateral completa.

Cuando están boca abajo, Carter sale despedida contra el cristal. Mientras el helicóptero completa los trescientos sesenta grados la francesa rueda de un punto a otro, rebotando como una pelota descontrolada.

Cuando el Apache recupera la posición de vuelo Jack empuja la palanca hacia adelante, continuando el descenso salvaje. El cambio de orientación lanza a Carter hacia la parte trasera de la carlinga. Un instante después la mujer está literalmente encima de él, y dos manos furiosas se han cerrado sobre su cuello, tratando de asfixiarlo.

El Apache cae en picado. Los tejados del enorme edificio hacia el cual se dirigen son ahora

perfectamente discernibles, y es cuestión de segundos que el helicóptero se estrelle contra el museo más icónico del mundo.

- ¡Vas a matarnos! - grita la francesa.

Hay pánico en sus ojos. Oprime con más fuerza el cuello de Jack, pero éste no cede. Sus manos continúan sobre la palanca de control. Sabe dónde debe aterrizar. Es absolutamente necesario hacerlo allí, aunque eso signifique arriesgar la vida de ambos.

Desesperada, Carter retira una mano de la garganta de Jack, la cierra en un puño y comienza a golpear furiosamente el hombro del americano, allí donde se ha alojado la bala.

Jack grita. Agonizando. Su cuerpo entero haciéndose trizas.

Pero no suelta la palanca.

Está a punto de perder el conocimiento. Sus brazos tiemblan. Cada fibra de su cuerpo le pide usar sus manos para contener a Carter, para detener la oleada de dolor insoportable que sacude su cuerpo como una corriente eléctrica.

Concentra sus últimas energías en calcular la altura a la que se encuentran. Es fundamental medir el movimiento.

Tres...

Dos...

Ahora.

Cuando están a cincuenta metros del suelo, Jack Bale hace dos cosas simultáneamente.

Una, toma el enorme mosquetón que cuelga de su cinturón de seguridad y lo engancha en el chaleco de Carter.

Dos, tira de la palanca de control hacia sí. Con todas sus fuerzas. El Apache levanta el morro, encabritado, listo para lanzarse en trayectoria ascendente.

Pero tal y como espera, la maniobra no llega a completarse. El giro ha comenzado demasiado cerca del suelo. El rotor de cola estalla en pedazos contra la piedra del patio exterior del museo de Louvre, lanzando el helicóptero disparado hacia el fondo de la plaza, dando vueltas sobre sí mismo, envuelto en una lluvia de chispas y pedazos de hélice triturados.

Tras girar sobre sí mismo durante ochenta metros el Apache, reducido al maltrecho fuselaje de la carlinga, impacta contra la gran pirámide. Dejando atrás un océano de llamas en el que arden acero, pólvora y cristal.

A escasos treinta metros, Claire se atreve a levantar la vista. Se ha lanzado al suelo milésimas de segundo antes de que un enorme trozo de hélice cortara el aire a la altura de su garganta. Sin atreverse a ponerse en pie, mira alrededor. Los dos policías también se han tirado a tierra al ver el enorme monstruo de batalla caer sobre ellos. Pálidos y temblorosos, gritan instrucciones histéricas a su radio.

Claire consulta su reloj.

Un minuto para la detonación.

Parte V

MARIE KAPLAN avanza a pie por la rue Declis, poniendo mucho cuidado en mantener al menos cincuenta metros de distancia entre ella y el hombre al que sigue.

- ¿Crees que ha funcionado? - preguntó en voz baja.

- *Está en movimiento, ¿no?* - la voz de Callahan suena en su oído.

Una hora antes el escocés y ella, con la ayuda de Jasper Harlin y una peluca, habían hecho explotar dos coches y grabado un vídeo en el cual Callahan fingía recuperar un pen drive del cadáver de una rubia platino muerta.

- ¿Era necesaria la patada?

- *No pierdas a la marca.*

Marie se detiene unos segundos, fingiendo estudiar el escaparate de un agente inmobiliario. La marca ha aflojado el paso y Marie quiere mantener los cincuenta metros de distancia. En el reflejo puede ver la silueta alejándose por la acera contigua.

- ¿Quién es?

- *Un librero.*

Marie sacude la cabeza. Si los tres mercenarios tienen algo en común, es su dificultad para compartir información.

- Esa no es lo que he preguntado.

Me gusta saber a quién estoy siguiendo y por qué, maldita sea.

Hay un segundo de silencio..

- *Es una niñera de Moscú* - concede Callahan.

Marie retoma el paso sin perder de vista la gorra de lana en la acera contraria.

- ¿El controlador de Coloso?

- *Puede.*

Marie siente un escalofrío en la espalda.

- Y crees que ha activado el protocolo de extracción.

- *Vamos a descubrirlo.*

El librero gira a la derecha y enfila una avenida peatonal empedrada.

Marie maldice. En la intrincadas callejuelas medievales cincuenta metros es una distancia demasiado grande. Necesitará acercarse más si no quiere perderlo. *Merde.* Seguir a una marca en una calle comercial con tráfico rodado en ambos sentidos es una cosa; hacerlo en una avenida peatonal de diez metros de ancho otra bien distinta. Afortunadamente docenas de turistas aún llenan el casco histórico.

- Te conoce, ¿no es así? - susurra Marie - Por eso yo estoy haciendo de punta.

- *Tú le sigues a él, yo te sigo a ti. Dejémoslo ahí.*

Marie se mantiene discretamente pegada a un grupo de turistas. El librero avanzaba en paralelo al forjado metálico que rodea la iglesia de Saint-Severin. Cuando alcanza la entrada de la iglesia lanza una rápida mirada a su espalda y entra.

- Iglesia de Saint Severin - musita Marie.

- *Recibido* - confirma la voz de Callahan.

Cuando Marie cruza la puerta de entrada a la iglesia de Saint Severin, los sonido de la ciudad desaparecen tras ella. El eco de unos pasos lejanos sobrevuela la gigantesca nave de la

iglesia. Marie sigue el sonido.

A esta hora del día, la iglesia está casi vacía. Dos personas rezan en los bancos de la nave principal, y una pareja recorre en silencio los bordes de la iglesia contemplando las vidrieras. Con un inocente vistazo general, Marie comprueba que ninguno de ellos es su marca.

Toma un panfleto de una mesa junto a la entrada. Una guía que explica la historia de la iglesia en seis idiomas. Finge hojearlo mientras avanza por el pasillo derecho, tratando de determinar a dónde ha ido el hombre de la gorra de lana.

Avanza lentamente. Escrutando los bancos, las columnas, cada sombra que las enormes vidrieras proyectan hacia el interior. Puede ver el final de la nave principal. ¿Dónde demonios está su marca? Siente su pulso acelerarse en el silencio de la iglesia. ¿Acaso un librero de sesenta años acaba de darle esquinazo?

- *¿Tienes visual?* - escucha preguntar a Callahan.

Marie no contesta. No puede hacerlo sin delatarse en el silencio de la iglesia, que empieza a resultarle angustioso.

Cuando llega a la altura del altar se gira ciento ochenta grados. Mira al otro lado, hacia la puerta por la que ha entrado. Está segura de que si se hubiera abierto, lo habría escuchado. Y Callahan está apostado en el exterior, así que el librero sigue en la iglesia.

La cuestión es dónde.

Entonces ve un pequeño atril con un letrero escrito en cuatro idiomas que reza:

Claustro de la iglesia de Saint Severin.

Marie sigue la dirección indicada y cruza una pequeña puerta de apenas un metro sesenta de altura.

Al otro lado se abre un claustro inesperadamente amplio. La galería porticada, de dos metros de anchura, la delimitan una sucesión de arcos descansando sobre dobles columnas. El interior del patio lo componen varios árboles bajos y un banco de piedra.

Marie sale al claustro fingiendo leer el folleto. Avanza lentamente por la galería, aparentemente absorta en los bajorrelieves. Haciendo una foto ocasional con su teléfono móvil.

Percibe dos figuras por el rabillo del ojo. Sentadas en el banco de piedra, en el centro del claustro. No se atreve a girar la cabeza y pasa de largo, sin apartar la vista de las estatuas talladas en las paredes. Cuando Marie llega una estatua representando una pareja de ángeles, se retira dos pasos y levanta el teléfono móvil para hacerle una foto.

Aprieta el disparador una, dos, tres veces.

La CSGE provee a sus oficiales de inteligencia con una aplicación de smartphone diseñada para trabajo de campo. Mientras la pantalla muestra el visor de la cámara trasera del teléfono, la aplicación en realidad captura la foto usando la cámara frontal. El resultado es que un operativo puede fotografiar algo situado a sus espaldas sin levantar sospechas.

Sintiendo en sus oídos la presión de su propio pulso, Marie continúa recorriendo el claustro. Abre la galería de fotografías y mira la primera de las tres fotos que acababa de hacer. Dos figuras. Una cartera de cuero a sus pies. Dos rostros, reconocibles. Uno de ellos, familiar.

Marie cierra los ojos un segundo, procesando la información. La inmensidad de la traición.

Continúa recorriendo el claustro. Adjunta las fotos a la aplicación de mensajería que usa para comunicarse con los americanos y aprieta *Enviar*.

Durante unos segundos nada sucede.

Luego, la aplicación lanza un mensaje: *Sin conexión. Conéctese a la red y vuelva a intentarlo.*

Con dedos temblorosos sale de la aplicación y comprueba que en el claustro no hay recepción móvil.

Tendrá que dar la vuelta completa y regresar a la Rue Declis antes de enviar la fotografía.

- *¿Tienes línea visual? Háblame* - repite Callahan por el intercom, su voz cada vez más tensa.

Marie se obliga a avanzar despacio por el claustro. Un pie detrás de otro.

Como si no tuvieras prisa.

Como si cada fibra de su cuerpo no estuviera pidiendo a gritos salir corriendo.

Su mano derecha aferra el móvil con todas sus fuerzas.

Maldita sea, Callahan. Para contestarte necesito salir de esta iglesia viva. Y si Coloso me ha reconocido puede que eso no resulte sencillo.

DOS MINUTOS MÁS TARDE Marie Kaplan sale de la iglesia de Saint Severin, de una pieza.

Aprieta “*Enviar*” en su móvil en el mismo momento en que pasa frente a Callahan, sin hacer contacto visual. Mientras se aleja, la francesa puede distinguir por el rabillo de ojo cómo Callahan consulta su teléfono.

Marie se une a la cola de una heladería a apenas veinte metros de la iglesia. Desde allí tiene un buen visual de la entrada de la Saint Severin.

Su teléfono vibra, y Marie lee el mensaje: *Sigue al librero*.

Marie responde negándose rotundamente. Que le aspen si va a seguir a un conserje de Moscú casi jubilado mientras Callahan desenmascara el mayor traidor que la inteligencia francesa ha tenido en tiempos de paz.

Pero Callahan insiste, aduciendo que DeVilliers no la conoce, mientras que Nodrizza sí.

Y Marie sabe que el inglés tiene razón. Aunque admitirlo le haga hervir la sangre.

Y así, cuando al cabo de unos minutos el hombre de la gorra de lana sale de la iglesia y echa a andar hacia la Rue de Sommerard, Marie Kaplan, tras unos segundos de duda, lo sigue. Maldiciendo entre dientes.

Y durante diez minutos la tarea es pan comido porque el librero, que se ha librado de su cartera de cuero, avanza despacio y sin movimientos bruscos, y ha dejado atrás el casco histórico para adentrarse en las calles más anchas y modernas del barrio de la Sorbone.

Hasta que de pronto Marie gira una esquina y se detiene en seco. Porque frente a ella se extiende una calle completamente vacía.

Y eso le preocupa mucho, porque el raído abrigo de lana de DeVilliers ha girado esa misma esquina segundos antes que ella. Y es físicamente imposible que en ese tiempo haya recorrido los doscientos metros hasta la desembocadura de la rue Saint-Jacques. Y Marie está segura de no haber escuchado ningún vehículo. Y sabe que los libreros, controladores de espías o no, no se evaporan en el aire.

- Parece que nos interesan los mismos rincones de París.

La voz, perfectamente calmada, suena a su espalda. Y llega acompañada de una presión metálica en los músculos lumbares de Marie.

- Y los mismos agentes de inteligencia - replica Marie.

- ¿Cómo te llamas? - pregunta el librero.

La presión sobre la espalda de Marie aumenta.

- ¿Es necesaria el arma? - pregunta la francesa -. Soy un oficial de inteligencia, no tengo autoridad para detenerle.

Marie entrecierra los ojos. A lo lejos escucha los motores de varios coches acercándose. Rápido. Le invade una oleada de alivio, convencida de que el librero esconderá el arma tan pronto los coches pasen junto a ellos.

Cuando vuelve a hablar, la voz del librero se ha transformado en un susurro gélido y venenoso.

- No seas estúpida. Esto no es Berlín en los sesenta. Para los intereses que yo represento no hay entente cordial. Mi única pregunta para ti, *oficial de inteligencia*, es qué gano dejándote vivir.

El corazón de la francesa da un vuelco. Sus pupilas se dilatan. La gelidez de la voz, el

absoluto desapasionamiento, han disparado sus alarmas.

Callahan, maldita sea, este majadero no es un oficial de inteligencia de Moscú. ¿A quién demonios estoy siguiendo?

- Escuche - dice Marie -. Sólo quiero a Coloso El resto de la red no me interesa lo m...

Pero no termina la frase. En ese momento tres enormes todoterreno negros, con cristales tintados, doblan la esquina violentamente, casi derrapando. Clavan los frenos a escasos metros de ellos.

Las puertas se abren y seis hombres, con máscaras en la cara y provistos de chalecos antibalas y fusiles de asalto Ak5, salen en tromba y ocupan posiciones a su alrededor.

Marie conoce el tipo. Por lo general no siente más que desprecio por ex-militares reconvertidos en mercenarios, pero en este caso respira aliviada al verlos.

Callahan ha enviado a un equipo de apoyo, se dice.

Pero su alivio apenas dura unos segundos, el tiempo que tarda en darse cuenta de dos cosas:

La primera, Callahan no tiene su localización.

La segunda, los seis fusiles Ak5 apuntan directamente hacia ella.

Ninguno de los mercenarios dice una palabra. Se limitan a esperar, en formación, fusiles en alto.

Marie está congelada por la sorpresa y la incomprensión. También por el miedo, porque siente la presión en su espalda subir lentamente por su columna vertebral, hasta detenerse en su nuca. Es entonces cuando su cuello empieza a temblar.

Con las primeras lágrimas escapando de sus ojos, Marie mira a los soldados, inmóviles como estatuas, mientras siente la mano del librero buscas en el bolsillo de su cazadora hasta encontrar su cartera.

- ¿Habéis venido suficientes? - dice Marie con un hilo de voz cargado de desprecio.

Cierra los ojos, preparada para su propia ejecución.

- Djevojka živi.

El librero da la orden mientras retira el cañón de la nunca de Marie. Su voz es ahora firme y final; la de alguien acostumbrado a comandar.

Marie conoce pocas palabras en croata, pero las suficientes como para entender la orden.

La chica vive.

En el momento en que el librero da el primer paso la unidad cambia su formación, cubriendo al librero por los cuatro flancos mientras avanza hacia el coche central. Un escudo humano.

Marie permanece paralizada. DeVilliers, que ha tirado la gorra y el abrigo en el suelo, sube al asiento trasero del vehículo central sin dedicarle una mirada. La puerta se cierra y esa es la última vez que Marie Decroix ve al hombre conocido como Maurice DeVilliers.

Segundos más tarde los tres coches desaparecen en dirección al río ante la mirada atónita de la francesa.

Seis perros guardianes. Para una niñera.

No tiene ningún sentido.

Poco a poco, el miedo va dejando paso a la frustración y la rabia.

Callahan, maldito seas. Más vale que puedas explicarme lo que acaba de pasar.

EL OFICIAL DE NOMBRE EN CLAVE COLOSO abandona la iglesia de Saint Severin y se encamina al sur por la rue Saint-Jacques.

La Bolsa de cuero con el dinero y los pasaportes ha cambiado de manos y cuelga ahora del hombro del topo más longevo de la historia del espionaje europeo. De la mano de Coloso cuelgan las llaves del coche que el librero ha preparado para la primera etapa de su fuga.

A pesar de aborrecer el sentimentalismo, ahora que ha llegado el momento de desaparecer, a Coloso le resulta difícil ignorar el nudo que crece en su estómago.

Gira a la derecha por la estrecha Rue des Portes. Una callejuela desierta y en silencio, sin comercios y con una hilera de coches aparcados en el lado derecho.

Le lleva un manto localizar el coche. Un click al botón y el Fiat se desbloquea con un parpadeo de sus focos. Abre la puerta trasera y lanza al interior la bolsa de cuero.

Cuando está a punto de abrir la puerta del conductor se detiene en seco. Porque en la ventanilla del coche ve reflejada la mirada severa y desapasionada Scott Callahan.

Jerome Marchand, director de operaciones del DGSE, tarda un segundo en reaccionar. Finalmente sacude la cabeza lentamente, comprendiendo.

Habla sin moverse, dando la espalda al inglés:

- En quince años este es el primer error que veo cometer a DeVilliers.

Callahan se mantiene a varios pasos de distancia, con su pistola apuntada hacia la espalda del que durante años ha considerado uno de sus escasos amigos.

- Tendréis tiempo de analizarlo en la cárcel.

Desjobert no se mueve un milímetro. Pero emite una risa sorprendida y sincera.

- ¿Crees que vas a detener a Maurice DeVilliers? - el francés sonríe, súbitamente de buen humor -. Tú estás aquí, y Jack está ocupado tirando abajo medio París. Lo que significa que has dejado a DeVilliers a alguno de tus becarios.

- De hecho, uno de tuyos. Suficiente para un librero de sesenta años.

La sonrisa de Jerome se convierte en una risa cargada de desprecio.

- La historia, Scott, está llena de reyes viajando de incógnito.

Callahan entrecierra los ojos. Algo en el tono de Marchand empieza a no gustarle.

- Enséñame tus manos - dice -. Y date la vuelta.

- El hombre que tú conoces como DeVilliers - continúa Marchand, fingiendo no escucharle - no es un hombre que puedas subestimar. Para ti es una niñera Moscú. Pero ¿y si fuera mucho más, Scott? ¿Y si fuera una Sombra que ve?

Las alarmas en la cabeza de Callahan empiezan a dispararse una detrás de otra.

- Jerome, necesito verte las manos. Ahora.

- Sabes, durante un tiempo pensamos que podríamos convencerte para unirme a nosotros.

- Jerome, no me obligues a disparar.

El francés ignora la advertencia y continúa hablando.

- Sabes mucho sobre nosotros, al fin y al cabo. Pero concluimos que tu moralidad lo hacía imposible. A pesar de lo cual DeVilliers insistió en que me mantuviera cerca de ti. Para él, tenerte vigilado era una prioridad.

Las pupilas de Callahan se dilatan. Entrecierra los ojos, sin responder.

- Llevas años tan cerca que no nos viste venir. Scott Callahan, perdido en un laberinto de

Sombras.

Callahan siente su garganta secarse. Su mano tiembla una milésima de segundo, su cabeza castigada por un aluvión de preguntas impactando simultáneamente.

Y entonces sucede.

En un primer momento Callahan no comprende de dónde viene el disparo. Necesita un segundo - lo que tarda en caer al suelo de rodillas - para comprender.

Marchand se ha negado a girarse.

El francés ha sostenido su pistola en todo momento. Y deslizado el cañón entre su brazo y costado. Y disparado inmediatamente después de tocar el nervio que sabía que desconcentraría a Callahan.

Marchand se gira y con absoluta frialdad dispara una segunda bala contra el pecho del hombre arrodillado frente a él.

El inglés cae de espaldas sobre el asfalto. Su pistola ha caído de sus manos y rodado un par de metros.

Tras guardar el arma en el bolsillo de su cazadora y comprobar que la calle sigue desierta, Marchand abre la puerta del coche. Introduce la llave en el contacto y está a punto de girarla, cuando algo le detiene.

Callahan se arrastra boca abajo sobre la calzada. Avanza centímetro a centímetro, agónicamente, sobre su propia sangre, en un intento desesperado por alcanzar su arma.

Patético, piensa Marchand. A aquella velocidad tardará medio minuto en alcanzar el arma.

El francés considera sus opciones. Le quedan balas, pero prefiere reservarlas por si se topaba con más sorpresas. Aplastarlo bajo el peso del coche es lo más rápido y expeditivo. Dos pasadas rápidas y podrá olvidarse del inglés para siempre. Sí, ese es la mejor opción.

Gira la llave de contacto.

Y cuando Callahan cree que no puede experimentar más dolor, siente cómo una brutal onda expansiva lo levanta del suelo y lo propulsa hacia la acera contraria. Sin clemencia ni control. Un muñeco de trapo ensangrentado. Para cuando choca contra un contenedor de basura ya ha perdido el conocimiento.

A su alrededor comienza una lluvia de debris de metal y cristal humeantes. Un intenso olor a destrucción se extiende por toda la calle. Y donde segundos antes estaba el coche de Jerome Marchand, nombre el clave Coloso, sólo queda un esqueleto metálico en llamas.

DEL HELICÓPTERO APACHE apenas queda la carlinga. El resto ha explotado en el choque o salido disparado mientras cruzaba rodando la plaza a doscientos kilómetros por hora e iba a empotrarse, convertido en un enorme amasijo de metal y fuego, contra la gran pirámide del museo del Louvre.

La cara oeste de la pirámide ha estallado en una confusa tormenta de cristales.

Cuando el último trozo de vidrio rebota contra el suelo, la plaza queda en un silencio casi absoluto, sólo interrumpido por el crepitar de las llamas que el Apache ha dejado a su paso a medida que se desintegraba.

Claire Oxham se pone en pie y observa la devastación a su alrededor. Los gendarmes han perdido interés en ella y corren hacia el interior del museo. Claire consulta su reloj.

Detonación en cincuenta segundos.

Sorteando humeantes trozos de fuselaje, avanza hacia los restos de la carlinga. Apenas ha dado tres pasos cuando la bola de metal y plástico en que se ha convertido la carlinga parece cobrar vida, acometida por un pulso regular.

Pero no es un pulso. Son las sacudidas débiles y desesperadas de alguien luchando por salir.

Un segundo más tarde Claire ve dos figuras arrastrarse fuera de la carlinga. Reptan unos metros por el suelo en dirección contraria. Jack Bale es el primero en tratar de incorporarse. Exhausto y aún confundido por el impacto, todo cuanto logra es ponerse de rodillas. Liz Carter apoya la espalda sobre la base de la pirámide y permanece sentada.

Ambos se miran unos segundos, resollando.

- ¿Lista para volar por los aires? - dice Jack escupiendo sangre.

En el rostro de Carter se pinta una sonrisa torcida.

- Puedo detener la bomba - habla con dificultad - A cambio de la clave de lectura.

Clair llega corriendo y se arrodilla junto a Jack.

- Treinta segundos - dice.

- Seréis la pareja del mes - continúa Carter -. Los héroes salvaron el museo el Louvre.

Jack ríe entre dientes, el movimiento enviando una nueva oleada de dolor a su pecho. Niega con la cabeza.

Claire saca su teléfono móvil. Lo lanza deslizando por el suelo hasta los pies de Carter.

- Hora de decidir, Carter - dice -. Tienes treinta. Vivir. O volar en pedazos.

Carter aprieta sus dientes ensangrentados. Los ojos inyectados en sangre, luchando por mantener el control.

- Patéticos boy scouts. Entre los tres tenemos información que vale *millones* de dólares.

- Coloso no es tan valioso - replica Claire.

Carter levanta las manos, exasperada.

- Coloso es sólo un hilo del que tirar. Es un topo plantado hace años, sí, pero no responde a Moscú ni a París. Su lealtad es hacia otra organización, infinitamente más poderosa que cualquier gobierno. *Esa* información vale cientos de millones. Necesitamos averiguar quién es Coloso.

Claire mantiene los ojos clavados en Carter.

- Nosotros ya sabemos quién es - responde -. El pen drive de Helsinki es irrelevante.

- Mientes. Es un farol - replica Carter.

Claire se encoge de hombros.

- No tienes nada, Carter.

Incluso alguien tan enfermo y cruel como Carter puede distinguir dos cosas en la mirada de Claire: honestidad y determinación.

- ¿Quién es? - explota la francesa, su voz convertida en un chillido histérico -. ¡¿Quién?!
¡Debes decírmelo!

Claire señala el teléfono móvil que descansa a los pies de la francesa. Su mirada pura roca.

- Vivir. O volar en pedazos - repite.

Epílogo

MONTES APENINOS

JACK BALE mira alrededor, alerta. Escaneando las sombras. Sus ojos expertos buscando cualquier perturbación en la distancia, por ligera que fuera.

No ve nada y eso le tranquiliza.

Relaja la mano que agarra la barandilla del porche. Una hora para la caída del sol, calcula. A su alrededor, hasta donde alcanza a ver, se extienden kilómetros de lomas y colinas verdes. Ni una casa. Ni un alma. Están completamente solos.

Jack se ha rapado el pelo al cero y dejado crecer la barba varios centímetros. El cambio hará poco por desconcertar a un posible perseguidor, pero parece una precaución razonable. En el mundo de Jack, dos segundos de duda pueden marcar la diferencia entre morir o vivir para contarlo.

A pesar de llevar dos semanas en la casa sin incidentes, Jack está muy lejos de sentirse seguro. Sabe que no pueden relajarse, y que pronto tendrán que moverse. Sus enemigos son demasiado poderosos como para permanecer estáticos más de unas pocas semanas.

Afortunadamente el estado de Callahan mejora cada día. Una semana más, calcula Jack, y el inglés tendrá fuerzas para caminar y valerse por sí mismo.

La madera del suelo cruje a su espalda. Claire se acerca y deja dos bandejas sobre la mesa. Una con tres tazas de té, la otra con dos platos de comida.

Su pelo también ha cambiado, y es ahora un rubio pálido de apenas unos pocos centímetros de largo. Le tiende a Jack una de las tazas, una infusión de hojas de menta, rodajas de limón y jengibre.

Éste gruñe de dolor al coger la taza. Sus costillas aún no han soldado y algunos movimientos cotidianos todavía le causan un dolor intenso.

- ¿Cómo está? - pregunta Jack.

- Impaciente. Y cabreado.

Jack sonríe.

- Buena señal.

Las cuarenta y ocho horas posteriores a los ataques de París habían sido un infierno, tanto para Callahan como para sus dos compañeros.

Tal y como Jack había previsto, Carter no tenía ninguna intención de dejar que su propia bomba la convirtiera en carne picada; cuatro segundos antes de la detonación hizo la llamada que desactivó la bomba.

Entonces Claire, acompañada de un maltrecho Jack, había logrado arrastrar a Carter fuera de la plaza del Louvre, robar un coche en la Rue de Rivoli y llegar hasta el hospital de Saint-Louis. Por el camino telefoneó a Harlin y le pidió que se reuniera con ellos allí.

La sala de urgencias del Saint-Louis estaba al rojo vivo. La batalla campal orquestada por Carter había causado cientos de heridos. Una ambulancia tras otra descargaban ciudadanos heridos y volvían a marcharse a toda prisa.

Desde el coche Claire logró llamar la atención de un enfermero y cuando éste vio el estado del copiloto y la mujer en el asiento trasero, lanzó un par de comandos rápidos por radio. Medio

minuto más tarde dos enfermeros llegaban empujando sendas camillas.

En ese momento llegó Harlin. Mientras los enfermeros colocaban a la pareja sobre sus camillas, Claire se acercó a él. Discretamente le tendió dos tarjetas de plástico y dijo:

- Vigila a Carter. Y protege a Jack. No los pierdas de vista bajo ningún concepto.

Y con eso, Claire subió de nuevo al coche.

- ¿Dónde vas? - preguntó Harlin.

- Tengo que encontrar a Scott - respondió ella.

Y el coche se alejó de la sala de urgencias.

Cuando Harlin bajó la vista vio que lo que Claire le había entregado eran dos licencias de conducir con identidades falsas. Inicialmente destinadas para ser usadas por Claire y Jack, supuso. Las usó para registrar el ingreso de Jack y Carter.

Claire no encontró a Callahan.

Afortunadamente para éste sí lo hizo Marie. Cuando el convoy de DeVilliers desapareció de vista, el sonido de una explosión cercana reverberó en la calle vacía.

Confusa y furiosa, Marie salió corriendo en la dirección del sonido de la detonación. No le resultó difícil orientarse; todo lo que necesitó fue correr en el sentido contrario de la gente que huía despavorida.

Cuando encontró a Callahan pensó que era demasiado tarde. El inglés no se movía y Marie no podía sentir ningún pulso.

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de emergencias, sin éxito. Con París convertida en una zona de guerra, los servicios de emergencias estaban colapsados.

Marie se había decidido a robar un coche y asumir el riesgo de mover a un herido grave, cuando escuchó la sirena. Corrió unos pasos para doblar la esquina y la vio: la sirena azul de una ambulancia avanzando por la calle Chemin Ver, directa hacia ella.

Sabía que gesticular a una ambulancia en servicio no serviría para detenerlos. El conductor tenía una emergencia que atender y eso era todo lo que importaba.

Así que plantó los pies en mitad de la calle. La barbilla pegada al cuello, en actitud de carga, resignada a recibir el impacto si los reflejos del conductor no funcionaban a la perfección.

El conductor clavó los frenos y el aullido de la sirena quedó envuelto en el chirrido de cuatro neumáticos quemados contra el asfalto. Los ojos de Marie se cerraron en un reflejo de rabia y resignación.

Cuando los abrió de nuevo vio el morro amarillo de la ambulancia detenida a quince centímetros de ella.

Cinco horas más tarde, en la sala de espera del hospital Necker, sorbiendo un vaso del peor café que había probado en su vida, una exhausta Marie recibió dos noticias reconfortantes: una, que las dos balas que el inglés había recibido no habían dañado órganos vitales y que, aunque se enfrentaba a una recuperación lenta y laboriosa, no había daños irreparables; y dos, que de haber tardado cinco minutos más en entrar en el quirófano, Scott Callahan habría perdido tanta sangre que cualquier intervención habría resultado inútil.

Mientras observa el sol descender lentamente tras las lomas de los montes Apeninos, Jack da un sorbo a su té de menta. La vista es magnífica, y es una que Jack conoce bien. Al fin y al cabo apenas unos kilómetros al norte, donde las colinas verdes dan paso a los riscos rocosos, fue donde todo comenzó para él.

Saiga-Shu.

Donde, siendo apenas un niño, conoció la grandeza que habitaba en el ser humano; y también la crueldad, el horror y la destrucción de que era capaz. Lo que vivió allí marcó su camino en la

vida. Determinó lo que es hoy.

La obliteración del monasterio de Saiga-Shu había dejado dos cicatrices irreparables: una en la montaña, otra en el alma de Jack.

Veinte años más tarde Jack no puede eliminar ninguna de ellas. Pero puede buscar justicia. Y los acontecimientos de París dos semanas atrás le han puesto más cerca que nunca.

- He hablado con Harlin - dice Claire - Calvin ha asumido el mando temporal de operaciones especiales en el DGSE. Están haciendo un post mortem de todas y cada una de las operaciones que Marchand tocó en veinte años de servicio.

Jack asiente, pensativo.

- Necesitamos acceso a esa inteligencia - dice.

Claire sacude la cabeza, la vista fija en la puesta de sol.

- Imposible desde fuera. El DGSE opera en una red cerrada, sin puerta trasera. Sólo puedo hackearla desde dentro. E incluso así notarían mi presencia en unas horas.

Jack observa las montañas. Sabe que si Claire no puede hacerlo, nadie puede. Pero para su sorpresa, Claire está sonriendo. Levanta su taza hacia las montañas.

- Afortunadamente tengo un plan B - dice.

Jack sigue con la mirada la dirección que marca la taza, hasta distinguir un punto negro acercándose.

El cuerpo de Jack se tensa y entorna los ojos. Pero Claire le devuelve una mirada completamente calmada.

Un minuto más tarde la Ducatti de 500cc se detiene frente a la casa. La figura embutida en un traje de cuero rojo y blanco sube las escaleras hasta el porche y sólo entonces se quita el casco.

Marie Kaplan los mira a ambos unos segundos.

- OK, estoy con vosotros. Con vosotros tres. Con *nadie, nadie* más. No pienso confiar en absolutamente nadie en el DGSE o en otro servicio de inteligencia. Seré vuestros ojos y oídos en el interior. Pero exijo saber a quién nos estamos enfrentando. Si una organización criminal ha puesto una diana sobre mi cabeza quiero saberlo todo acerca de ella.

Jack sonríe. Claire le tiende la tercera taza de té a la recién llegada y abre la puerta que conduce al interior de la casa.

- Entonces pongámonos cómodas - dice -. Esto va a llevar a un tiempo.

Y mientras ambas se sientan en el sillón del salón, Jack coge la bandeja con dos platos de comida y se dirige hacia las escaleras.

- Dadme diez minutos - dice.

Jack baja los catorce escalones hasta el semisótano de la casa. Aún cojea ligeramente.

El estrecho pasillo está iluminado por tres bombillas que cuelgan desnudas de sus cables. Hay un punzante olor a humedad. Jack pasa dos puertas de madera. Una de ellas da al cuarto de la lavadora, tras la otra se almacenan viejos equipos de esquí que Jack y los otros se decidieron a tirar cuando compraron la casa seis años atrás.

Las siguientes dos puertas, sin embargo, son diferentes. Incongruentemente robustas. Metálicas, casi industriales, con una portezuela cuadrada en la mitad superior y otra pequeña portezuela rectangular en el borde inferior.

Ambas tiene una cámara y un sensor de movimiento apuntando directamente hacia ellas. Los cuales comienzan a parpadear cuando Jack se acerca con la comida. Al mismo tiempo, en el bolsillo de su pantalón su teléfono móvil vibra, alertándole del movimiento.

Se arrodilla frente a la primera puerta, abre la portezuela inferior y empuja un plato al interior.

- Buen apetito, Janusz - dice.

- Que te follen - le responde una voz con acento eslavo.

Cuando arrastra la comida bajo la segunda puerta, escucha la voz de Liz Carter amortiguada por el acero de la puerta.

- Tenemos que movernos, Jack.

Jack abre la portezuela superior y ve a Carter, con un brazo en cabestrillo, mirándolo desafiante.

- Llevamos catorce días en esta casa, Jack. Es demasiado. ¿Tienes alguna idea de quién es el polaco que tienes en la celda de al lado? Las tres Sombras nos están buscando. A ti y a mí... pero sobre todo a él.

Jack mira a los ojos de la francesa.

- Eso espero.

La cara de Carter pierde el poco color que tenía.

- ¿Quieres usarnos como cebo, maldito lunático? ¿Tienes alguna idea de a quién te enfrentas? ¿Tienes alguna idea de los recursos que tienen?

Jack cerró la portezuela, dando por terminado el intercambio.

Cuando llega al pie de las escaleras apaga la luz. Las palabras de Carter aún llegan amortiguadas por la distancia.

- ¡He conocido a muchos loco de atar, Jack Bale! ¡Pero tú, tú te llevas la palma!

Próximamente....

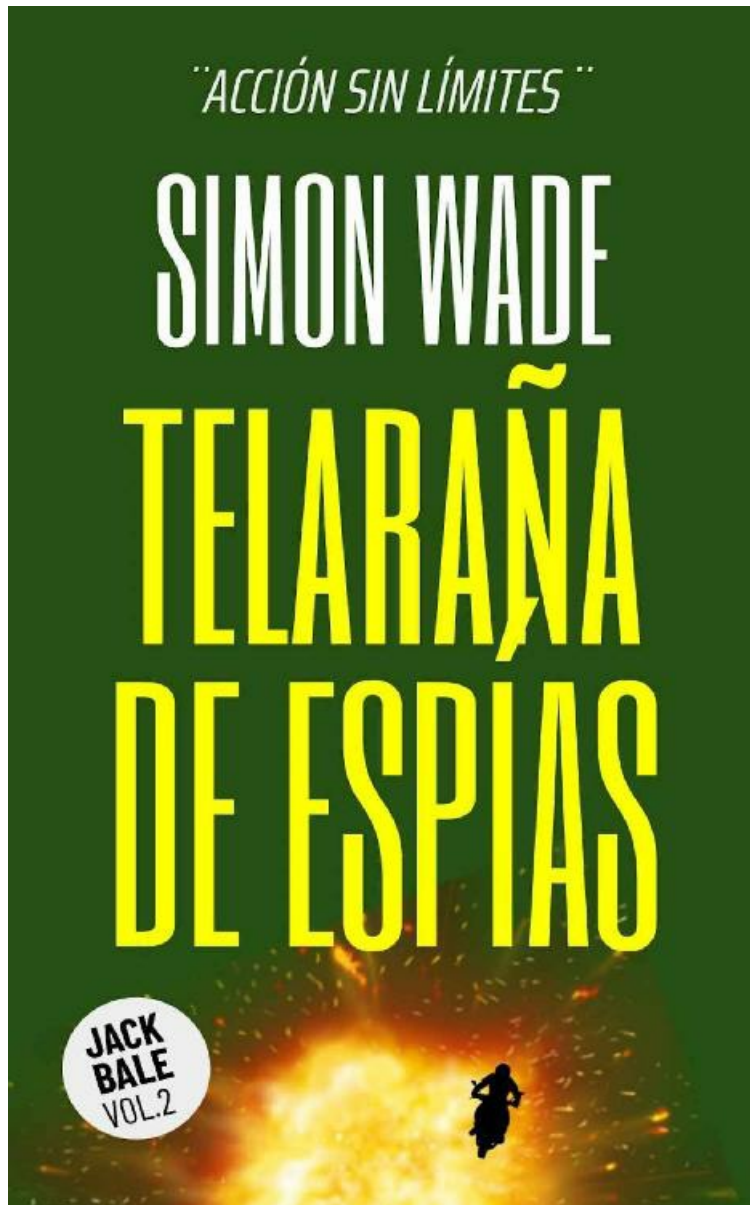
Las aventuras de Jack Bale continúan

Aquí tienes una vista previa de

Telaraña de Espías

(Jack Bale #2)

A la venta próximamente



LONDRES

EL HOMBRE DEL OJO DE CRISTAL sale a la terraza de la Tate Modern y alza el cuello de su abrigo, conteniendo a duras penas un escalofrío.

Cuando llega a la barandilla sonrío. La vista es, sencillamente, magnífica.

La terraza del museo de arte moderno de Londres está perfectamente alineada con el Puente del Milenio, una estructura impresionante que cruza el Támesis y conecta con la catedral de Saint Paul, cuya majestuosa cúpula de ochenta metros de alto y treinta y cinco metros de diámetro se alza contra el cielo estrellado.

El hombre cierra los ojos, grabando en su memoria todos los detalles. Sabe que es la última vez que tendrá oportunidad de disfrutarla.

Tras unos segundos reabre los ojos y, con movimientos lentos, saca su teléfono móvil y envía un mensaje de texto.

Ninguno de los otros turistas lo percibe, pero mientras lo hace, el hombre del ojo de cristal recita unas palabras en voz muy baja, sin mover a penas los labios:

*Una sombra ve...
Una sombra lucha....
Una sombra reina...*

Un segundo más tarde, al otro lado del río se desata el infierno.

La cúpula de Saint Paul, de treinta y cuatro metros de diámetro, explota en una gigantesca bola de fuego. Uno a uno, los muros blancos de la catedral se derrumban con un estruendo ensordecedor hasta que todo lo que queda son monstruosas columnas de llamas, humo y cenizas fundiéndose con la noche invernal.

En la terraza del museo los turistas chillan y retroceden, aterrados. Todos excepto el hombre del ojo de cristal, que permanece sereno, la mirada perdida al otro lado del río, absorbiendo desde la distancia la macabra sinfonía de caos y destrucción.

La primera parte de mi visita a Londres está terminada, se dice. Ahora queda la segunda: enmendar un viejo error cometido veinte años atrás. Un error llamado Jack Bale.

Inhala con fuerza el aire helado.

Semanas atrás, en París, Bale demostró ser un rival más peligroso de lo que las Sombras pensaban. Y por eso lo han llamado a él.

Hay algo irónico en todo esto, piensa el hombre. Al fin y al cabo veinte años atrás él mismo participó en el ataque al monasterio de Saiga-Shu. Una carnicería, sí, pero necesaria para neutralizar la única fuerza que podía comprometer el poder de las tres Sombras.

Tal y como estaba planeado, no quedaron supervivientes.

Al menos, ninguno adulto.

El hombre del ojo de cristal lo recuerda como si fuera ayer. Fue él quien encontró al hijo de la cocinera. Y fue él quien lo dejó ir. Al fin y al cabo, ¿qué daño podía hacer un niño de doce años?

El hombre esboza una sonrisa torcida.

Es hora de enmendar un enorme error llamado Jack Bale.
Recuerda bien al niño.
Está deseando matar al hombre.

¡Gracias por leer este libro!
Puedes contactar conmigo a través de:
www.simonjwade.com
www.twitter.com/simonjwade1
simon@simonjwade.com